

Epicuro

El objetivo supremo de la filosofía es conseguir la felicidad

APRENDER A PENSAR

Epicuro

El objetivo supremo de la filosofía es conseguir la felicidad

RBA

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior e infografías: tactilestudio
Fotografías: Album: 39, 44-45, 56-57, 87, 95, 111, 122-123, 131;
Archivo RBA: 137; Scala: 148-149

ISBN (O.C.): 978-84-473-8198-2
ISBN: 978-84-473-8322-1
Depósito legal: B 21066-2015

Impreso en Unigraf

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Introducción

Epicuro es uno de los filósofos más destacados del período helenístico (iniciado en el 323 a.C.), un momento de transición marcado por el declive de los ideales que impregnaron la época clásica griega, y precipitado por la muerte del monarca macedonio Alejandro Magno y la descomposición de su vasto imperio. En este contexto comenzó a resquebrajarse la organización social de las antiguas ciudades-estado helenas, dispersando muchos de los valores éticos seculares. Todo ello dio lugar a una nueva realidad caracterizada por el cambio de paradigma en las relaciones cívicas y de los individuos, por la que se abría una lasitud o disolución de los antiguos vínculos colectivos.

Ante esa situación, se perfiló con su lenguaje de renovación la filosofía de Epicuro, nacido en la isla de Samos. El futuro filósofo era hijo de un maestro ateniense asentado en las colonias de Jonia, una región ubicada entre dos continentes (Europa y Asia). La filosofía epicúrea supo canalizar el malestar de su época y los cambios en el universo mental de los griegos, presentando una propuesta vitalista, que explicaba

racionalmente y con conocimientos fundados la naturaleza humana y física. Este proceder desenmascaraba los temores que turbaban a las personas, como el miedo a los dioses o al destino, y el aprecio a las riquezas y las glorias mundanas, haciendo que se sintieran más aliviadas para conseguir una existencia feliz, en la que poder deleitarse con los placeres que ofrece la vida.

Epicuro recomendó seguir fines prácticos para la existencia, pues, a su juicio, el filósofo no era quien amaba el conocimiento y la sabiduría, sino el que sabía vivir. Alentaba a sus seguidores a disfrutar de la felicidad asentada en vínculos de amistad, y sugería administrar inteligentemente los placeres y los dolores. Hombres, mujeres, esclavos, niñas y niños podían tener esa opción vital, y por ello su escuela, el Jardín, estaba abierta a todos, sin distinción de género o clase y sin necesidad de privar a los sentidos de los placeres que ofrece esta vida (la única posible). En este sentido, puede decirse que Epicuro supo recoger, expresar y tratar de un modo novedoso las inquietudes que interesaron a la humanidad desde siempre.

La amistad, la felicidad, la tranquilidad, la salud del cuerpo y de la mente y la vida equilibrada son algunos de los temas centrales de sus escritos, que hoy gozan de plena actualidad. Epicuro es un clásico imprescindible que despierta un interés atemporal al animarnos a explorar nuevos caminos vitales y a disfrutar de los placeres, evitando los excesos. La receta que nos indicó para las dolencias de su época también puede aplicarse en los tiempos que hoy corren, ya que sirve para eludir la desilusión ante un mundo movido por un arraigo material que se disfraza de felicidad. Por ello la escuela de Epicuro se construyó deliberadamente en los confines de Atenas, distante de la ciudad y su opulenta ostentación. Este gesto señalaba que la felicidad no reside en el reconocimiento público, ni en la lógica del consumo; ambas

cosas suponen tiempo y esfuerzos vitales que nos distraen de lo importante. La medicina de Epicuro para este mal fue la práctica de la filosofía, para la que no hay una edad determinada, porque nunca se es demasiado viejo ni demasiado joven para ella.

La escuela epicúrea empezó a expandirse aún en vida del maestro y se mantuvo activa hasta el siglo III d.C. Su filosofía fue acogida con especial fuerza en Roma, donde influyó en intelectuales y políticos ilustres del Imperio, como es el caso de Séneca. De hecho, cuando el cristianismo comenzó a extender sus preceptos, el epicureísmo llevaba ya más de trescientos años de andanzas. El choque con el nuevo credo hegemónico era inevitable, puesto que Epicuro fue el primer gran filósofo de la laicidad; aunque jamás negó la existencia de los dioses, aseveró que las personas debían comprometerse con su bienestar y existencia mediante las propias fuerzas físicas e intelectuales, sin esperar bienes ni males de la divinidad. Es más, pensaba que vivir una vida plena y feliz haría de cada uno un dios, cuando menos en un sentido metafórico, pero para ello era preciso seguir pautas sanas basadas en las relaciones de amistad, respeto y mesura, algo cuya fórmula ofrecía la práctica de la filosofía. De este modo aportó una propuesta que exaltaba la vida en toda su magnitud, abriendo la senda para que creciera un valor fundamental del pensamiento contemporáneo de Occidente: la revelación de que cada individuo es un sujeto de transformación, un protagonista que acrecienta su potencia cuando se une a sus semejantes para perseguir una vida agradable y serena.

La figura histórica y la filosofía de Epicuro han llegado hasta nuestros días de un modo difuso y fragmentado, debido en parte a que la mayoría de sus obras originales se perdieron o quemaron, pero también porque la historia distorsionó su legado mediante interpretaciones erróneas

—cuando no malintencionadas— y censuras. Se podría decir que ha sido uno de los filósofos más acosados tanto en su tiempo como durante el Imperio romano, hasta el punto de que sus doctrinas fueron casi olvidadas después del triunfo del cristianismo en la cultura europea. Diógenes Laercio, el gran historiador grecolatino del siglo III d.C., cuenta que, con la intención de mancillar el nombre de Epicuro, se llegaron a redactar medio centenar de textos burdos y blasfemos que se le atribuyeron falsamente. El pensamiento epicúreo no cautivaba a los círculos de poder, que veían en él a un ateo con una filosofía hedonista, cercana al sensualismo.

En realidad, ninguna de las acusaciones contra Epicuro era aplicable a su comportamiento o prédica; basta con leer sus obras para comprobarlo. El maestro de Samos invitaba a sus discípulos a labrar la tierra dentro de su escuela pero, principalmente, a cultivar el alma por medio del intercambio de la palabra y la cooperación. Esa estampa de sencillez, humildad y felicidad no puede mejorarse añadiendo riquezas materiales o laureles de glorias. Ser epicúreo implicaba nutrirse de la energía vivificante de los placeres, vivir con templanza y mantener una existencia controlada, teniendo presente que el gozo no va reñido con la moral. La de Epicuro era una práctica de vida y no una escuela de retórica, y las repercusiones de su pensamiento acabaron imponiéndose a las calumnias, superando los límites de su tiempo para resonar en diferentes ámbitos del pensamiento social, político y científico.

Las palabras de Epicuro tuvieron detractores radicales y malévolos, cierto, pero quizá por esa misma causa su filosofía caló profundo en algunos autores que supieron pensar al margen de la tradición. Sería osado decir, por ejemplo, que Epicuro anticipó a Marx, Nietzsche y Freud, pero

claramente los tres bebieron de su fuente. Uno de sus seguidores más apasionados fue precisamente el autor de *Así habló Zaratustra*, quien calificó la propuesta epicúrea de «heroica» en su *Elogio de Epicuro*, donde afirmó: «La filosofía no ha avanzado un paso más allá de Epicuro, y con frecuencia ha retrocedido muchos miles de pasos». Pero el epicureísmo no solo ha sido valorado por filósofos, sino también por personalidades políticas como Thomas Jefferson, principal autor de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, o científicos como el premio Nobel de Química Ilya Prigogine, quien supo apreciar su defensa del indeterminismo en la física.

La exposición de la doctrina epicúrea debe considerar sus años de formación intelectual, durante los que frecuentó a maestros adscritos a distintas escuelas filosóficas (en su pensamiento se advierte la profunda huella del atomismo de Demócrito). Por los avatares de la vida residió en lugares diferentes, hasta su definitiva mudanza a Atenas, la gran capital cultural de Grecia. A lo largo de ese periplo vital, se fraguaron las bases conceptuales de su propuesta filosófica, tendente a lograr la felicidad a partir de un saber objetivo acerca de la naturaleza, así como las pautas de un estilo de vida consistente en el gozo moderado de los placeres.

La ética era la disciplina clave de la filosofía de Epicuro, pues ningún saber tenía valor si carecía de una repercusión práctica, beneficiosa para nuestras vidas. Los principales conocimientos llevaban a borrar el miedo a los dioses, el destino, la muerte y el dolor, y una vez asumidos se invitaba al disfrute de la buena vida, que consistía en reír en compañía de amigas y amigos gozando con intensidad de cada momento de la existencia. Su filosofía presentaba una serie de valores que repercutían en la vida individual y también en la organización de la comunidad (dentro de su escuela).

El sabio epicúreo vivía alejado de la vida política, aunque ello no implicaba que se descuidaran las relaciones sociales y es aquí donde, una vez más, la ética cumple un papel fundamental porque habla de la relación con los otros, con uno mismo y con el compromiso vital.

La ética epicúrea no se resumía en un conjunto normativo, sino que suponía una práctica de vida, diferenciándose así de las filosofías teóricas. La propuesta de Epicuro puede parecer materialista, pero al examinarla se aprecia su exhortación a la responsabilidad individual, ya que cualquier conocimiento que no sea formulado en miras de la ética debe ser dejado de lado. Las enseñanzas del filósofo de Samos rebasaron el ámbito de la tradicional *paideia* (educación) del mundo griego, un programa de formación pensado para el triunfo en la vida pública más que para la plena realización espiritual de las personas, un logro que solo entendía Epicuro a partir de la convivencia en igualdad; es decir, de la más estrecha amistad. En su escuela, los lazos de unión de la comunidad debían anteponerse a cualquier otra virtud política o social. El colectivo de amigos y amigas era un soporte para el desarrollo personal, que se sustentaba en el cuidado de los otros y la costumbre de decir siempre la verdad, sin doblez, en ese ejercicio de honrada sinceridad que recibió el nombre de *parresia*.

Ningún saber, se ha dicho, cobraría sentido si no sirviera para cimentar esta conducta ética, pero no resulta menos cierto que las bases conceptuales de ese estilo de vida hallaban su justificación teórica en las conclusiones obtenidas del conocimiento de las normas que rigen la naturaleza. El primer paso para comprenderlas estribaba en la formulación de la canónica o «ciencia del criterio», en términos epicúreos. La canónica organizaba los parámetros necesarios para diferenciar lo verdadero de lo falso, y es aplicable

a la vida diaria, a la física (que corresponde al estudio de la naturaleza y el cosmos), y a la ética. Su orientación era empírica, puesto que establecía como criterios de verdad las sensaciones (es decir, la información servida por nuestros sentidos), las anticipaciones (ideas generales creadas a partir de la repetición de sensaciones) y las afecciones (las pasiones y los sentimientos, el placer y el dolor). De este modo, la filosofía se convertía en una herramienta para que las personas abandonasen las creencias alejadas del conocimiento objetivo; como una terapia para acabar con los males enraizados en las falsas suposiciones.

Por último, el estudio de la física nos acerca al conocimiento del movimiento de los átomos en el vacío, proceso constituyente de todas las cosas (incluida el alma, formada por una sutil combinación atómica), que testimonia la existencia de un principio de indeterminación en los acontecimientos naturales, la desviación conocida como *clinamen*; la cual, trasladada a la esfera humana supone el origen de la libertad individual. Son entonces los sujetos quienes deben hacerse cargo de labrar su propia felicidad, guiados por los remedios que ofrece la filosofía para alcanzar una serena salud del alma, agrupándose con quienes disfrutan con la felicidad de sus pares y ayudan a conseguirla sin voluntad de reconocimiento alguno.

Aunque el desarrollo del conocimiento objetivo y fundamentado tiene un papel imprescindible dentro de toda la doctrina epicúrea, hay que remarcar el claro predominio de la ética sobre cualquier otra forma de conocimiento, sea de la física o de la teoría canónica. Esta decisión se apoyaba en el ejercicio de una filosofía entendida como remedio, que permitía acabar con los males enraizados en las falsas suposiciones y eliminar los sufrimientos del alma, para encontrar una vida moderada, lo que produce felicidad y sosiego.

De acuerdo con lo que testimonian los libros, en la entrada del Jardín de Epicuro se leía: «Extraño, tu tiempo será agradable aquí. En este lugar el mayor bien es el placer». Siguiendo la máxima de acogimiento de los epicúreos al entrar a su comunidad, podríamos afirmar que la lectura de las obras de Epicuro nos alienta a pensar sobre cómo construir y disfrutar nuestras vidas.

OBRA

Epicuro escribió más de trescientos papiros, agrupados en tres núcleos: ética, canónica y física. A excepción de tres cartas y el testamento, no existen textos completos que llegaran hasta hoy; del resto de sus escritos se conservan fragmentos recuperados por historiadores (como Diógenes Laercio, Lucrecio, Séneca, Cicerón o Diógenes de Enoanda), o que sobrevivieron a la erupción del Vesubio (79 d.C.) que quemó la Villa de los Papiros de Herculano, donde se guardaba buena parte de su obra. Los restos quemados permanecieron sepultados durante diecisiete siglos, y entre ellos estaba *Sobre la naturaleza*, que no pudo rescatarse en su totalidad. A fecha de hoy se siguen intentando recuperar los textos de Epicuro. El material disponible actualmente se divide en:

- **Cartas.** En las cartas destinadas a los discípulos, Epicuro exponía su doctrina. Se conservan tres de estos escritos: *Carta a Heródoto*, sobre la física; *Carta a Pitocles*, sobre meteorología; y *Carta a Meneceo*, sobre cuestiones éticas y religiosas.
- **Testamento.** Escrito de últimas voluntades, donde Epicuro organizó la sucesión de su escuela, así como otras cuestiones de organización.
- **Máximas y testimonios.** Sentencias escritas a modo de aforismos, que tenían como objetivo facilitar la memorización y comprensión de los principios de la filosofía epicúrea.
- ***Gnomologio Vaticano.*** Conjunto de 81 sentencias y fragmentos de manuscritos de Epicuro, encontrado en 1950 en un códice griego custodiado en el Vaticano, cuyo contenido se centra principalmente en la ética.

CRONOLOGÍA COMPARADA

V VIDA H HISTORIA A ARTE Y CULTURA

V 341 a.C.
El 10 de enero (el mes de Gamelión) nace Epicuro en Samos, hijo de colonos atenienses.

V 328 a.C.
Epicuro se traslada a Teos, allí toma contacto con la filosofía de Demócrito a través de las enseñanzas de Neusífanes.

V 324 a.C.
Con dieciocho años, Epicuro se traslada durante un año a Atenas para cumplir el servicio militar (*efebía*).

V 322 a.C.
Epicuro y su familia se instalan en Colofón. Comienza a impartir sus enseñanzas.

V 319 a.C.
Epicuro se muda a Mitilene de Lesbos, donde fundó su primera escuela. Poco tiempo después fue expulsado de la ciudad, acusado de heterodoxo.

V 310 a.C.
Epicuro se traslada a Lámpsaco, seguido por alguno de sus discípulos. Durante los viajes hace amistad con distintos miembros de su escuela.

V 306 a.C.
Epicuro se asienta en Atenas, donde funda su escuela (el Jardín) con buena parte de los discípulos de Mitilene y Lámpsaco. Pasará allí casi todo el resto de su vida.

V 270 a.C.
Muere Epicuro en Atenas. La dirección del Jardín recae en su discípulo Hermarco de Mitilene.

350 a.C. — 340 a.C. — 330 a.C. — 320 a.C. — 310 a.C. — 300 a.C. — 290 a.C. — 280 a.C. — 270 a.C. — 260 a.C.

H 338 a.C.
Batalla de Queronea, culminación de la campaña de conquista de Grecia emprendida por Filipo II, rey de Macedonia.

H 336 a.C.
Comienza el reinado de Alejandro Magno, hijo de Filipo II.

H 334 a.C.
Conquista del Imperio persa por parte de Alejandro Magno.

H 323 a.C.
Muerte de Alejandro Magno. Se desintegra su imperio y las ciudades-estado griegas se sumen en una profunda crisis.

A 322 a.C.
Muerte de Aristóteles.

A 310 a.C.
Nace Aristarco de Samos, conocido como el Copérnico del mundo antiguo por ser el precursor de la teoría heliocéntrica.

A 301 a.C.
Zenón de Citio funda el estoicismo, la ateniense Escuela del Pórtico.

A 285 a.C.
Comienza la construcción del faro de Alejandría, en Egipto, que finaliza en el 247 a.C.

Capítulo 1

EPICURO Y SU FILOSOFÍA PRÁCTICA PARA LA VIDA

La filosofía de Epicuro, de cariz materialista, pretendía alcanzar una felicidad basada en la serenidad del alma y el disfrute moderado de los placeres. Antes que una doctrina, la suya era una enseñanza práctica para la vida.

La mayor parte de los tres centenares de papiros escritos que Epicuro legó a la posteridad se perdieron o se quemaron. La exigüidad de fuentes autógrafas obliga a reconstruir su biografía, así como su doctrina filosófica sobre la física, la naturaleza, la teoría del conocimiento, la ética y la felicidad, a partir de los escasos fragmentos llegados hasta nosotros. Por medio de las cartas que escribió a sus discípulos Meneceo, Heródoto y Pitocles, de una serie de fragmentos conservados en la biblioteca del Vaticano, y a través de referencias que tienen un alto grado de fiabilidad, procedentes de historiadores como Diógenes Laercio (siglo III d.C.) o de sus discípulos, podemos empaparnos de los principales conceptos que guiaron una de las corrientes filosóficas más sugestivas de la historia.

La escritura de las cartas de Epicuro retomaba en cierta medida la tradición filosófica del diálogo, que tan bien habían desarrollado Sócrates y Platón. Pero, para ser estrictos, habría que señalar que las cartas de Epicuro son un diálogo imaginado, porque solo escuchamos la palabra del maestro

dirigiéndose a alguno de sus interlocutores. La voz del otro (un discípulo, un joven, un niño, etc.) con el que dialogaba Epicuro era la evocación de una conversación cercana y amable. Así pues, Epicuro inició el género epistolar para sintetizar sus ideas centrales. Este género luego sería bastante frecuente en la historia de la filosofía, como por ejemplo en las *Cartas morales a Lucilio* de Séneca, filósofo romano de orientación estoica, pero cuya obra tiene una marcada impronta epicúrea, y también en las epístolas de Pablo de Tarso y en las cartas del ilustrado francés Voltaire.

Epicuro nació en enero del año 340 a.C., siete años después de la muerte de Platón, en la isla griega de Samos (cerca de la costa de Turquía), donde los atenienses habían establecido una de sus *cleruquías* (colonias). Se crió en el seno de una familia de colonos instalados en las nuevas tierras helenas de oriente, la antigua Jonia, que habían dejado la ciudad de origen. Su padre, Neocles, además de cultivar la tierra ejercía como maestro de escuela, una profesión poco reputada en la época, y aunque no tenemos certeza absoluta de ello, las referencias señalan que la madre, Cherestrata, era adivina y acudía a las casas donde era requerida para realizar sus ritos.

Epicuro creció ayudando a Neocles en las labores de la enseñanza; tal vez así comenzó a formarse la férrea voluntad pedagógica que, años más tarde, lo llevaría a fundar su propia escuela de filosofía en compañía de sus hermanos —y a la sazón discípulos— Neocles, Queredemo y Aristóbulo. Con el tiempo, Epicuro se convertiría en uno de los pensadores más destacados y activos entre los siglos IV y III a.C.

La formación filosófica de Epicuro se inició siendo muy joven, atraído por las enseñanzas del filósofo Demócrito, contemporáneo de Sócrates, quien fundó la escuela atomista de pensamiento, según la cual toda la materia está conforma-

da por átomos (diminutas partículas eternas, indivisibles, invisibles y homogéneas) y por vacío. Así, a los catorce años de edad dejó a su familia en Samos para marcharse al norte de la isla, a Teos, impulsado por el deseo de saber más sobre la doctrina democritea. Allí recibió clases en la escuela de Nausífanes de Teos, discípulo y seguidor de Demócrito, que instruía a sus alumnos en filosofía, matemática, retórica y las bases del atomismo. La escuela era muy reputada en la época, pues a ella acudían para formarse los jóvenes de las familias acomodadas de distintos territorios griegos.

A pesar de su juventud, ya desde los primeros pasos de iniciación filosófica, Epicuro comenzó a forjar su propio estilo de pensamiento, y parece que no guardó un buen recuerdo de aquella época en la escuela de Teos, donde había permanecido tres años (327 a.C.-324 a.C.). Sin embargo, fue Neusífanes quien lo instruyó en la doctrina que presentaba el placer como fin último de la vida y lo familiarizó con otros conceptos que pasarían a formar parte de su doctrina filosófica.

Generalmente, en la formación de los griegos cultivados de la época se incluían las obras de poetas como Homero (siglo VIII a.C.), autor de los cantos épicos *Ilíada* y *Odisea*, y Hesíodo (siglo VII a.C.), quien escribió *Los trabajos y los días* y la *Teogonía*. Los textos de estos líricos eran tomados como modelo de perfección estética y ejemplo moral; sin embargo, estaban repletas de alusiones a la intervención de los dioses en los quehaceres y el destino de los humanos. Este protagonismo de los dioses no satisfizo la inquieta perspicacia de Epicuro. Al mismo tiempo le molestaba profundamente la actitud de sofistas y gramáticos, que centraban sus enseñanzas en el desarrollo del formalismo del lenguaje y la palabra, para gozar de una superioridad dialéctica y mayor capacidad de persuadir a los demás. Ya desde sus comienzos apuntaba hacia el perfeccionamiento de una

filosofía más austera, que prescindía de cualquier confrontación teórica o dialéctica.

A pesar de que Epicuro nunca se expuso a enfrentamientos polemistas ni argumentativos con quienes eran sus antagonistas filosóficos, fue muy mordaz y crítico con los grandes nombres que, hasta el momento, habían marcado la historia de la filosofía griega y la suya propia. Nunca desarrolló una crítica sistemática a ninguno de ellos, pero apodó a Platón como «áureo», tal vez porque en su filosofía había una preocupación extrema por la perfección de las formas, entendida esta como el fruto del culto a la proporción numérica (números áureos). Hay una vaga referencia, a través de un testimonio indirecto, a que Epicuro podría haber estudiado con Jenócrates (discípulo de Platón y el segundo sucesor de su escuela). Sin embargo, no tenemos constancia ni datación alguna de que esto fuera así.

Asimismo, del filósofo presocrático Heráclito, Epicuro llegó a decir que era un «confundidor»; a los dialécticos los acusó de ser «demasiado envidiosos» y a Pirrón, el primer filósofo escéptico e inspirador del pirronismo, lo tildó de «indocto y sin educación alguna». No conocemos con certeza en qué contexto fueron dichas estas palabras pero sí que, de alguna manera, se enfrentó expresamente a Nausífanes de Teos (en los escritos sobre física), puesto que le disgustaba su «jactancia sofística», y por ello no quería reconocerlo como maestro ni declarar influencia alguna de sus enseñanzas.

Aunque Epicuro no controvirtiera de manera directa con nadie, tuvo unos cuantos detractores bien conocidos, incluso después de su muerte. Fue uno de los filósofos más fustigados y acosados, tanto en su época como durante el Imperio romano, hasta que posteriormente sus doctrinas quedaron casi relegadas al olvido. Los coetáneos del filósofo de Samos se dedicaron a publicar en su nombre medio centenar de

cartas profanas e indecorosas, cuya pluma fue atribuida a la mano de Diotimo Estoico. Estas cartas se referían insidiosamente a otros filósofos, a los que Epicuro jamás había hecho referencia. Otro coetáneo, Timócrates, discípulo suyo en el Jardín, después de renunciar a la escuela porque no se sentía capaz de seguir los preceptos de vida ascética que se le proponían, se convirtió en uno de los principales adversarios de Epicuro y su doctrina.

Por otra parte, de lo que sí hay pruebas verificables es de la integridad de Epicuro, al que se honró en vida por el impacto que sus enseñanzas tenían en la comunidad de filósofos y filósofas. Su alto sentido de la amistad y la solidaridad se observa en sus textos y también en el afecto que sentía por sus seguidores, a quienes sirvió de modelo a través de los años y traspasó su escuela llegada la hora de su muerte. Además de ello, su pensamiento caló profundamente entre la gente común, que hallaba en las palabras de Epicuro una propuesta trascendente pero mundana a la vez. Del mismo modo, sus enseñanzas llegaron a la Roma imperial, donde era frecuente que en las casas se encontraran vasijas, anillos o tallas con la figura de Epicuro. Esto hacía manifiesto que no solo sus contemporáneos admiraron la sensibilidad del filósofo, sino que durante algunos siglos después de su muerte la gente continuaba advirtiendo que sus mensajes eran algo más que una simple doctrina, ya que presentaba una completa forma de vivir que pretendía el equilibrio y la felicidad.

EL PRIMER CONTACTO CON ATENAS

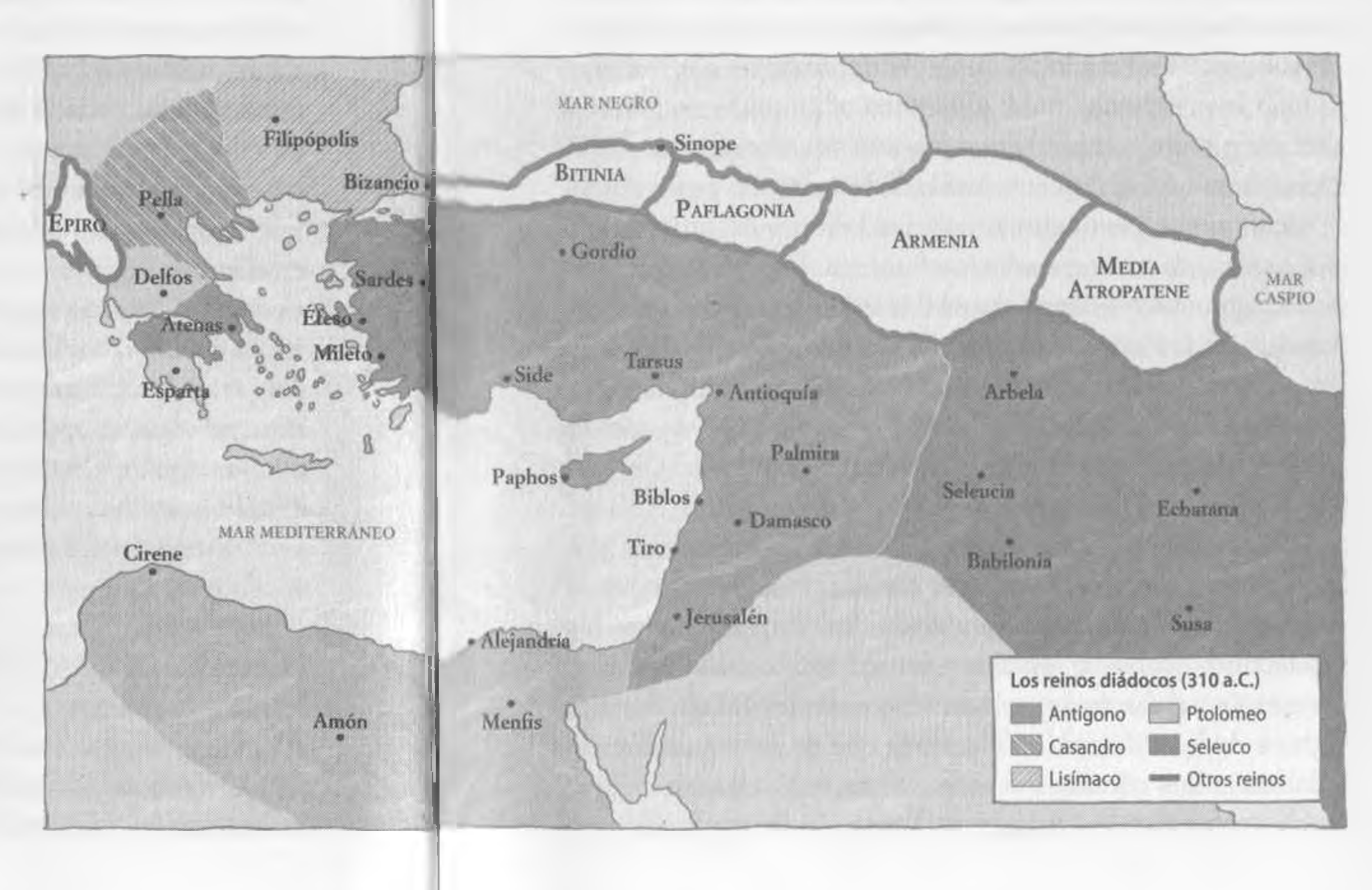
Alejandro Magno murió en el año 323 a.C., justo cuando Epicuro se trasladó a Atenas por primera vez, para alistarse en lo que sería el servicio militar de la época (responder a su

EL MAYOR IMPERIO DE LA ANTIGÜEDAD

En el siglo IV a.C., Filipo II, rey de Macedonia, se propuso unificar los Estados griegos bajo su autoridad. El hijo de Filipo, Alejandro, nacido en el año 356 a.C., construyó el mayor imperio de la Antigüedad clásica. Tras imponer su dominio sobre Tracia y Tebas fue reconocido como jefe supremo de los estados griegos. Inició entonces la guerra contra el emperador persa Darío III, a quien derrotó en las batallas del río Gránico (334 a.C.), Iso (333 a.C.) y Gaugamela (331 a.C.); conquistó Jonia, Lidia, Frigia, Cilicia, Fenicia, Israel, Egipto (donde fundó la ciudad de Alejandría), Persia, Babilonia, Susa, Pasargada, Persépolis, Bactriana (Afganistán) y el valle del Indo. El monarca falleció en Babilonia (323 a.C.). Su muerte provocó la división del imperio, fragmentado entre sus principales generales (diádocos), quienes, durante veinte años, se disputaron el poder y se convirtieron en fundadores de nuevas dinastías. Sin embargo, la influencia cultural griega en Asia se mantuvo durante varios siglos y fue tan intensa que ha merecido la consideración de período cultural específico: el helenismo.

Epicuro ante los nuevos tiempos

Este fue el mundo en que se desarrolló la vida de Epicuro, y que afectó a sus circunstancias biográficas e intelectuales. Su familia, colonos atenienses en Samos, tuvo que abandonar sus posesiones por disposición de Alejandro, quien ordenó la restitución de tierras a los nativos de las colonias de Jonia; así se inició un largo peregrinaje para Epicuro y sus parientes, marcado por las dificultades económicas pero también por la acumulación de ricas experiencias personales que contribuyeron a la madurez del pensamiento del filósofo. De otro lado, Epicuro se convirtió en una voz crítica frente a la idiosincrasia de los nuevos tiempos. La reorganización política imperial había reportado importantes cambios sociales y de mentalidad para las ciudades-estado; perdida su antigua autonomía, dependían de gobernadores de designación real bajo cuyo mandato quedaron diluidos buena parte de los valores éticos de la época clásica, en especial la identificación entre el interés del individuo y el bien colectivo de la ciudad. Por ello comenzó a aflorar una actitud individualista y se banalizó el ejercicio de la función pública. Frente a estas lacras, Epicuro preconizó un estilo de conducta que rechazaba las glorias efímeras de la política y las riquezas, y optaba por una vida consagrada a obtener la paz espiritual a través del disfrute moderado de los placeres, reconfortada por la amistad de quienes asumían las mismas pautas existenciales.



obligación de *efebo*), que debía cumplirse entre los dieciocho y los veinte años. Allí tuvo como compañero de *efebía* a Menandro, quien luego sería un reconocido comediógrafo por la mordacidad de sus piezas teatrales, en las que ridiculizaba las malas costumbres y los vicios de su época, aunque siempre desde una visión optimista —compartida por Epicuro— de la naturaleza humana.

Las labores militares llevaron a Epicuro fuera de la ciudad, por lo que no pudo dedicarse a la filosofía durante casi un año; por ello, este primer contacto con la gran *polis* no tuvo influencia en su formación filosófica. No obstante, la filosofía y doctrina de Epicuro se desarrollaron estrechamente vinculadas al contexto histórico y al período de crisis de las ciudades-estado tras la caída del Imperio alejandrino.

Con la desaparición de Alejandro, el imperio comenzó a desintegrarse, y se constituyeron nuevos reinos con dominios que excedían las estructuras de las antiguas *polis*, ciudades con pequeños territorios circundantes que funcionaban políticamente como estados autónomos. Esto es lo que hasta ese momento conformaba el llamado «sinecismo griego». La vida de los griegos se identificaba con el predominio de las ciudades-estado, como una forma de organización que fortalecía la vida colectiva, hasta el punto de que apenas se podía imaginar la existencia del hombre como algo ajeno al Estado y la vida pública de la *polis*.

Esta nueva situación de separación y reordenación política registrada tras la muerte de Alejandro dio lugar al surgimiento de un cierto individualismo, puesto que los ciudadanos ya no se sentían parte de una comunidad que los acogía y daba sustento a su libertad y felicidad. Los designios de los diferentes soberanos que se iban sucediendo llevaban a sus súbditos a padecer guerras constantes para arrebatar nuevos territorios, y el ejemplo de los poderosos

propiciaba que el pueblo se dejara llevar por la avaricia, en un intento de adjudicarse riquezas y honores que los posicionaran socialmente.

Epicuro no se mantuvo al margen de estos acontecimientos, a pesar de que proclamaba la importancia de distanciarse de la política para acercarse a la felicidad. La situación sociopolítica del momento y su posición ante ella hizo que, como estrategia, extendiera la filosofía hacia los límites de la ciudad, de la teoría y de la participación pública. La filosofía epicúrea se presentaba como un desviamiento hacia las fronteras para bucear en una terapéutica que permitiera afrontar ese momento de desequilibrios sociales e incertidumbres políticas, a través de un remedio filosófico que ayudara a conquistar la felicidad en la moderación, la tranquilidad de la vida y la compañía de amigos y amigas. Trabajaba para ello como si fuera un especialista cuyos pacientes ofrecen una cierta resistencia a la terapia y a la medicación filosófica, pero que sin embargo no quieren padecer dolor.

Después de pasar un año en Atenas en el servicio de *efebía*, Epicuro no pudo regresar con su familia, puesto que en el año 324 a.C. Alejandro Magno había ordenado a los colonos que reintegraran las tierras a sus antiguos dueños (expulsados por la ocupación). En el 323 a.C., Pérdicas, regente de Asia, ejecutó las órdenes de Alejandro, y de esta suerte la familia de Epicuro se vio obligada a trasladarse a Colofón. En el 322 a.C. y con diecinueve años de edad, Epicuro se reunió por fin con ellos y vivió en primera persona la pobreza y el destierro, sin posibilidad alguna de continuar costeándose su formación filosófica. En este sentido, podríamos decir que fue un hombre hecho a sí mismo, porque nunca más ingresó como estudiante en una escuela filosófica.

Tal como lo refrendan sus cartas, Epicuro tenía una salud muy débil que desde joven lo obligó a llevar una dieta senci-

lla, hacer reposo y pasar largas temporadas de padecimientos. Precisamente a través de esas experiencias vitales tan intensas comenzó a labrarse su fuerte personalidad, puesto que él mismo tuvo que aprender a convivir con las adversidades (políticas y personales).

En el verano del año 306 a.C. Epicuro decidió trasladarse a Atenas, pero antes de llegar a la gran *polis* vivió en Asia Menor (Colofón, Mitilene de Lesbos y Lámpsaco). Comenzó su magisterio en Mitilene y, en otro orden de cosas, la estancia en Lesbos le resultó especialmente gratificante, ya que allí conoció a muchas personas que seguirían a su lado a lo largo de toda su vida, como su esposa Temista y sus compañeros y discípulos Leonteo, Idomeneo, Metrodoro, Hedeira, Colotes, Timócrates y Hermarco, quien estaba destinado a ser su colaborador intelectual principal. Todos ellos, junto a sus hermanos, lo acompañaron en su nueva mudanza, esta vez a Lámpsaco (310 a.C.), ciudad ribereña del Helesponto, donde impartiría clases durante casi cinco años. Particularmente en Mitilene y Lámpsaco se concibieron las reflexiones que dieron fundamento a la que sería su doctrina definitiva.

A pesar de las convulsiones políticas, Atenas seguía siendo la meca indiscutible del pensamiento, gracias al prestigio que le habían dado tanto la Academia de Platón como el Liceo de Aristóteles, que seguían activos. Después de la muerte de Alejandro, Aristóteles (maestro del conquistador) decidió alejarse de Atenas y autoexiliarse en la isla de Calcis, donde murió en el 322 a.C.

Atenas era la referencia y es allí donde Epicuro se quedó hasta el final de su vida. Ese período de su vida no ha quedado documentado; se conoce la fecha de algunos de sus escritos, se infiere la relación con los discípulos y discípulas a través de las cartas, que alguna vez visitó a sus amigos y seguidores de Mitilene y Lámpsaco, y que la fragilidad de su

salud lo acompañó hasta sus últimos días, pero, lamentablemente, no hay más información ni detalles.

EL HEDONISMO

La teoría de Epicuro estaba repleta de influencias variadas de sus maestros y otras corrientes filosóficas. Muchas veces ese influjo fue directo y evidente, como en el caso de la escuela atomista, y otras más indirecto, como en el del peripatético Praxífanes (discípulo de Teofrasto), a quien conoció en Mitilene y del cual intentó más tarde distanciarse de manera crítica por su inclinación hacia los estudios gramáticos. Pese a ello, Epicuro nunca reconoció la proyección de sus maestros sobre su obra, no por ingrato sino porque rechazaba cualquier filiación o disputa con las corrientes teóricas clásicas como las de Platón, Aristóteles y sus contemporáneos (cínicos, estoicos, etc.). Epicuro se centró en crear su doctrina con argumentos que sostuvieran los fines que planteaba para su filosofía y no en rivalizar con otras ideas. A pesar de que no hay referencias de que se hubiera formado o tenido contacto con la escuela cirenaica, es posible reconocer en ella un antecedente de algunas de las explicaciones sobre la filosofía del placer que propuso el maestro del Jardín.

La escuela cirenaica fue fundada por Aristipo de Cirene (discípulo de Sócrates) en el siglo V a.C. Antes de que a Epicuro se le llamara hedonista, la doctrina de Aristipo fue denominada del mismo modo. Posteriormente, la escuela se descompuso en diversas ramas que llegaron hasta el período helenístico. En realidad fue más una corriente que una escuela, organizada bajo las enseñanzas de Teodoro el Ateo, Hegesias, Anniceris, etc. La información sobre Anniceris de Cirene está llena de datos muy confusos pero, supuestamen-

te, Epicuro pudo haber tenido algún contacto con este filósofo seguidor de Aristipo.

Al igual que hizo Epicuro, la escuela cirenaica se interesaba especialmente por las cuestiones éticas, identificándolas con el placer y la felicidad, que consistía en librarse de cualquier impresión de desasosiego, ya que el placer (de los sentidos y espiritual) es el bien, y el dolor es un mal del que hay que deshacerse. Por otra parte, la escuela cirenaica también se interesó por desplegar una teoría del conocimiento que diera fundamento a nuestra visión de la realidad. Para los cirenaicos, todo conocimiento verdadero provenía de los sentidos, con lo cual defendían una posición sensualista.

Aunque no haya documentos que permitan constatar la vinculación de Epicuro con la escuela cirenaica, resulta casi evidente que existió una relación directa entre las ideas de Aristipo y las de Epicuro. Sin embargo, cabe remarcar que Epicuro supo presentar su propia versión del hedonismo, haciendo importantes aportaciones a la distinción de los placeres (tal como veremos más adelante). Aristipo de Cirene afirmaba que las gratificaciones corpóreas, que consideraba intensas, eran preferibles a las mentales y a este respecto difirió de los epicureístas.

Las escuelas helenísticas

La fragmentación del imperio de Alejandro Magno, junto con la pérdida de la autonomía de las ciudades griegas, marcaron el período de crisis de la época helenística, que culminó con la defunción de Marco Antonio y el suicidio de Cleopatra (última soberana helenística de Egipto) en el año 30 a.C. El temprano fallecimiento de Alejandro hizo que sus sucesores no contaran con la experiencia necesaria para gobernar el imperio y que fueran divididos los territorios

LOS SABIOS (*SOPHÓS*) DE LAS ESCUELAS HELENÍSTICAS

Las escuelas surgidas en el período helenístico propusieron modelos de conducta personificados en la figura del *sophós* (sabio), que se diferenciaba de la idea de sabiduría (*sophia*) preconizada por la filosofía clásica. Rasgos comunes, pero con matizaciones, fueron el desapego hacia los bienes materiales y la desconfianza ante el ejercicio de la política, que consideraban cargado de insidias y falsedades. Sin embargo, en cada escuela se definía de manera diferente la figura del sabio, su comportamiento frente a las pasiones e instintos y, también, la relación con el discipulado y el compromiso social. Así, Epicuro circunscribió el ámbito de actuación del sabio a la comunidad de amigos y amigas, mientras que los cínicos rechazaron cualquier modo de vida en comunidad en pro de un ideal profundamente individualista; solo los estoicos participaron de la vida pública, si bien con ciertos reparos. Cabe destacar también que los epicúreos fueron los únicos que admitieron a las mujeres en igualdad de condiciones dentro de sus centros de estudio y convivencia.



	EPICUREÍSMO	ESTOICISMO	CINISMO
SABIOS	Son médicos del alma que practican la filosofía y la serenidad.	Modelo de perfección que vive de acuerdo con la razón.	Sienten desapego ante todo lo material y la moralidad.
PASIONES	Deben disfrutarse con moderación.	No hay estados intermedios entre la virtud y el vicio.	El sabio sigue los dictados de su naturaleza.
POLÍTICA	Rechaza su práctica.	Recelo ante el ejercicio público de la política.	Renuncia a cualquier tipo de cooperación social.

conquistados, comenzando las disputas por el poder entre descendientes y regentes.

Estas transformaciones políticas y sociales alejaron a los ciudadanos de las cuestiones cívicas e hicieron que se recluyeran en la esfera personal. Los filósofos de la época ofrecieron nuevas vías de pensamiento que, además de buscar el desarrollo del conocimiento teórico, crearon una preceptiva práctica para la vida, adaptada a ese contexto de agitación, para que los individuos se sintieran felices al margen de los acontecimientos sociales y de la sensación de falta de raigambre con la comunidad. Las tres escuelas emblemáticas de este período fueron el estoicismo, el cinismo y el epicureísmo.

> [...] Para alcanzar la salud del alma, nunca se es ni demasiado viejo ni demasiado joven.
>
> *Carta a Meneceo*

Estas tres escuelas tenían en común preocupaciones filosóficas fundamentales, referidas a cuestiones morales y a la felicidad (*eudaimonia*). Para buena parte de la filosofía helenística, el sabio (el filósofo) era el que tenía una existencia buena, feliz y equilibrada, sobrellevando las distintas circunstancias de la vida con el uso de su razón. La filosofía se convirtió así en un saber práctico, que permitía alcanzar el autodominio a quien la trabajaba.

Otra característica general de la filosofía del período helenístico fue el cosmopolitismo y la reivindicación de una filosofía sin fronteras, capaz de circular por todo el mundo. Los ciudadanos ya no se consideraban arraigados en una comunidad próxima, por lo cual estas escuelas filosóficas señalaban que la felicidad del individuo no coincidía necesariamente con el interés político del Estado, así que los problemas éticos no se explicaban ya por el bien común o por cuestiones políticas, sino que comprometían el esfuerzo particular de cada persona.

Por otro lado, la nueva configuración territorial del imperio supuso la expansión de la cultura griega y la helenización de otras tierras. Al mismo tiempo, también entraron elementos orientales en el mundo griego, y la filosofía no quedó exenta de esas influencias. La creencia en la adivinación y la astrología (especialmente de la teología estoica) son una clara muestra de la orientalización de la cultura griega. Este hecho no pasó desapercibido para Epicuro, quien intentaría condenar estas prácticas por medio de una serie de conocimientos fundamentados.

LA FILOSOFÍA COMO REMEDIO

Toda la filosofía de Epicuro tenía como fin último despejar el camino hacia la felicidad humana. Su doctrina se vertebraba sobre tres ejes centrales, estrechamente relacionados entre sí: la ética (la doctrina del alma y su comportamiento), la canónica (la doctrina del conocimiento) y la física (la doctrina de la naturaleza). Sin embargo, la ética era el cimiento sobre el cual se articulaba toda su obra, y a ella quedaban supeditadas la canónica y la física. Puesto que la doctrina epicúrea era una filosofía rigurosamente pensada como aplicación práctica para lograr una vida feliz, todos los conocimientos debían tender a este objetivo, tutelados por los valores éticos.

Epicuro puso especial atención en el conocimiento sensible (el que se aprehende a través de los sentidos). Por ello, en el marco de su filosofía, la percepción es el único criterio de verdad válido. Según el filósofo de Samos, si hay errores en el conocimiento proceden de no atenerse a los sentidos o de agregar juicios a la realidad que no tienen origen en la percepción. De tal modo, Epicuro rechazaba la primacía del raciocinio, que filósofos como Platón habían destacado en detrimento del valor del conocimiento sensible.

Partiendo de las ideas del atomismo de Leucipo y su seguidor Demócrito, según las cuales todo lo que existe está compuesto por una infinidad de partículas minúsculas e indivisibles (átomos) que se mueven en el vacío, Epicuro creó su propia teoría modificando los términos presentados por Demócrito. Para este, los átomos se combinaban de forma aleatoria, siguiendo cursos libres e indeterminados que jalonaban los choques entre las distintas partículas. Por lo tanto, el origen de lo real (corporal o espiritual) no dependía de ningún ser superior, sino que era la consecuencia de un movimiento mecánico. A pesar de que Epicuro no era ateo, la explicación atomista de la naturaleza y el origen del mundo abría el camino para una concepción de la realidad ajena a cualquier doctrina teológica.

Esta preponderancia de los sentidos como criterio de verdad, junto con una concepción mecanicista de la naturaleza, ponían las bases de una concepción materialista de la misma, gracias a la cual, pensaba Epicuro, podía superarse el miedo a la muerte, que solo era la disgregación de unos átomos de existencia eterna, cuando abandonaban la composición que daba lugar a nuestro cuerpo y nuestra alma para adoptar otras conformaciones.

Lo mismo ocurría con los dioses que, como el alma humana, también estaban compuestos por átomos, y que habían surgido de su movimiento y colisión. Los dioses, decía Epicuro, son demasiado perfectos para ocuparse de la vida de los mortales, pues viven en una dimensión superior, ajena por completo a los asuntos de los humanos. Por lo tanto, tampoco los dioses debían constituir motivo de preocupación para los hombres y las mujeres.

Explicaciones de este calado, junto a una concepción del dolor y el placer como criterios de acción, constituyeron la base a partir de la cual Epicuro fue despejando las inquietudes

que podían generar miedos, angustia y tristeza, para mostrar que las personas pueden cimentar sus propias vidas sin temor al más allá, al destino o la suerte. Por ello recomendaba ceñirse a los placeres básicos (como la obtención de alimentos sencillos, abrigo y techo), así como a los de índole espiritual, más tranquilos y duraderos. Siguiendo estos preceptos podríamos alcanzar una felicidad autónoma, independiente de cualquier circunstancia exterior a nuestra conciencia; buenos ejemplos de ello serían el saber y la amistad. Gracias a esa inclinación espiritual podía conseguirse la *ataraxia*, un estado de serena despreocupación que antecede a la felicidad.

La sabiduría y la felicidad llegan a la misma hora

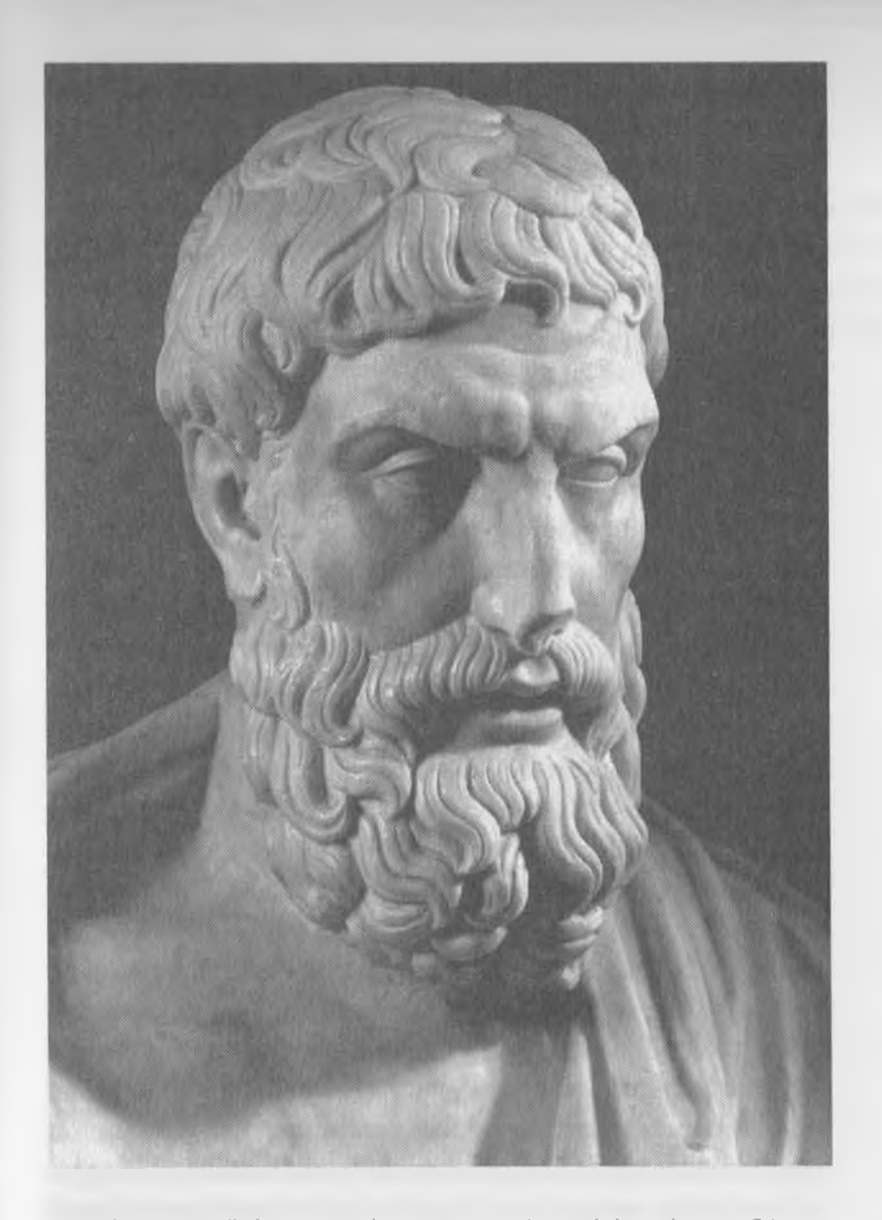
La búsqueda de la felicidad (*eudaimonia*) ha preocupado a la humanidad desde siempre, y la filosofía griega antigua tomó esta cuestión como uno de sus temas capitales. Sin embargo, los principales pensadores helenos, encabezados por Platón y Aristóteles, enfocaron esta cuestión como la aprehensión de un conocimiento de esencias que se hallaban fuera del mundo material y humano. Por otro lado, la filosofía griega clásica había servido para la formación de ciudadanos y políticos, pero la de Epicuro no tenía como fin dirigirse a las élites de la sociedad, sino buscar la manera de que el pensamiento, como camino para alcanzar la felicidad, llegara a todas las personas.

Como otros filósofos de la antigüedad grecolatina, Epicuro pensaba que la función de las reflexiones filosóficas era terapéutica; es decir, que servían para mejorar la vida de quienes las acogían y ofrecían soluciones a sus problemas. Lo que hace especial y diferente el pensamiento de Epicuro es la afirmación de que el conocimiento teórico adquirido

no tiene ningún valor por sí mismo si no tributa nada a la buena vida. Saber y filosofar sobre lo que se conoce es ventajoso a la hora de examinar cuáles son los motivos de los malestares humanos, así como para explorar en los motivos que impiden a muchos disfrutar de la vida plenamente, y analizar por qué las personas se angustian o temen. Conocer, filosóficamente hablando, es penetrar en la naturaleza del alma, en los desequilibrios entre la mente y el cuerpo, y discernir cómo se forman los juicios de valor gobernados por la falsa imagen de la felicidad o los placeres mal entendidos.

Tradicionalmente, la enseñanza de los conocimientos teóricos y la educación filosófica estaban destinadas a una aristocracia (políticos y ciudadanos), excluyendo a los niños y las niñas, las mujeres, los esclavos y los extranjeros. Por otra parte, se compartían una serie de creencias usuales sobre la religión, la significación de la vida pública, etc., que establecían una base común dentro de esa formación. La educación del estamento dominante de la sociedad se llevaba a cabo mediante un conjunto de disciplinas dialécticas centradas en el arte de la argumentación y la gramática a las que los alumnos se entregaban voluntariamente (como había hecho Alejandro Magno con su maestro Aristóteles).

A juicio de Epicuro, ese ejercicio retórico era insustancial, pues no afrontaba las verdaderas razones que ocasionaban miedos y sufrimientos, y solo se recreaba en la belleza del discurso bien trenzado y la habilidad del orador, sin contenido útil. De la misma manera, las falsas creencias eran consideradas el germen de los sufrimientos (sociales e individuales), mientras que las estructuras dialécticas de la formación elemental se cristalizaban como un mero refugio para evitar reconocer aquello que provocaba malestares en las mentes de la mayoría de las personas. Para que el filósofo



Busto de Epicuro, tallado en mármol por un autor anónimo de los siglos IV-III a.C. La escultura representa al filósofo en la edad madura, la época en que fundó su escuela ateniense, tras un largo período de viajes en los que forjó las bases de su doctrina y agrupó una buena cantidad de discípulos y discípulas, repartidos por distintos lugares de Grecia. Su escuela-comunidad, el Jardín, fue uno de los focos culturales más importantes de Atenas.

pudiera aplicar su remedio, el «paciente» debía hacer consciente su dolencia, distinguiendo los malestares sociales de los personales, para aplacar la inquietud. Por ello, para Epicuro, el conocimiento filosófico o científico estaba destinado a todos los humanos, varones y mujeres, niños y adultos, ciudadanos y esclavos. Por lo tanto, nunca debía servir para legitimar ningún tipo de poder político. Sus convicciones, aparte de antidialécticas, también eran antielitistas.

> Vana es la palabra del filósofo que no remedia ningún sufrimiento del hombre.
>
> TESTIMONIOS

El rechazo a cualquier elitismo filosófico no hizo que Epicuro trasladara su escuela a las calles, o que enviara a sus discípulos a reformar las mentes de los políticos con la finalidad de cambiar la historia. Contrariamente a la tendencia que prevalecía en el espíritu griego de la época, era reticente a la vida pública y nunca se prestó a su juego de honores. A lo largo de toda su carrera filosófica se mantuvo firme en esta actitud, negándose a forjar líderes políticos o «reyes filósofos» al estilo de la casta ideada por Platón en su *República*. La existencia del sabio epicúreo era sencilla y pasaba desapercibida a la mayoría; no se inquietaba por las opiniones de los demás ni pretendía imponer su razón dialécticamente en las diatribas públicas que enfrentaban a oradores adscritos a distintas escuelas de pensamiento. Consideraba que antes de pretender organizarse en comunidades o sociedades, el individuo debía fortalecer sus vínculos internos, es decir, la relación que mantenía con su mente y con su cuerpo. Por tal razón, el primer paso hacia la felicidad consistía en afianzar el autoconocimiento, para luego saber vivir en compañía de otras personas. Así se hizo en el seno de su escuela ateniense, el Jardín, de cuya creación y régimen interno nos ocuparemos más adelante.

LOS CUATRO REMEDIOS FILOSÓFICOS

Uno de los primeros puntos de la terapéutica filosófica de Epicuro consistía en comenzar por reconocer los miedos principales que afectan a las personas y bloquean su llegada a la felicidad. Para contrarrestar filosóficamente este padecimiento propuso un remedio inspirado en un ungüento medicinal muy conocido en su tiempo, compuesto por cuatro sustancias diferentes: cera amarilla, resina de pino, colofonia y sebo de carnero, las cuales, mezcladas, aliviaban los síntomas de varias enfermedades.

Epicuro llamó a este tratamiento filosófico el tetrafármaco (*tetraphármakos*) y lo plasmó en cuatro sentencias diferentes; cada una de ellas se correspondía con una explicación para conseguir la felicidad y alejarse de la causa de los miedos. Por ello advertía: no temas a los dioses ni al destino; no te preocupes por la muerte; lo bueno es fácil de conseguir; y lo doloroso es fácil de soportar.

Cada una de estas afirmaciones proponía un remedio filosófico para mantener la salud del alma, siendo el filósofo una suerte de médico o farmacéutico (*pharmakeús*) encargado de administrar las posologías adecuadas de cada medicamento. Las dos primeras advertencias de Epicuro están referidas a los miedos más primarios (los castigos de los dioses y la muerte). Las dos últimas apuntan a la forma en que debemos evaluar los placeres y deseos; los que al ser satisfechos conducen al dolor y los que acarrean el bien. Se trata entonces de efectuar un proceso de análisis de los miedos, para llegar a advertir que los placeres simples de la vida —los que nos contentan con poco— son los más fáciles de alcanzar y no conllevan dolor. Comprender esto hace que seamos capaces de vivir con mayor facilidad y sin ser perturbados por los miedos, al mismo tiempo que muestran la eficacia de la práctica filosófica epicúrea.

El desencantamiento personal, así como la pérdida de los relatos fundacionales sobrevenida tras la muerte de Alejandro, fueron afrontados por Epicuro con su propuesta del tetrafármaco, que implicaba un giro revolucionario para la filosofía, porque señaló la autonomía (*autárkeia*) interior de las personas como método para encontrar su propio camino hacia la felicidad. Para conseguir la felicidad era preciso lograr una cierta libertad e independencia, por ello Epicuro y sus discípulos se marcharon del centro de Atenas y de la atmósfera competitiva de las ciudades. El filósofo de Samos afirmaba: «Debemos liberarnos de los grilletes de las costumbres y la política», lo que implicaba conformarse con una vida simple pero que, a cambio, otorgaba más libertad, evitando depender de la inquietud que genera esperar la aprobación o la opinión de los demás.

No temas a los dioses ni al destino

Hay que recordar que en la antigua Grecia la gente tenía un gran temor a los dioses y a los castigos que estos pudieran infligirles por sus acciones. Dioses y diosas guiaban a cada persona desde su nacimiento hasta su muerte. Por ejemplo, la diosa Tijé —la deidad de la fortuna— regía la prosperidad de la comunidad y podía decidir de manera inexorable y aleatoria la suerte de cualquier mortal. Era tal la devoción del pueblo hacia ella que muchas ciudades de Grecia tenían una representación de la diosa coronada en sus muros, y pensaban que Fortuna intervenía directamente sobre sus vidas; por eso el «médico»-filósofo se encargaba de señalarle a los discípulos cómo sus creencias y temores condicionaban la consecución de la felicidad. Cada persona debía encontrar en sí misma el principio de su libertad, autonomía y serenidad, para llevar una vida *adéspota* (sin amo).

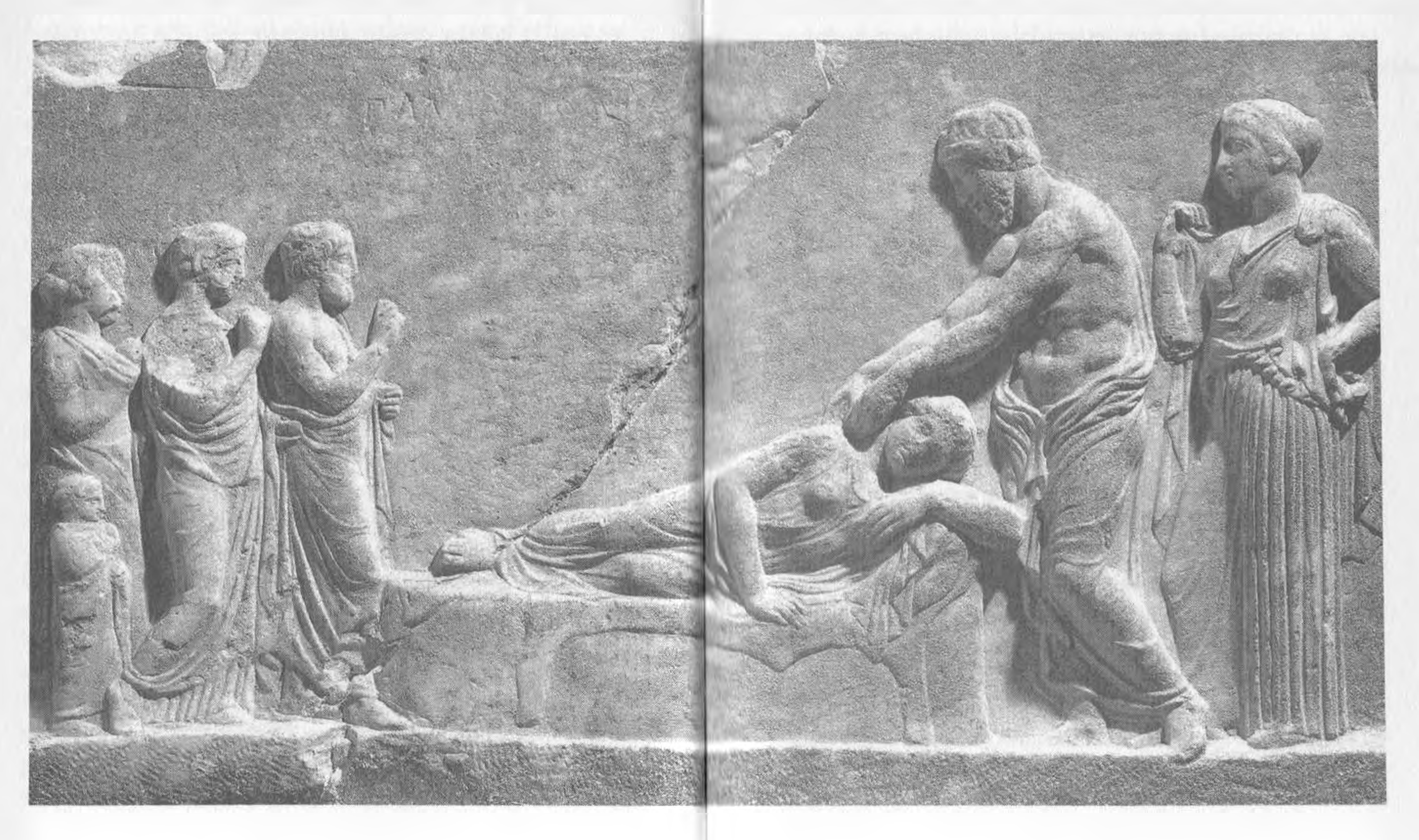
Además, el culto a los dioses guardaba una dimensión social y cívica a la vez, ya que ciudad y religión estaban estrechamente unidas. Históricamente, los atenienses habían sufrido duros golpes (guerras, hambrunas, pestes, asedios), pero siempre fueron capaces de sobreponerse. Buena parte del consuelo lo encontraban en una idea de patria que ya no funcionaba, porque las antiguas ciudades-estado habían dejado de existir. Por ello, los ciudadanos se veían solos frente al destino y la fortuna; así, la apuesta de Epicuro de darle la espalda a la suerte y negarle cualquier influencia en el camino hacia la felicidad fue una gran innovación teórica y práctica. Cualquiera que pretenda emanciparse y llevar una vida sin amos ni dioses tendrá que ser autárquico, como las personas que vivían en el Jardín. La actitud que promulgaba Epicuro no era de indiferencia a lo que ocurría en Atenas, sino que se centraba en indagar y argumentar claramente por qué los dioses no intermediaban cuestiones que no estuvieran a la altura de su perfección.

Epicuro defendía la idea de que los dioses solo representaban un estado superior de felicidad; eran seres inquebrantables, que únicamente ofrecían un modelo a seguir y no se ocupaban de las cuestiones humanas. Luego el miedo a los enfados, castigos y represalias de los dioses tampoco estaba justificado. Asimismo, los juicios sobre la seguridad del futuro también encaminan a las personas hacia la intranquilidad y a vivir con pesares. No hay que temer al destino, porque el futuro no está escrito y, si estuviera escrito, tampoco podríamos acceder a él ni saber qué iba a suceder.

Este argumento sobre la imperturbabilidad ante el destino y la irrelevancia del poder de los dioses para asistir al bienestar o malestar de las personas, no significa que Epicuro fuera ateo. En su escuela ateniense, el Jardín, se veneraba

FILOSOFAR PARA CURAR

El fundador de la ciencia médica fue el griego Hipócrates de Cos (h. 460-h. 370 a.C.), divinizado más tarde con el nombre de Asclepio, que aparece representado atendiendo a una enferma en este relieve sobre mármol del siglo v a.C. Hipócrates destacó la mutua influencia que mente y cuerpo ejercen entre sí. Epicuro, por su parte, también practicaba una peculiar medicina filosófica, basada principalmente en la observación de la naturaleza y el gozo moderado de los placeres, con la finalidad de alcanzar la serenidad de ánimo (*ataraxia*) y lograr que el espíritu sanase de preocupaciones vanas y dolores innecesarios. La doctrina epicúrea tenía una clara vocación terapéutica y proponía una serie de remedios para vivir bien.



a los dioses, se les hacía ofrendas y se celebraban las fiestas señaladas. Lo que el filósofo remarcaba era la libertad individual y la potencia de cada persona para construir su vida. No son los beneficios de los dioses ni el destino los que garantizan la felicidad, sino que cada uno es responsable de perseguirla, labrarla y conservarla. Este gesto le valió fuertes críticas de sus detractores, incluso después de su muerte, ya que su posición fue muy renovadora, tanto para su época como en los siglos siguientes.

Puesto que los dioses no intervenían en la vida de los humanos, estos debían trazar su propio destino; alinearse con la naturaleza, vivir cerca de ella y escucharla, para afianzarse en la propia virtud que se forja, eso sí, con mucho trabajo personal y con la compañía de amigos y amigas. Si la serenidad es uno de los bienes superiores a los que deben aspirar las personas, entonces bien merece la pena el retraimiento y los sacrificios que sean necesarios para obtenerla.

Sin miedo a la muerte

La mayor parte de las personas teme a la muerte y sueña con tener más tiempo para llevar a cabo o terminar lo que no ha hecho hasta ese momento en su vida. La filosofía de Epicuro enseñó que la existencia nunca estará perfectamente acabada, lo que no implica que deba dejar de cultivarse hasta el último momento. Cuando llega la muerte no hay que preocuparse por ella, sino que debe encontrarnos obrando y reflexionando sobre la propia vida. Asumir esta situación conlleva poder comprender los límites, lo que nos conduce nuevamente a la prédica de moderación que recorre toda la filosofía de Epicuro.

El mismo filósofo, en el momento de su muerte puso en práctica sus enseñanzas. Después de varios días de padecimiento por una dolencia renal, antes de morir se reunió tranquilamente con sus discípulos recordando el goce que le produjeron las conversaciones filosóficas mantenidas con los amigos. La vida no puede ser como un barril sin fondo, los límites son imprescindibles para que podamos apreciar los bienes que contiene, en forma de recuerdos.

La muerte no es nada para nosotros. Porque lo que se ha disuelto es insensible y lo insensible no es nada para nosotros.

MÁXIMAS

Cuando el cuerpo muere, los átomos que integran tanto el cuerpo como el alma se disgregan, y ya no es posible percibir ninguna sensación. Entonces, dice Epicuro en su argumento, la muerte no es nada. Así que la vida no tiene que convertirse en un sufrimiento por no ser ilimitada. Cuando estamos vivos no tenemos ninguna sensación de la muerte y una vez muertos no se siente nada; por lo tanto no hay absolutamente nada que temer. Epicuro señalaba que para vivir bien debemos hacer lo mismo que con la comida: elegimos lo que comemos porque es delicioso y no porque sea más abundante. Por lo tanto hay que saber escoger sabiamente los momentos que deseamos vivir. Hay que saber vivir y también aprender a morir, sin lamentarse por lo que no se posee o por los límites inherentes a la vida, y sin amedrentarse ante aquello que produce miedo.

Epicuro no abordó el tema de la muerte de una manera superficial. Él nos enseñó que, si bien no nos detenemos a pensar en este hecho, cada momento de la vida es un momento previo a la muerte y que la existencia está siempre acompañada por ella, aunque al que más se le teme es al último de todos los instantes. Esta explicación, además, manifiesta la importancia de comprender la dimensión terrenal de la vida. Es con ella con la que hay que establecer

un compromiso ético, a la que hay que cuidar y de la que hay que aprender a disfrutar. Para la existencia humana no hay ningún más allá de la vida, no se puede evitar el dolor o calmar la ansiedad con ideas insustanciales que no se respaldan en el conocimiento objetivo de la naturaleza y el universo.

Lo bueno es fácil de conseguir

Otro miedo habitual en el ser humano no atañe a preocupaciones que apuntan a lo extramundano, como el final de la vida y la actitud punitiva de los dioses, sino a las condiciones materiales en que se desarrollará el propio decurso de la existencia.

Es normal que todo individuo se ocupe de proveer los bienes que precisa para su supervivencia individual, como la comida y el cobijo, que son cosas sencillas pero imprescindibles para cualquier persona, y que se pueden obtener con un esfuerzo mínimo. El problema es que un empeño tan natural y noble a menudo se desvirtúa, identificándose con el ansia de ganar posesiones superfluas, que no son estrictamente necesarias para el objetivo inicial de una digna supervivencia. Desear cosas superfluas aparta nuestra atención de los bienes realmente importantes.

Por otra parte, quien tanto ama las cosas innecesarias acaba siendo esclavo de ellas y pierde el timón de su propia vida. Todo lo contrario que el sabio: este jamás rechazará ningún don recibido, porque todos los placeres son buenos en sí mismos, pero solo invertirá su esfuerzo en buscar y obtener los bienes imprescindibles. De ese modo paladeará con mayor placer todo cuanto exceda tan modesta búsqueda y perderá el miedo a la ausencia de tales dones.

El dolor es fácil de soportar

Tampoco hay que temer al dolor corporal, porque cuando es intenso dura poco y cuando se prolonga en el tiempo resulta menos intenso. En los dos casos el dolor es llevadero, mucho más si se acompaña de buenos recuerdos. Si el dolor fuera intenso y duradero moriríamos, pero, siguiendo el razonamiento anterior, a la muerte no hay que temerle, puesto que cuando llega no hay consciencia alguna. De todas formas, decía Epicuro, cabe soslayar todo lo que provoque dolor y rodearse de cosas deleitables mientras sea posible, pero si llega el dolor, hay que ser fuerte para afrontarlo dignamente.

La cuestión de la percepción del tiempo es fundamental para comprender la filosofía de Epicuro. Los dolores y las angustias se incrementan si se esgrimen los recuerdos para quejarse por el tiempo perdido o por lo que ya no se tiene. La consciencia de la real dimensión de la temporalidad permite alcanzar la felicidad, evitando la ilusión de la falsa permanencia (ya sea de un placer o un dolor). De esta forma, Epicuro nos invita a asumir la corporalidad, mostrando que el cuerpo es un límite para el dolor y para el placer. Los dolores y placeres son útiles y hay que estar muy atentos a su aparición, ellos nos indican qué es lo que más nos conviene o qué debemos evitar.

Por otra parte, y también ligados a la temporalidad, los recuerdos sirven para advertir las demarcaciones de la vida y conducirnos hacia la felicidad, aun cuando se padezcan sufrimientos: «Debemos curar las desgracias presentes con el grato recuerdo de los bienes perdidos y con el reconocimiento de que no es posible hacer que no sea lo acontecido», expresaba Epicuro. El sabio que es moderado hace de sus recuerdos agradables una táctica para la curación, sin pretender que la memoria se vuelva un estado de lamentación por lo perdido.

Epicuro pensaba que las personas más apropiadas para seguir el camino de la filosofía eran las que no han recibido instrucción (niños, esclavos, mujeres, etc.); todos los seres humanos tienen el mismo derecho a la felicidad, pero es mejor si no han asumido las estructuras y creencias viciadas. Cada enfermo precisa una fórmula personal, prepararse para conocer argumentos filosóficos y científicos, y para ello hay que instruirlos con paciencia, ejemplos y ejercicios que se ajusten a sus necesidades. El filósofo o filósofa siempre debe estar dispuesto a intervenir, como un médico que extirpa las causas del dolor.

Capítulo 2

UNA ÉTICA PARA EVITAR LOS SUFRIMIENTOS DEL ALMA

La filosofía de Epicuro formuló una ética que buscaba la felicidad de todas las personas, reconociendo el valor de los placeres y liberándose de falsas creencias. En su sistema, la ética primaba sobre cualquier conocimiento del ámbito de la física o de la naturaleza; su doctrina era moral, vital y materialista a la vez.

Como ya se ha dicho, uno de los puntos más importantes de la filosofía de Epicuro es la ética, que funcionaba como un eje de rotación, una referencia central ineludible alrededor de la cual giraba cualquier conocimiento. Claramente, la ética ejercía un rol de supremacía sobre la física y la teoría del conocimiento (canónica), porque ambas debían tender hacia aquella. De todas maneras, la ética epicúrea no es una ética al uso, estructurada de acuerdo a principios generales, sentencias normativas y prescripciones. La suya es considerada muchas veces como un ejemplo típico de ética materialista, puesto que lo que hace que una acción moral sea buena o mala es su contenido (su materia).

La filosofía de Epicuro estimulaba a todas las personas para que transitaran la senda que los orientaría hacia la realización de una vida desprendida de temores, pero para lograr esa meta era preciso aplicarse y conducir correctamente tanto los placeres como los sufrimientos. A diferencia de otros pensadores y escuelas de vida contemporáneas al filósofo de Samos, que también se preocuparon por la cuestión de la

felicidad (como los estoicos, los cínicos, etc.), Epicuro tenía una idea sugestiva al respecto, puesto que remarcaba que nadie debía sentirse culpable por disfrutar de los placeres (*hedoné*) de la vida. Ahora bien, no por carecer de maldad en sí mismos ni por su evidente amabilidad son los placeres la solución segura a nuestros males.

Como toda ética, la de Epicuro buscaba distinguir lo bueno de lo malo, pero en este caso es precisamente la sensación de placer el criterio adecuado para vislumbrar qué es lo que conviene y cómo se debe actuar. Por esta razón, muchos intérpretes han definido esta doctrina como una ética hedonista, aunque en Epicuro los placeres queden subsumidos en una ética más amplia y no sean el objeto último de la misma. En realidad, el filósofo de Samos hizo una ordenación profunda de los placeres para que sus discípulos y discípulas pudieran comprenderlos y diferenciarlos, y para optar con libertad por el disfrute o la abstinencia, haciendo evidente que el placer no siempre se identifica con el bien.

Epicuro observó que la tendencia a buscar el placer y el bienestar (el hedonismo) juega un rol cardinal en la constitución de nuestras vidas, por lo tanto no podemos olvidarla a la hora de hablar de la ética. El placer es la materia de la ética, en tanto que es el umbral y el término de una vida feliz, que nos conduce a evitar todo aquello que nos causa dolor y a buscar el bienestar. Los placeres tutelan las elecciones, pues permiten distinguir qué cosas deben tomarse y cuáles rechazarse, por este motivo son un elemento básico del sistema ético que nos permite hacer juicios de valor. Sin embargo, los placeres también quedan supeditados a la ética.

En la antigua filosofía griega, el análisis y evaluación de los placeres era un tema recurrente. A excepción de propuestas que tuvieron una orientación un tanto heterodoxa, como la de la escuela cirenaica, la mayoría de los filósofos antiguos

se aproximaron al placer con reservas. Por ello, el lugar que le otorgó Epicuro al placer en la ética y en su filosofía en general merece ser desentrañado más en profundidad. Por una parte, ese principio ético epicúreo del placer ha dado lugar, a lo largo de la historia, a que se tejieran múltiples interpretaciones erróneas. Por otro lado, también fue fuente de inspiración para una de las formulaciones capitales de la psicología contemporánea, por parte de Sigmund Freud: el principio de placer, que determina el funcionamiento del conjunto de la actividad psíquica, evitando el displacer.

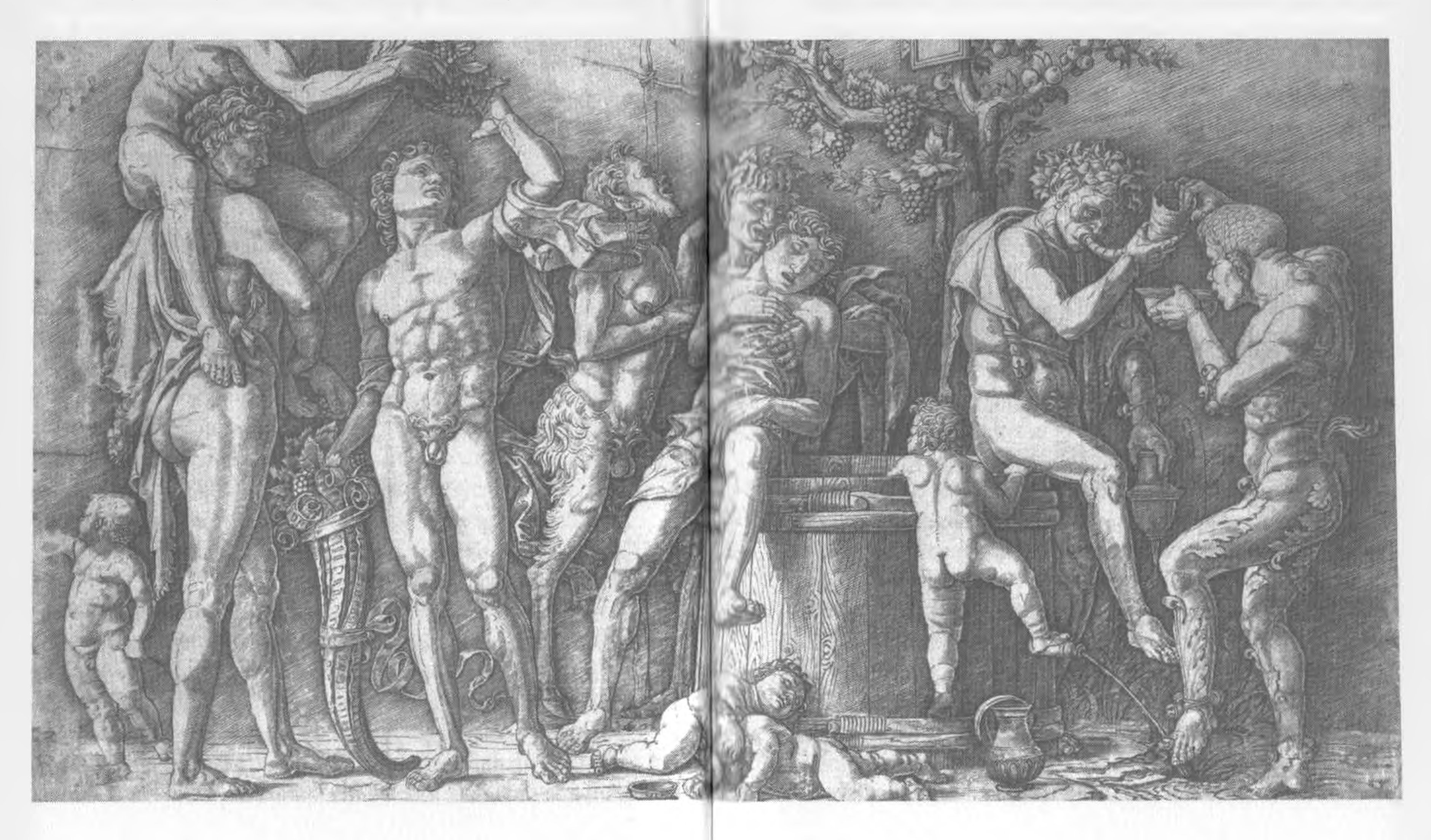
Otros grandes filósofos que enseñaron en Atenas, como Sócrates, Platón o Aristóteles, sostenían al igual que Epicuro que las personas quieren y buscan la felicidad, pero, a diferencia de sus antecesores, el de Samos decía que los hombres se equivocan si creen que encontrarán la felicidad en la unidad política o en un conjunto de deberes y comportamientos sociales (*ethos*). La doctrina ética de Epicuro no estaba dirigida a la formación moral de políticos y ciudadanos, sino a todas las personas en general.

UNA ÉTICA VITAL

La finalidad de la filosofía de Epicuro residía en encontrar la forma de consolidar la seguridad y el desarrollo de la ética como parte central de un sistema filosófico que debía encaminarse hacia la felicidad como un bien superior. Aunque la ética adquiera más relevancia que otras áreas de conocimiento del sistema epicúreo, aquella se cimentaba en la teoría del conocimiento y en su propuesta de una física material y atomista. Adentrarse en la comprensión y explicación del funcionamiento del mundo permitió a Epicuro eludir los argumentos basados en creencias sobre el poder de los dioses

EL HEDONISMO DE EPICURO

La errónea opinión que cierta tradición histórica ha difundido acerca de la figura de Epicuro venía a coincidir, grosso modo, con el ambiente de relajación moral que se aprecia en este grabado de Andrea Mantegna, artista del Renacimiento italiano, titulado *Bacanal con barril de vino* (h. 1470). Sin embargo, basta con leer los textos del filósofo de Samos para comprobar lo errado de esta visión. Epicuro advirtió que la felicidad no estaba en el placer en sí, sino en su capacidad para procurar bienestar y apartarnos del sufrimiento, por lo que recomendó siempre gozos moderados, con especial predilección por los placeres intelectuales y la amistad. Este consejo tuvo eco en la filosofía occidental, puesto que pensadores tan diferentes como Séneca, Montaigne, Marx o Nietzsche fueron admiradores de la doctrina epicúrea.



o la necesidad imperiosa de supeditarse a los poderes políticos para garantizar el bienestar humano.

Entender los hechos naturales y el funcionamiento del mundo, o no hacerlo y confiar en el destino y en explicaciones irracionales condiciona el estado moral de la humanidad. Así, quienes no buscaban el conocimiento profundo de los hechos naturales terminaban por dar crédito a creencias desatinadas sobre el poder de los dioses o del destino, y a ofrecer explicaciones irracionales que profundizaban el sentimiento de desasosiego y el sufrimiento. La necesidad de saber era una condición indispensable para la salud de la mente y del cuerpo, ya que la felicidad se constituye únicamente sobre una base de verdades ecuánimes y objetivas, aunque el conocimiento por sí mismo no garantice ninguna felicidad; es una condición necesaria, pero no suficiente.

Teniendo en cuenta lo indicado, podría decirse que la ética de Epicuro es un punto intermedio entre un cierto intelectualismo, que basa los juicios éticos en el conocimiento del bien (solo si se conoce lo que es bueno se hace lo bueno), y un hedonismo moderado que subsume la consecución del placer en un ejercicio práctico de evaluación sobre qué es lo mejor y lo más adecuado para cada circunstancia.

Así pues, la filosofía de Epicuro era vital y moral a la vez, y no contemplaba diferencia alguna entre clases sociales, sexo o edades; tenía que ser accesible a cualquier persona, para que cada cual encontrara la senda de vida apropiada. Negar la filosofía a alguien sería equivalente a no reconocer su derecho a la felicidad. Así, la premisa de que el análisis guiado por la filosofía es la forma de llegar a la felicidad envuelve la convicción férrea de que las personas son libres para construir su propio camino, y que con la ayuda del discernimiento sobre el orden y las leyes del universo, los humanos pueden independizarse de la idea de que existe un destino

clausurado y del temor a los castigos de los dioses. La fortaleza está ligada al hecho de asumir la propia vida desde una mirada ética y de compromiso personal. De todas formas, la entereza de la mente no es un hecho natural, sino todo un proceso que se ejercita y elabora con tenacidad; un camino antes que un fin.

El examen filosófico de la existencia humana es una de las prácticas básicas para reforzar el espíritu, que Epicuro hizo manifiesto a través de la importancia otorgada a la dimensión terrenal de la vida.

CRITERIOS PARA DISTINGUIR EL BIEN DEL MAL

La mayor parte de las obras de Epicuro que ha llegado hasta nuestros días tiene forma epistolar; de hecho, tres de sus cartas son de los pocos textos del filósofo de Samos que se conservan íntegros.

La *Carta a Meneceo* es la obra más citada de Epicuro. Esta misiva contiene las bases esenciales para penetrar en su ética y su filosofía práctica. Allí expone una ética que salvaguarda el carácter positivo de los placeres, pero siempre que estos sean serenos, equilibrados y duraderos. El placer no es equivalente al goce sensual desenfrenado, sino a una actitud sabia que atiende a la salud del cuerpo e instruye la mente por medio de la filosofía. Por eso, al inicio de la *Carta a Meneceo*, el samio indicó que nunca es demasiado tarde para la filosofía, lo que equivale a decir que nunca es demasiado tarde para la felicidad.

Por medio de esta carta, Epicuro le recordaba a su discípulo Meneceo que todos los placeres y sufrimientos tienen límites, así como también lo tiene la intensidad de los mismos, que depende del movimiento de los átomos que los

componen (cuando hay más movimiento, se produce más sufrimiento). El placer es bueno, pero deben ponérsele condiciones al disfrute, por ello Epicuro insistía en la importancia de saber elegir los placeres, para prevenirse de las derivaciones desagradables que puedan engendrar. Hay que recordar que la felicidad está compuesta por la ausencia de dolor; sin embargo, a veces será necesario optar por algo que en un principio pueda causar dolor pero luego depare un placer mayor. No todos los placeres son de la misma categoría, y esto hace posible cualquier elección.

> El placer es principio y culminación de la vida feliz.
>
> *Carta a Meneceo*

Los dolores y los placeres que se experimentan por medio de los sentidos establecen aquello que es adecuado y aquello que no lo es. Como ya vimos, no existen motivaciones trascendentes para la existencia, se trata de vivir bien y acorde a la propia naturaleza, persiguiendo el placer y sorteando el dolor, pero siempre respetando los límites (físicos y morales) que cada uno tiene, permaneciendo alerta para escuchar lo que los sentidos indican y aconsejan. Por lo tanto, es importante instruirse para administrar la vida con estos criterios, ya que gobiernan cautelosamente la relación con la realidad. Es esta una de las máximas éticas que presenta la filosofía de Epicuro: el bien es la felicidad, pero la manera de obtenerlo reclama que se persigan preceptos éticos, así como que se observe con atención a la propia naturaleza. La doctrina del filósofo de Samos no puede separarse de los placeres del gusto, el sexo, el oído, etc. Sin embargo, ni la comida, ni el sexo, ni la bebida conducirán a las personas hacia una vida feliz. Es gustoso todo lo que produce placer, pero para que el placer sea realmente bueno debe ser moderado, controlado y racional. A la felicidad se llega

por medio del pensamiento filosófico y del análisis racional, aunque el placer está entre los bienes primeros cuando, a partir de él, se inicia cualquier elección o rechazo. Es solo en este sentido que los placeres constituyen un criterio para distinguir lo bueno de lo malo.

Para Epicuro, cuerpo y alma formaban una unidad material compuesta por átomos, aunque los placeres de uno y otra fueran distintos. El placer podría definirse como la satisfacción de las necesidades del cuerpo y la tranquilidad del alma, pero, en cierta medida, los placeres del alma son superiores a los del cuerpo. Esta afirmación básica de la filosofía de Epicuro no lleva a evitar o erradicar los placeres del cuerpo, sino a encontrar el equilibrio voluntario y consciente entre el cuerpo y el alma.

Simultáneamente, también hay una relación directa entre placer y dolor. No es posible comprender el placer si no se experimenta el dolor, como no se disfruta completamente de un banquete si no se padeció alguna vez la sensación de hambre, decía el filósofo. Pese a que el placer es un bien y el dolor un mal, hay que administrarlos de manera inteligente; en ocasiones es más importante rechazar ciertos placeres que aceptar dolores, como también optar por dolores que se siguen de placeres mayores (por ejemplo, como cuando se toma una medicina desagradable).

El bien supremo y fin último de la vida planteado por Epicuro no es un goce sin medida, sino la carencia de dolores físicos (*aponía*) y de las turbaciones del alma (*ataraxia*). La razón juega un papel decisivo en lo que respecta a la felicidad, puesto que es por medio de ella como se puede descubrir la imperturbabilidad de la mente, a la que Epicuro define como «un mar en calma». A la serenidad no la azotan los vendavales de las pasiones, mientras que la razón que la tutela ofrece la libertad necesaria ante estas.

El placer y la libertad

Se ha puesto ya de relieve que la ética de Epicuro no es una preceptiva contra los placeres. Si las cosas que nos deleitan cancelaran los temores a las catástrofes naturales, la muerte y los dolores, y además revelaran el término de los apetitos, no habría nada que reprocharles, aunque cometiéramos excesos en su disfrute. Pero no ocurre así, porque sucede a menudo que lamentamos la ausencia o el carácter efímero de tantos gozos, y ese sentimiento nos conduce a la melancolía y el dolor.

Habiendo afirmado y demostrado el papel de los placeres, Epicuro subrayó dos cuestiones a tener en cuenta. Por un lado, defendió que los placeres son parte del marco de la ética y necesitan de la guía del conocimiento filosófico, que oficia de portulano hacia la felicidad (un camino mucho más arduo de lo que parece, porque no se reduce a obtener bienes materiales o a regodearse en una vida indolente y voluptuosa). La ética de los placeres consiste, en suma, en una operación de cálculo: ponderar cuánto dolor y cuánta satisfacción nos deparará el disfrute de cada uno de los placeres que se presentan a lo largo de la vida, y resolver la operación a favor de la minimización de cualquier tipo de sufrimiento. En esa ecuación descansa la clave de la felicidad. Por otra parte, la idea de que la felicidad se logra en esta vida terrenal y por medio del disfrute de los placeres presupone la libertad de elección que, acompañada de los conocimientos sobre el mundo (la física y la teoría del conocimiento), permiten gozar de una vida plena.

La defensa de estas ideas hizo que no siempre se comprendieran correctamente las enseñanzas de Epicuro, tachado con frecuencia de hedonista o sibarita, o de ser una

persona gobernada por la voluntad de satisfacción de sus pasiones. Es cierto, el filósofo disfrutaba de la comida, de la buena compañía y de atender los «placeres del vientre», pero advirtió con toda firmeza que la felicidad no se agota allí. De hecho, él mismo y sus seguidores mantenían una vida realmente muy austera, y habían aprendido a complacerse con las pequeñas cosas y los momentos cotidianos como si fueran el tesoro más preciado. Solo agua, algunas verduras de temporada, pan y aceitunas componían la mesa del hombre que aseguraba que el placer conduce a la felicidad. La armonía vital (cuerpo y alma) produce el estado anímico que Epicuro y sus seguidores llamaron serenidad (*ataraxia*), adyacente a la práctica de la filosofía y condición indispensable para el acceso a la felicidad.

La capacidad de análisis sobre los propios deseos y actos, sobre aquello que nos preocupa o angustia, así como conocer sus causas, era lo que se potenciaba en la escuela epicúrea. Por ello, Epicuro puntualizaba: amigos y amigas, una vida analizada y autosuficiencia son los tres componentes fundamentales de una existencia feliz. Con mucho dinero pero sin amigos, sin examinar la existencia personal y con los condicionamientos que interponen a nuestra libertad tantas necesidades infundadas, no es posible ser feliz, porque se experimenta un estado de ansiedad y miedo (temor a perder los bienes, obsesión por enriquecerse o ganar fama, etc.). Las personas corren ansiosas detrás de esos supuestos bienes materiales, volviéndose esclavas de sus temores, descuidando su cuerpo y su mente. Por lo tanto, para alcanzar una vida feliz urgía olvidarse de esos objetivos quiméricos.

Los placeres del alma son superiores a los del cuerpo no porque haya una superioridad moral, sino porque los primeros son perdurables y además pueden eliminar o ate-

nuar los dolores corporales. La serenidad interior se consigue cuando se cubren las necesidades del cuerpo, lo que apacigua también las inquietudes y los temores. Pero administrar las necesidades y los placeres del cuerpo no es lo mismo que eliminarlos (hacerlo carecería de sentido). El mismo Epicuro ponía en acción esta ética de los placeres moderados, por ello le pedía a uno de sus discípulos en una carta: «envíame un trozo de queso, para que pueda darme un festín cuando me apetezca». Hacer que un simple trozo de comida se convierta en un gran banquete es el resultado de toda una práctica exhaustiva de la filosofía. En la doctrina de Epicuro, el placer no está necesariamente generado por un objeto que se desea, sino también por algo que genera goce por el simple hecho de hacerlo: respirar tranquilamente en el campo, acercarse a los placeres espirituales como la música o la charla y la compañía de amigos y amigas. El placer siempre nos conforma y nos afecta en el sentido espiritual y corporal, sin depender de los bienes materiales u objetos de deseo.

Por otra parte, la libertad es un hecho fundamental para establecer las relaciones con el mundo exterior e interior, al tiempo que permite tomar las decisiones adecuadas en la elección de los placeres. Epicuro articuló una ética basada en una sólida argumentación, avalada por principios objetivos, en la que se evidencia la capacidad autónoma para decidir (lo que siglos más tarde se conoció como «libre albedrío»). Asimismo, la libertad quedaba demostrada en el sistema epicúreo a través de los principios físicos, sirviéndose para explicarla de la indeterminación de la caída de los átomos que conforman todos los cuerpos. Sin la libertad, las acciones morales dejarían de serlo, ya que son la condición de posibilidad y el sostén de toda una ética atea, que no se aferra a ninguna creencia ni dogma.

LOS DIFERENTES TIPOS DE PLACERES

Ya desde la antigüedad clásica, los placeres que proporcionan algunos de los sentidos, como el del gusto (comer, beber) y el del tacto (sexo), eran vistos con recelo. Sin embargo, los placeres que nos llegan por vía auditiva (la música) y visual (la observación atenta) no parecían ser objeto de demasiada preocupación. Epicuro rompió radicalmente con esta división entre placeres «buenos» y «malos» determinada por su origen sensorial, y proporcionó un análisis y división de los placeres radicalmente diferente.

El filósofo recordaba a sus discípulos y discípulas que los placeres son connaturales a la vida y que toda elección parte de ellos, juzgando lo correcto con las sensaciones como norma, ya que nos permiten seleccionar qué es lo que nos conviene. Como no todos los placeres son deseables ni bienvenidos en todo momento o en cualquier circunstancia, Epicuro se afanó en distinguir entre los deseos y sus objetos, ya que esto nos permitirá seleccionar con claridad cuáles son prioritarios en su satisfacción.

De acuerdo a lo señalado en la doctrina de Epicuro, el deseo humano fundamental es encontrar el bienestar. Para ilustrar esta cuestión, ofreció una analogía clara: el bienestar es equiparable a la sensación que experimentan los bebés cuando están aseados y nutridos, o sea, cuando tienen cubiertas sus necesidades básicas. Las personas que no pasan hambre ni sed ni frío, señalaba Epicuro, podrían ser los rivales del mismo dios Zeus. Liberarse de las necesidades primordiales del cuerpo y mantener una relación correcta y equilibrada con los propios deseos, miedos y esperanzas permite alcanzar el estado más apropiado para conseguir el placer espiritual y mental supremo: la serenidad. Para llegar a ese nivel de bienestar, es preciso atender constantemente a

la naturaleza y estar mentalmente dispuesto para diferenciar lo que es adecuado para la mente y el cuerpo, y aquello que no lo es. El placer depende de una actitud apacible frente a las sensaciones que el cuerpo percibe.

Si los excesos de los placeres no tuvieran consecuencias negativas y acarrearan serenidad, seguridad y, por ende, felicidad, no habría ningún problema en sumergirse en ellos. Sin embargo, Epicuro mostró que los vicios no son otra cosa que el ansia de una vida infinita, porque se actúa como si en cada decisión tomada en el presente no hubiera ninguna consecuencia que repercutiera en el futuro. En un fragmento del texto llamado *De los fines*, dijo Epicuro que el placer está ligado al gusto, al oído, al sexo y, por supuesto, a todo aquello que es suave. Pese a ello, lo que produce mayor placer es el razonamiento y los juicios que se transfieren a una vida feliz.

> Cuando decimos que el placer es fin no nos referimos [...] a los que se dan en el goce, como creen algunos que desconocen.
>
> CARTA A MENECEO

Epicuro aseveraba que «es preferible ser infeliz viviendo racionalmente que feliz de manera irracional», de modo tal que esta sentencia hace evidente que el hedonismo siempre tiene un límite. Los placeres de la carne no perciben sus límites (creen que el placer puede ser ilimitado), y también quieren un tiempo ilimitado para procurárselos. Pero la mente comprende la finalidad y los límites de la carne, al mismo tiempo que sabe despejar las creencias y los temores ante la eternidad. Que el placer se convierta en un bien estriba en la elección sabia de quien actúa, así como del nivel de prudencia (*phrónesis*) que adopte para escoger los comportamientos adecuados.

Por una parte hay que separar los placeres corporales y los del alma, que están íntimamente ligados. Si se padecen

males en el cuerpo (como cuando se sufre una enfermedad), igualmente se puede ser feliz. Pero los males del alma son más terribles que los físicos, del mismo modo que los placeres del alma son superiores a los del cuerpo. Ambos placeres —los del alma y los físicos— están condicionados por las elecciones individuales, que deben saber guardar una actitud justa y proporcionada. Todos los placeres implican el movimiento de los átomos que conforman tanto el cuerpo como el alma, pero cada uno de ellos conlleva una inclinación diferente de su composición atómica.

Una vez hecha la distinción entre los placeres del cuerpo y de la mente, Epicuro sentó una nueva división entre los placeres en movimiento (cinéticos) y de reposo (catastemáticos). El placer supremo es la ausencia total de dolores y de ansiedad, aunque ello no implica que el hombre sabio viva como los dioses o como un anacoreta, aislado para que nada lo turbe. Ser sabio no consiste en alejarse de los placeres o de las personas, de lo que se trata es de reflexionar y analizar la condición de los placeres fundamentales, evitando los innecesarios o los que puedan acarrear problemas. Los placeres en reposo y los placeres en movimiento se alternan constantemente, pero los sabios saben encontrar la mesura adecuada en esta sucesión.

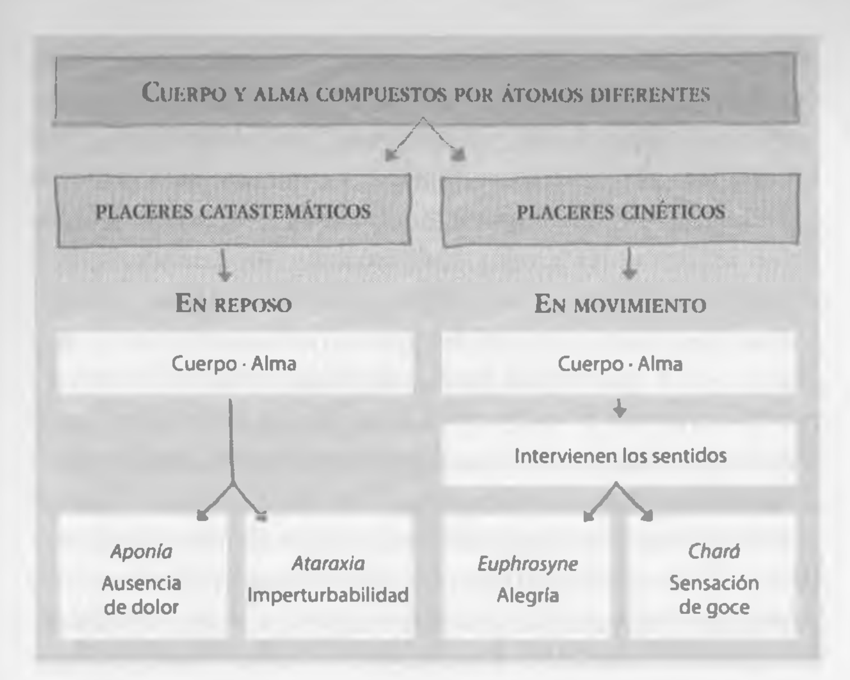
Placeres en reposo y en movimiento

Los placeres en reposo pueden afectar tanto al alma como al cuerpo. Cuando afecta al cuerpo, el placer catastemático es llamado por Epicuro *aponía* (ausencia de dolor). Experimentamos un placer catastemático corporal cuando, por ejemplo, nos duele el estómago porque tenemos hambre y eliminamos este dolor mediante la comida. Pero

también el alma es susceptible de experimentar el placer en reposo. En este caso, Epicuro lo llama *ataraxia* (imperturbabilidad) y se trata de un estado anímico propio del hombre sabio, que ha llegado a la plena consciencia de cuáles son los (pocos) placeres que verdaderamente necesita para alcanzar la felicidad, y que ha superado los miedos infundados que a menudo nos asedian. Los placeres en reposo no están totalmente inmóviles, también tienen un cierto movimiento, pero este es equilibrado y ordenado.

Por otro lado tenemos, como se ha dicho, los placeres cinéticos o en movimiento. La diferencia primordial entre estos y los primeros es que los placeres en movimiento representan una derivación o variación respecto de los primeros. El objetivo final del epicureísmo no es otro que la conquista del equilibrio y la armonía de los deseos, tanto corporales como espirituales. Una vez satisfechos, por lo tanto, los placeres catastemáticos tanto del cuerpo como del espíritu, los placeres en movimiento poco pueden aportar a la felicidad conquistada.

En los placeres cinéticos intervienen los sentidos y son una parte importante en el proceso de eliminación del dolor. Un claro ejemplo de placeres en movimiento son las alegrías (*euphrosyne*) y el goce (*chará*). Los placeres sexuales entrarían también dentro de esta, además de las comidas y bebidas suntuosas (como los quesos o los vinos). Este tipo de alimentos y bebidas no están destinadas a cubrir las necesidades humanas, sino a variar la necesidad de ingerir alimentos o hidratarse. Para lograr la felicidad es preciso sopesar la consecución de estos placeres sin que ello genere consternación alguna, encontrando la satisfacción moderada y disfrutando de unas pocas cosas bien seleccionadas. En resumen, la felicidad es una práctica humana en la que deben primar los placeres inmóviles, sin abstenerse de los que están en movimiento.



Epicuro distinguió entre placeres catastemáticos (en reposo) y placeres cinéticos (en movimiento). Afectaban de modo diferente a cuerpo y alma: los primeros producían sensaciones de sosiego, los segundos de gratificación.

Placeres naturales, necesarios y no naturales ni necesarios

Conjuntamente con la clasificación entre los placeres cinéticos y los placeres en reposo, Epicuro realizó otra categorización para poder comprender en detalle la naturaleza y el funcionamiento de los anteriores. El maestro explicó que los deseos pueden ser: naturales y necesarios; naturales y no necesarios; no naturales ni necesarios.

Los placeres naturales y necesarios ofrecen la sensación de goce excluyendo cualquier percepción de dolor. Se refieren fundamentalmente a las necesidades básicas, como no tener hambre, frío o sed. A estos deseos no se los puede desatender nunca, ya que cubren las condiciones mínimas para la supervivencia de cualquier persona. Si nos faltara alguna de estas condiciones, no podríamos ser felices, porque esa carencia atentaría contra la conservación de la vida.

Dentro de los placeres naturales pero no necesarios encontramos el placer sexual o algunos alimentos que, al consumirlos, apaciguan la ansiedad más que calman el hambre (como los alimentos muy lujosos o exóticos, así como las bebidas elaboradas). Igualmente, decía Epicuro, aquí podrían incluirse las artes y las conversaciones amenas. Podemos complacernos con estos deleites naturales innecesarios, pero hay que procurar que no solo conforten a uno mismo, sino que sirvan para que otras personas obtengan también placer. Y es preciso estar alerta ante ellos, para evitar que este tipo de placeres nos proyecten hacia el hedonismo egoísta.

Los placeres no naturales ni necesarios son los que los sabios y sabias eluden totalmente. En esta categoría encontraríamos los honores y el reconocimiento público, la belleza, las riquezas y también el matrimonio. Todos estos placeres ocasionan turbación y ansiedad, por lo cual hay que rechazarlos, teniéndolos a buen recaudo para mantener el control sobre ellos. Epicuro subrayó con insistencia los peligros que ocasionan e indicó que tenemos que satisfacernos con poco; que hay que ejercitarse para complacerse con la libertad y el gusto que produce el autoabastecimiento de lo necesario. Con ello, el filósofo ofreció un nuevo argumento, bien justificado, sobre la voluntad de mantenerse apartado de la vida pública y la política. Epicuro no desconocía el hecho de que la política pudiera deparar algunos placeres, pero ocurre que cualquiera de esos placeres son innecesarios y no naturales. La exposición que requiere la vida pública de los políticos ocasiona turbación y esto los aleja de la felicidad. Epicuro sostenía que los lazos sociales y políticos no son un hecho natural, que dedicarse a la política correspondía a un placer no natural y no necesario, y que además es una fuente de aturdimiento para cualquier mente que desee el

equilibrio y la serenidad, puesto que exige que las personas se sometan a una condición que les resulta impropia. La política no protege a las personas ante el malestar social e individual, y prueba de ello es que puede alcanzarse la felicidad con independencia del contexto social de orden o de desorden en el que vivan los individuos.

ÉTICA, JUSTICIA Y CUIDADO INDIVIDUAL

La cuestión de la justicia recae en el marco de la ética epicúrea, porque tal como hemos visto en la propuesta del cuádruple remedio (tetrafármaco), los dioses no se ocupan de temas mundanos ni de impartir justicia en el reino de los humanos, pues son demasiado perfectos para dedicarse a esos temas. Por ello, los sabios no necesitan invocarlos para lograr sus beneficios, sino que deben trabajar sobre sí mismos para conocer y forjarse su propio camino hacia la felicidad. Asimismo, la justicia era un asunto entre las personas, limitado a un concierto de conveniencia, que ofrecía un cierto tejido de seguridad y sosiego a los individuos.

La concepción de Epicuro sobre los placeres podría llevarnos a pensar que se trata solo de una ética utilitarista. De hecho, en la *Carta a Meneceo*, el filósofo de Samos dijo a su discípulo que conviene juzgar los placeres y los dolores «con el cálculo y la consideración de lo útil y de lo inconveniente, porque en algunas circunstancias nos servimos del bien como de un mal y, viceversa, del mal como de un bien».

Por otra parte, y también en relación con la ética, la justicia consiste en respetar las leyes que sean ventajosas por lo que implican socialmente, aunque sentenciaba Epicuro en el *Gnomologio Vaticano* que: «Sabiduría, virtud y justicia

hacen que un hombre sea feliz». La justicia y las leyes contribuyen a la felicidad de las personas, en tanto y en cuanto ofrecen un contexto de seguridad.

Los actos injustos son un mal, pero fundamentalmente porque conllevan el miedo a que la persona que los comete sea descubierta. Epicuro indicaba que cualquier persona justa podría llevar a cabo un acto injusto, ya que la justicia por sí misma no existe, solo es una convención que marca lo que se considera justo y lo que no. Además, esta convención cambia de acuerdo a la época y a los países. Por eso hay quienes, también aquí, ven un cierto sentido utilitarista o relativista en la formulación de Epicuro de la justicia. Las leyes no están promulgadas para que las personas sean justas, sino para evitar que sufran. Por ello Epicuro aseveraba que: «el justo es el más imperturbable, y el injusto está repleto de la mayor perturbación». Las personas justas viven tranquilas, pero quienes cometieron injusticias sienten la inquietud de tener que pagarlas, distanciándose de la calma que caracteriza a la felicidad. Por sí mismo, el orden social no tiene la capacidad de garantizar la felicidad y por ello precisa de leyes, que no traen la felicidad pero, al menos, producen la sensación de seguridad.

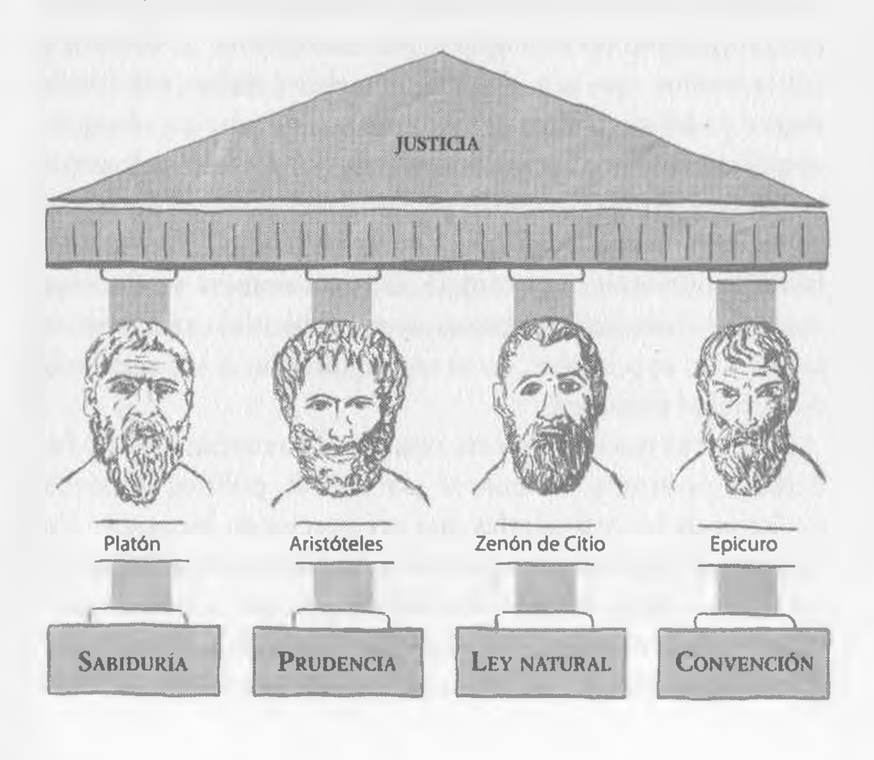
Las leyes están establecidas para los sabios, no para que no cometan injusticia sino para que no la sufran.

Testimonios

La sabiduría epicúrea enseñaba «que no es posible vivir feliz sin vivir sensata, honesta y justamente», ya que las virtudes son propias de una vida feliz. Aunque haya quienes proclamen que se puede llamar felicidad a las actitudes desequilibradas con las que se satisfacen las personas insensatas, para Epicuro no toda felicidad es de la misma condición. La felicidad reflexiva y responsablemente buscada por los sabios tiene mucho más valor que la pseudofelicidad de

LOS PILARES DE LA JUSTICIA

La reflexión acerca de la fundamentación racional de la justicia es una constante en la antigua filosofía griega a partir de su período clásico. Platón consideró que se trataba de otro de los bienes reportados por la sabiduría, al igual que la belleza y la bondad. Aristóteles introdujo una consideración más mundana, la de la prudencia, distinguiendo los dictados de la teoría de las posibilidades de su práctica social. El estoico Zenón de Citio buscó su raíz en la ley natural: imitar a la naturaleza era la mejor manera de comportarse justamente. Los tres tuvieron en común la creencia en la existencia de una idea normativa y universal de la justicia, principio que fue negado por Epicuro. Para este, solo se trataba de una convención, un acuerdo socialmente alcanzado en relación a las necesidades de una comunidad y que, por tanto, ni podía tener carácter universal ni podía considerarse un comportamiento virtuoso. Sin embargo, la justicia positiva, plasmada en los códigos, tenía la virtud de conferir una sensación de seguridad a la vida social que resultaba benéfica para la salud anímica de los miembros de la comunidad.



la vida rudimentaria de quien se arroja al goce indiscriminado de sus deseos. Así, el placer más alto consiste en una vida simple, moderada, perfeccionada por las conversaciones filosóficas entre amigos y amigas, tal como se hacía en el Jardín. Cada quien es libre para ejercitar la virtud de la reflexión y el análisis, no hay determinismo (ni del destino prediseñado, ni de los dioses, ni de la naturaleza).

Una ética alejada de la política

La responsabilidad elemental de cualquier persona es ocuparse de su propia vida e intentar llevar una existencia autárquica, autoabastecerse en todo lo posible y asumir el mando de su existencia. Decía Epicuro que es imposible servir en la vida pública y atender las relaciones sociales, políticas, etc., si primero no se empieza por uno mismo; al leerle nos encontramos con una ética del cuidado individual (de la mente y del cuerpo), pero que sin embargo no promueve el individualismo. Para el filósofo de Samos, el camino que conduce a la felicidad no es practicable sin la compañía y el sostén de la comunidad que forman los pares (la comunidad filosófica de amigas y amigos). De esta manera se disuelve cualquier inclinación egoísta, ya que si bien el camino hacia la felicidad es personal, no se conseguiría sin el soporte de la comunidad filosófica.

Como derivación de esta manera de comprender la felicidad, podemos vislumbrar por qué la política quedaba excluida de las actividades que proporcionan bienestar. En tiempos de Epicuro, los generales de Alejandro que habían quedado a cargo de sus dominios pugnaban a muerte por hacerse con los restos del imperio. La tensión social y política era profunda, por lo que la participación en la vida

pública y política no parecía ser la forma más apropiada para obtener la serenidad (*ataraxia*) que demandaban los epicúreos como requisito imprescindible de la felicidad. Posiblemente los cargos y la vida pública puedan generar satisfacciones personales a través de distinciones y el reconocimiento social, pero los compromisos y peligros que acarrean son mayores que los beneficios. Esta era una de las razones de peso por las que la vida política no convenía a los epicúreos: se trataba de una fuente de turbación para cualquier persona sabia. Por otra parte, la felicidad no reside en las estructuras o en la constitución misma del orden social y político, sino en el camino individual y el trabajo que cada uno haga sobre sí mismo. Para Epicuro, la máxima sabiduría no estaba en el espacio público (el ágora política), sino en la meditación filosófica que ayuda a la curación del cuerpo y la mente, al mismo tiempo que hace que se distinga lo verdaderamente importante (dependiendo de unas pocas necesidades materiales).

Que la sabiduría epicúrea recomendara alejarse de los quehaceres políticos y la ética consistiera en un camino personal regulado por los placeres no implicaba que Epicuro diera la espalda a la comunidad; el filósofo se concentró en crear un espacio apropiado para el florecimiento de las virtudes en el marco de su escuela y rodeado de amigos y amigas.

Capítulo 3

EL CULTIVO DE LA AMISTAD

La escuela de Epicuro se ubicaba en un huerto, el Jardín, retirado de la agitación de la ciudad. Su sistema pedagógico estaba centrado en el magisterio y la continuación de la doctrina a través del discipulado. En el Jardín se fortalecían los vínculos de amistad, un elemento clave para conquistar la felicidad epicúrea.

La gestación de buena parte de la doctrina filosófica y del sistema de vida de Epicuro comenzó a elaborarse antes de su definitivo establecimiento en Atenas (322 a.C.), sobre todo en Lámpsaco y Mitilene, puesto que el filósofo adquirió nuevas experiencias y saberes en cada uno de sus viajes, al tiempo que, como se ha dicho anteriormente, entabló vínculos estrechos de amistad con quienes cumplirían un rol significativo en la escuela ateniense del Jardín. Cabe recordar los nombres de Hermarco, el discípulo que algunos años más tarde lo sucedería en su escuela ateniense; Leonteo y su mujer Temista; Timócrates, Colotes e Idomeo de Lámpsaco. Todos ellos fueron compañeros, discípulos y seguidores de Epicuro, y en más de una ocasión contribuyeron con sus bienes a solventar las necesidades económicas de la escuela, ayudando a la manutención y el sustento de sus miembros.

Epicuro tenía una salud precaria; sin embargo, este inconveniente nunca le impidió regresar a Lámpsaco y Mitilene de forma esporádica, para visitar a sus amigos y compartir su sabiduría con ellos. A lo largo de toda su vida, la distancia

no logró romper el vínculo de amistad con sus seguidores de Asia Menor, a quienes no solo evocaba sino que escribía cartas regularmente, recapitulando los puntos centrales de sus enseñanzas. Muestra de ellos son las misivas dirigidas *A los filósofos que están en Mitilene* y *A los amigos que están en Lámpsaco*, junto a cartas privadas destinadas a algunos discípulos en particular. Epicuro no se cansó jamás de exhortarles, aconsejándoles para que vivieran en verdadera relación de correspondencia con sus pares.

No obstante, esta relación estrecha con sus seguidores no era únicamente un rasgo distintivo del proceder de Epicuro como maestro: Platón lo había hecho antes con sus discípulos de Siracusa e igualmente se ocupaba con afecto de sus seguidores atenienses. También los círculos de amigos pitagóricos fueron un ejemplo del cultivo de la amistad filosófica. De todas maneras, la amistad propuesta por los miembros del Jardín iba un paso más allá de lo que se había hecho en otras escuelas, especialmente por las características políticas del contexto ateniense y la situación que se vivía en Grecia a finales del siglo IV, que era radicalmente diferente de la de medio siglo atrás.

EL JARDÍN DE LA AMISTAD

Para Epicuro, la amistad estaba ligada indisolublemente a la felicidad, por esta razón le concedió un papel fundamental en su filosofía. Los filósofos que lo precedieron también pensaban que la amistad (*philia*) formaba parte de la sabiduría, pero el filósofo de Samos llevó la amistad hasta un punto culminante, instituyendo una innovación filosófica. No se trataba de tener amigos y amigas, de compartir una charla, parte del proceso de aprendizaje, o de disfrutar un

rato de la buena compañía, sino que había que vivir junto a los amigos. Esta idea estaba tan arraigada en la práctica filosófica de Epicuro que, cuando se trasladó por segunda vez a Atenas —la primera, recordemos, había sido durante el servicio de *efebía*— compró dos terrenos contiguos en el camino del puerto del Pireo, para que sus amigos y amigas pudieran convivir, compartir a diario el aprendizaje, los alimentos, conversar, sentirse siempre en comunidad y transitar conjuntamente el camino hacia la construcción de la felicidad.

De todos los bienes que se procura la sabiduría para que la vida sea feliz, el mayor es la amistad.

Sentencias

Para Epicuro y sus discípulos era imprescindible que los sabios tuvieran una escuela donde transmitir sus conocimientos de vida. Congregarse en una sede de este tipo representaba una forma activa de neutralizar la búsqueda de honores de la vida pública de las ciudades y de la formación de los políticos, al mismo tiempo que servía de dique de contención para las actitudes y opiniones escépticas que se iban extendiendo por una sociedad en la que se quebrantaban todas las convicciones.

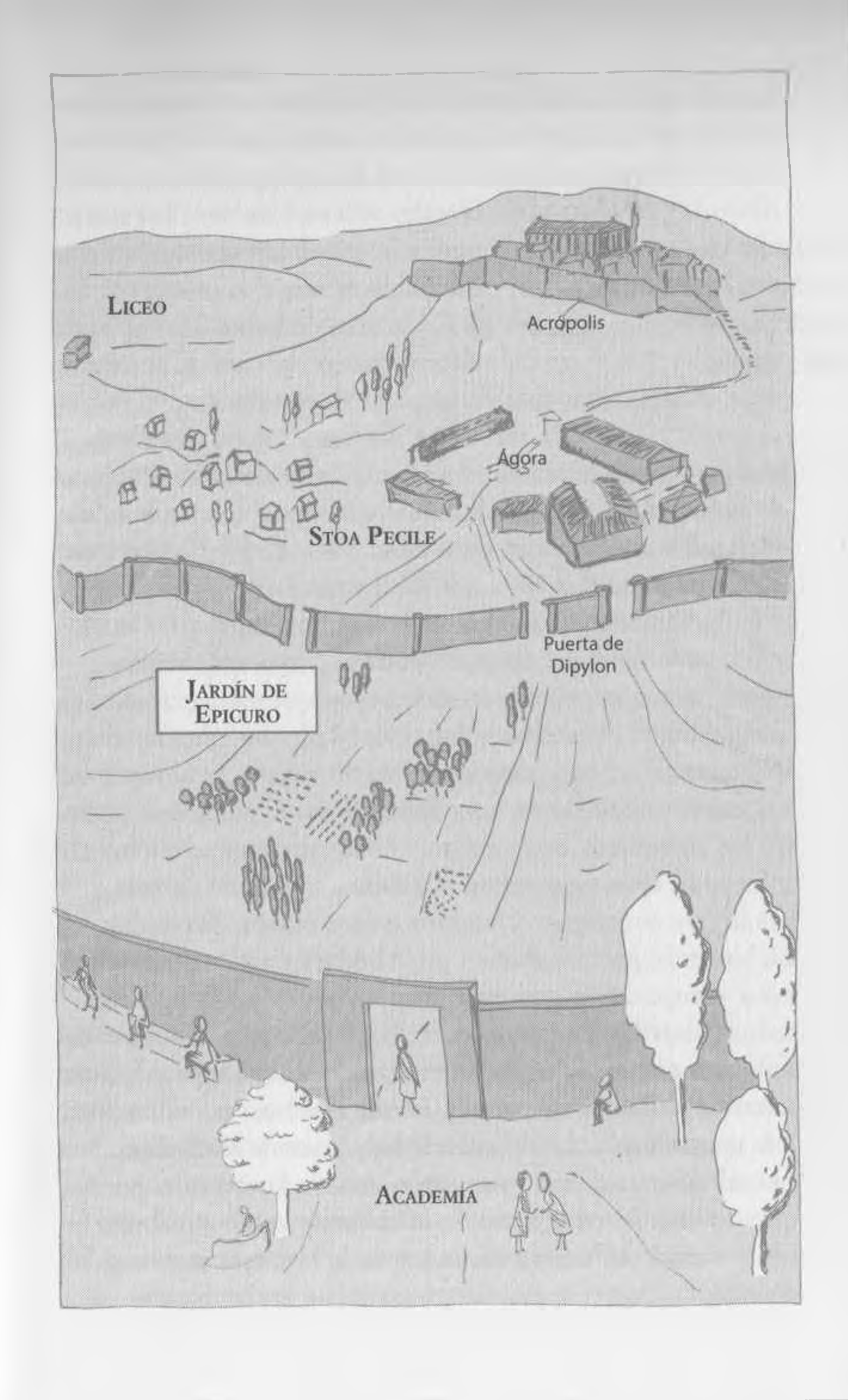
La escuela de Epicuro se estableció sobre un sistema centrado en el magisterio y la continuación de la doctrina, encargada a maestros y maestras que ya habían sido formados en las bases de la filosofía epicúrea. Aunque tuvieron algunos disidentes, los seguidores del samio supieron mantener su filosofía en una férrea fidelidad al maestro (pero sin veneración extrema). Con treinta y cinco años de edad, el filósofo fundó el Jardín en las afueras de la ciudad de Atenas, allí donde la ciudad linda con el campo. Algunos de sus amigos acudieron desde distintos puntos del territorio heleno para unirse a la nueva escuela. Ya desde la Antigüedad se decía que Epicuro había sido el primero en introducir el huerto

ATENAS, LA CIUDAD DE LA FILOSOFÍA

Epicuro se estableció definitivamente en Atenas en el 306 a.C. Para entonces, la ciudad había perdido la primacía política de la que gozaba en el período clásico con respecto a las demás *polis* griegas. Las derrotas militares contra Esparta, en el 431 a.C., y sobre todo ante los macedonios, en la batalla de Queronea (338 a.C.), la habían privado de cualquier influencia sobre la política helena. Sin embargo, la capital del Ática mantenía una floreciente economía mercantil y, sobre todo, seguía siendo el principal foco cultural de la Hélade, porque en ella coexistían los dos principales centros de enseñanza filosófica de la época. Uno de ellos era la Academia, fundada por Platón hacia el 387 a.C., que se encontraba al norte de la ciudad, en el olivar de Academos, paraje consagrado a la diosa Atenea. Aparte de la discusión de la filosofía platónica, en ella se desarrolló una gran labor de investigación matemática y astronómica. En tiempos de Epicuro, la Academia estaba dirigida por el escolarca Crates de Triasio. El otro era el Liceo, creado por Aristóteles en el 335 a.C. Al contrario que la Academia, se encontraba dentro de las murallas de Atenas, en un gimnasio próximo al templo de Apolo Licio. Teofrasto sustituyó al fundador al frente de la institución, cargo que desempeñó hasta su muerte en el 287 a.C.

Al margen de la filosofía oficial

Además de estos centros iban a florecer las nuevas escuelas filosóficas. Así el Jardín de Epicuro, instalado a las afueras de la ciudad, se situó en una propiedad agrícola junto al camino del puerto del Pireo, donde el maestro organizó una comunidad de pares que se sustentaba con el trabajo hortícola. La ubicación del Jardín no era casual: Epicuro prefería vivir lejos de los tráfagos urbanos, en un ambiente relajado, propicio para la reflexión. Mucho más incardinada social y materialmente en la urbe estaba la escuela estoica, puesto que nació en los soportales (*stoa*) del ágora, la gran plaza situada al pie del cerro de la Acrópolis. Este espacio era el centro económico y administrativo de Atenas, además de lugar de encuentro social y debate ciudadano. Acorde con esta ubicación, el estoicismo preconizaba una intervención activa, además de moralizante, en los asuntos públicos de la ciudad.


Liceo
Acrópolis
Ágora
Stoa Pecile
Puerta de
Dipylon
Jardín de
Epicuro
Academia

(*kepos*) en la ciudad, porque el Jardín no era tanto un espacio para filosofar en medio de un frondoso vergel como una huerta mediterránea con verduras, legumbres, árboles frutales, olivos, hierbas, flores, etc., que permitía el autoabastecimiento de los miembros de la escuela.

El estudio de la naturaleza no hace a los hombres vanidosos ni fabricantes de frases vacías.

GNOMOLOGIO VATICANO

En la escuela había dos espacios diferenciados: la casa y el jardín, y cada uno ocupaba su propio terreno. La casa estaba destinada a la elaboración de textos filosóficos, tanto de Epicuro como de sus ayudantes. El Jardín era el sitio en el que se llevaban adelante actividades de esparcimiento y de formación y era utilizado como residencia de los discípulos.

El Jardín se convirtió en un lugar importante para la filosofía, pero también despertó comentarios equívocos; algunos decían, con propósitos maliciosos, que sus instalaciones abrigaban un espacio de disipación y placer, mientras otros lo presentaban como un lugar bucólico para la filosofía en un entorno campestre apacible. El carácter circunspecto de los miembros de la escuela no contribuyó al esclarecimiento de estas cuestiones, ni ayudó a saber con certeza qué era lo que ocurría en el interior de sus muros. Sin embargo, no hay más que conocer un poco las enseñanzas de Epicuro para comprender que estas imputaciones están completamente alejadas de la realidad. Ni el talante de la filosofía epicúrea dependía de las determinaciones del espacio físico ni su filosofía era un saber pastoril que buscara el retorno a la naturaleza con el olvido de los dones de la civilización; por el contrario, era una visión renovada, con un pensamiento creado en el seno de las relaciones de amistad y la observación de la naturaleza (tanto la humana como la del entorno físico).

Un jardín es un espacio donde se labra la tierra y, en su personal Jardín, Epicuro proponía el cultivo de árboles y otras plantas, pero fundamentalmente que se labrara la mente y el espíritu humano a través de la palabra y el análisis, contando siempre con el sostén de los amigos y amigas. Tal vez por ello, algunos siglos después, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche encontró una imagen que ilustraba muy bien la doctrina epicúrea, al indicar que «un pequeño jardín, higos, un poco de queso y además tres o cuatro amigos, esta fue la opulencia de Epicuro». Esa estampa representa una escena de simplicidad, humildad y bienestar; una total plenitud a la que no se necesita sumarle ningún bien material más. Como ha quedado claro en el desarrollo de la ética, Epicuro jamás concibió una vida gobernada por los placeres, sino que el placer (convenientemente entendido) era una energía vital que contribuía al desarrollo adecuado de la vida; y entre todos los placeres, entendió que la amistad era el más valioso. Ser epicúreo implicaba ser templado, tener una existencia simple, controlada y segura, porque la felicidad es siempre de este mundo y se saborea en compañía de los amigos.

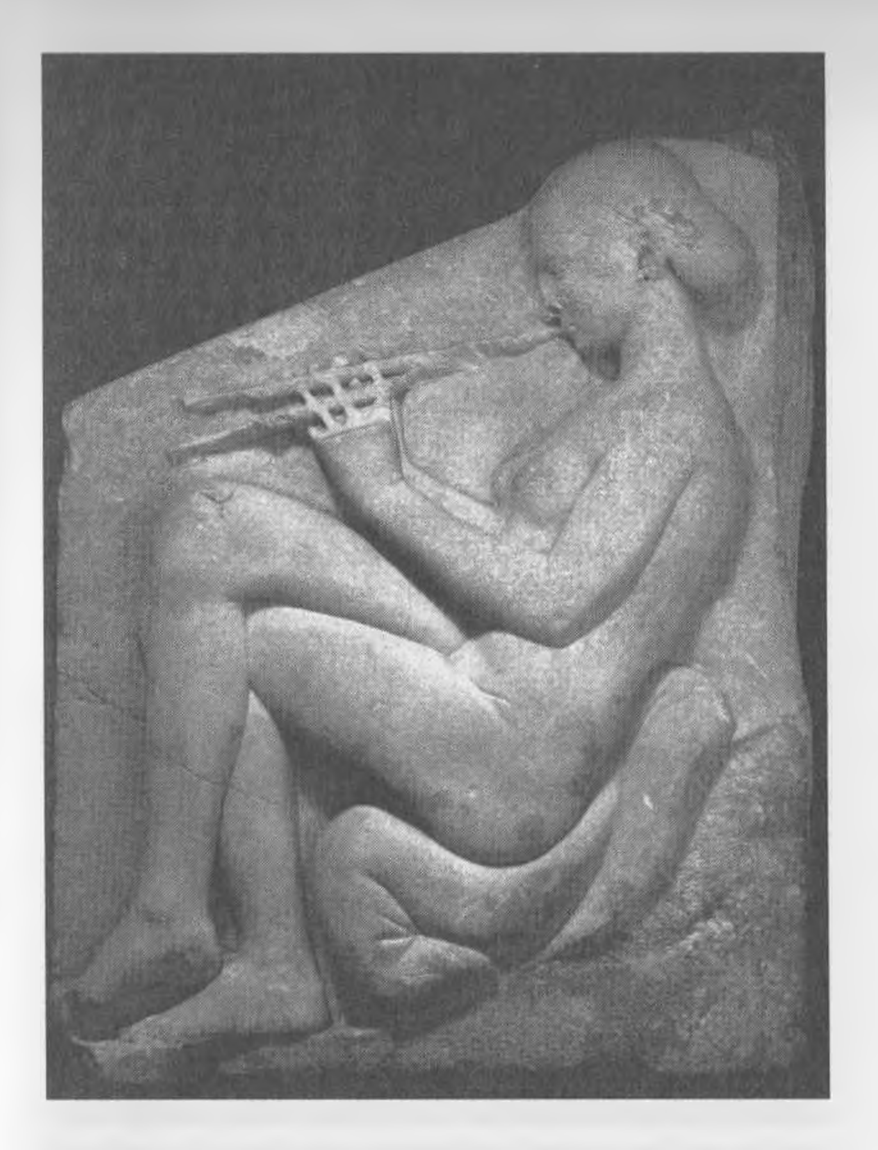
Un jardín para las filósofas

La historia de la filosofía de Occidente no cuenta con demasiados nombres femeninos y mucho menos la filosofía clásica. Basta con recordar que la Grecia antigua era una sociedad decididamente patriarcal, donde las mujeres no gozaban del estatus de ciudadanas y eran consideradas iguales que los esclavos y los niños. En este sentido, las féminas griegas eran tratadas durante toda su vida como menores de edad, sin derechos jurídicos o políticos y por ello, hasta el

momento de su muerte, estaban sujetas a la autoridad de un tutor (hombre).

Teniendo en cuenta esto, podríamos decir que también en el aspecto de la igualdad Epicuro fue un renovador de las tradiciones culturales y filosóficas. El Jardín era una escuela de filosofía para la vida y para la felicidad, por lo cual ninguna persona quedaba excluida: ricos, pobres, niños, esclavos y mujeres gozaban del mismo derecho de aprender a vivir bien y buscar la felicidad. Por ello, las mujeres tenían un rol fundamental dentro del epicureísmo. En el Jardín participaban las esposas legítimas de los filósofos, como Temista (mujer de Leonteo de Lámpsaco), pero también había heteras (cortesanas que habían recibido educación y eran mejor vistas que las prostitutas), y todas gozaban del mismo estatus. En Atenas, las cortesanas (consideradas un objeto de placer) no eran despreciadas pero tampoco recibían un trato de igualdad con respecto a las mujeres casadas.

Tradicionalmente, las heteras vivían en las casas junto con las esposas legítimas, pero corrían el riesgo de ser maltratadas. Esta situación puede observarse claramente en una de las escenas descritas por el comediante ateniense Menandro, amigo de Epicuro, en su obra *Rapada*, donde se representaba la forma en que se menospreciaba a las heteras. En ella aparece Glícera, una cortesana que fue rapada forzosamente por un arranque de celos de un soldado llamado Polemón. Ninguna esposa legítima podía ser violentada de esa manera, pero una hetera estaba expuesta a tratos ofensivos. Dentro de la escuela de Epicuro no había lugar para estos excesos ni diferencias de trato, allí se bregaba por la dignidad de las personas. Incluso las esclavas que estaban al servicio de la comunidad participaban de las enseñanzas de la escuela. Epicuro reconocía el alma de todas las personas y a todas cuidaba con respeto.



Las heteras (cortesanas) eran mujeres libres que combinaban el ejercicio de las artes amatorias con la prestación de una compañía culta y amena, por lo que se trataba de personas con habilidades para la música, la danza y la charla. La mayoría de ellas habían sido esclavas o procedían de territorios extranjeros. A pesar de su prestigio, estaban socialmente relegadas, por lo que debían vestir de un modo distintivo. Epicuro rechazó esta segregación y las admitió como miembros de pleno derecho en su Jardín. En la imagen, hetera tocando la flauta (fragmento del Trono Ludovisi, grupo escultórico del siglo v a.C.).

Las mujeres del Jardín eran consideradas pares de los hombres y el respeto se profesaba con independencia de las diferencias de género y del estatus social o económico. La presidencia del Jardín era rotativa y aquí tampoco se excluía a las mujeres del derecho a ejercerla. De hecho, Epicuro confió la conducción y presidencia de su escuela a una mujer llamada Leontion (que algunos testimonios dicen que también fue hetera). Leontion no solo ocupó la dirección del Jardín sino que además escribió obras polémicas y ponderadas, reconocidas por Cicerón y Plinio. Una de esas obras estaba escrita contra Teofrasto (el director del Liceo tras la muerte de Aristóteles). Tanto poder otorgado a las mujeres solo podía darse en el seno del Jardín, enmarcado dentro de las ideas que Epicuro preconizaba.

EDUCACIÓN Y *PAIDEIA*

La filosofía griega de los períodos arcaico y clásico estaba estructurada sobre una organización de discipulado. Aunque sería un tanto inexacto hablar de escuela en relación a pensadores antiguos como los milesios (Tales, Anaximandro, Anaxímenes), e incluso en relación a los oyentes que rodeaban a Sócrates, a partir del siglo IV a.C. y sobre todo en época helenística, la formación de escuelas se consolidó con gran fuerza y estas se convirtieron en un espacio de pertenencia que implicaba inclinarse por un estilo de vida determinado, con un maestro que se convertía en guía e inspiración teórica y práctica. Al mismo tiempo, el discipulado conllevaba la relación con un grupo de pares con los que se compartía, en algunos casos, hasta la subsistencia diaria.

En estas escuelas (como el Jardín de Epicuro, el Cinosargo de los cínicos o el pórtico bajo el cual Zenón de Citio

empezó a desarrollar la doctrina estoica), el maestro no se limitaba a reproducir y propagar ciertos conceptos básicos de la formación. Esto las diferenciaba de la *paideia* (formación o educación clásica), basada en la poesía épica oral como referencia y modelo (Homero y Hesíodo), pero que también implicaba un complejo programa de estudios que incluía la retórica, el conocimiento de los números, la astronomía, la música, la gimnasia, etc. La *paideia* que preparaba a los futuros ciudadanos en el ámbito físico, espiritual y moral.

Las escuelas filosóficas no cargaban con la responsabilidad de proporcionar lo que hoy podríamos llamar una formación general a sus alumnos. Esta se adquiría a lo largo de la juventud y mediante canales diversos, que podían ir desde la asistencia de los jóvenes a una escuela de pago (opción generalmente mal vista) hasta la tutorización del niño o joven por parte de un adulto, con el que se establecía una fuerte relación (que a menudo podía comportar, también, la intimidad física). Las escuelas filosóficas presuponían —o se oponían a— los contenidos de la *paideia* clásica y centraban su atención en la profundización de las cuestiones específicas que constituían el núcleo de interés de cada escuela. En este sentido podemos afirmar que el tipo de formación propuesto por el Jardín epicúreo constituía también una quiebra en relación al modelo de formación previo, porque lo que realmente interesaba a Epicuro y a sus discípulos era el cultivo del arte de vivir (bien).

El mismo Epicuro persuadía a sus alumnos para que prescindieran de cualquier expresión vinculada a la enseñanza tradicional, especialmente la retórica, porque era estimada como un símbolo de pedantería y opulencia. En una carta dirigida a su discípulo Pitocles, le indicaba: «Toma tu barca y huye a velas desplegadas de toda forma de cultura». Aunque los estudios y el conocimiento son indispensables para

conquistar la serenidad que conducirá a la felicidad, el ejercicio de la sabiduría no residía en acumular conocimientos sin más, privados de utilidad práctica para la vida, y mucho menos en exhibirlos ante la sociedad. Según Epicuro, la *paideia* clásica carecía de utilidad para vivir bien o para lograr la felicidad, y por tanto no era necesario formarse bajo sus preceptos. Una educación basada en la acumulación de conocimientos, pensaba Epicuro, solo tenía como objetivo la adulación del vulgo para quien se erigía en sabio. El placer va a la par con el conocimiento, lo cual quiere decir que se goza al aprender y no después (al recoger las alabanzas de los seguidores). La única aplicación del conocimiento es la de la curación del espíritu humano, aunque la recuperación del alma no se logra en soledad.

Las ideas de Epicuro sobre el rol de la cultura basada en el aprendizaje de conocimientos que no tienen provecho para la felicidad parecen remontarse a su primera etapa de formación filosófica. El doxógrafo Sexto Empírico contó que el joven de Samos, mientras recitaba un pasaje de la *Teogonía* de Hesíodo que decía que al principio de todo fue el caos, le preguntó a su maestro de gramática de dónde había nacido el caos. El maestro le objetó que no era su trabajo dar respuesta a esas cosas, sino enseñar lo que decían los filósofos y sabios, ante lo cual Epicuro expresó: «Tendré que ir hacia ellos si es que saben la verdad de las cosas que son». Aunque esta anécdota tenga una validez solamente pseudobiográfica (Sexto Empírico vivió a finales del siglo II d.C., mucho después de la muerte de Epicuro), refleja bien el talante del filósofo y su desdén hacia la enseñanza gramatical tradicional y la creencia en el poder de los dioses. Epicuro no se exasperaba tanto por la actitud del maestro que no explicaba el origen del caos, sino por la reproducción de creencias no debatidas. No se interesaba

por las discusiones argumentativas para validar sus ideas, ni tampoco para rebatir razonamientos desacertados.

Por otro lado, la poesía épica oral, base de la *paideia* tradicional, tampoco era considerada de provecho filosófico por Epicuro, al ser responsable de propagar creencias que motivaban la infelicidad. Por ejemplo, en ella se mostraba a los dioses como seres coléricos que podían intervenir en la vida humana, por lo cual había que agradecer sus favores y temer sus castigos, creencia que engendraba debilidad y temor en las personas. Los falsos credos que difundían los poetas eran, en su opinión, responsables de promover la conmoción del alma, y esta es una de las razones por las cuales Epicuro pensaba que las personas sin instrucción estaban mejor dispuestas para el trabajo filosófico.

Se poseen pocos datos sobre la manera en que se estructuraban las escuelas helenistas, pero sí se sabe que en casi todas ellas el escolarca heredero era propuesto por la voluntad del fundador o maestro. El epicureísmo no escapó a esta pauta: el Jardín se organizaba sincrónicamente, con una presidencia rotativa, y además diacrónicamente, mediante la sucesión. En el testamento de Epicuro se nombró a su sucesor y quedó expresado claramente que se le transferían el cuidado de los bienes materiales de la escuela (el Jardín y su biblioteca, dinero, etc.), pero también el de la enseñanza de la doctrina, así como el cuidado de las y los discípulos.

Llama poderosamente la atención el hecho de que la mayor parte de las enseñanzas de Epicuro se mantuvieran prácticamente inalteradas al menos durante los tres siglos posteriores a su fallecimiento. A diferencia de otras escuelas, que tenían una actitud crítica y de búsqueda propia, como por ejemplo el estoicismo, los sucesores de Epicuro revisaron muy poco la doctrina del maestro y solamente incidieron en cuestiones de interpretación, cuando los textos dejados por

Epicuro ofrecían más de una lectura posible. El epicureísmo no invitaba a sus discípulos a discutir su filosofía, solo los instruía para que fueran capaces de revisar las creencias y los compromisos que provenían del ámbito del sentido común y las costumbres. De este modo, el ejercicio intelectual que se exigía al discípulo era pasivo ante la doctrina, y a la vez activo ante las creencias.

EL MÉTODO DE ENSEÑANZA DE EPICURO

En la mayor parte de las escuelas filosóficas griegas, el estudio y ejercicio de la argumentación era una práctica imprescindible como método para llegar a articular una determinada teoría. Se partía del planteamiento de una tesis y luego se argumentaba a favor o en contra de ella. Este era un ejercicio puramente dialéctico, articulado en torno al debate de las tesis (preguntas y respuestas), así como por medio de un diálogo sobre el tema propuesto. Además de la parte dialéctica, la formación incluía aspectos retóricos (buscar la manera más adecuada de expresarse para lograr la persuasión), dogmáticos (presentar un principio o un conjunto de ellos, establecidos y aceptados como verdaderos) y aporéticos (razonamientos contradictorios o paradójicos, que pueden ser irresolubles). Todas estas actividades constitutivas de la formación filosófica estaban englobadas dentro del ámbito de estudio de la lógica.

Estos ejercicios y métodos pedagógicos carecían de cualquier interés dentro del Jardín. En la doctrina de Epicuro, la sistematización de los conceptos no era un fin en sí misma ni una acción primaria que luego pudiera tener efectos sobre la ética o que sirviera para emplearse en debates argumentativos (políticos o filosóficos). El propósito del sistema epicú-

reo era aglutinar de manera sumaria los elementos capitales de la doctrina por medio de una argumentación rigurosa, con el objetivo de organizar un eje sistemático y concentrado (a veces también se compendiaba en una sentencia muy breve). De esta manera se lograba que el sistema de doctrinas tuviera una mayor potencia de persuasión y firmeza mnemotécnica, para generar un efecto directo en la mente y el alma de los discípulos (de manera tal que se ampliaba su valor psicagógico). Por ello, los discursos del maestro solían ser muy directos y muchas veces se ponían por escrito, para que los discípulos pudieran evocarlos o recurrir a ellos cada vez que los necesitaran (tanto para resolver un problema como para serenar sus inquietudes).

En este punto, la enseñanza epicúrea vuelve a ser un caso aparte con respecto a lo que imperaba en casi todas las demás escuelas. Epicuro enseñaba a través de diálogos y disertaciones, cargados de imágenes que ilustraban puntualmente las diferencias entre las personas que vivían inmersas en el sufrimiento y los individuos sabios (armónicos y felices). Su sistema de conceptos y enseñanzas estaba organizado con un sencillo procedimiento de principios generales, que se iniciaba por la lectura, asimilación y memorización de resúmenes cortos que contenían las máximas cardinales de la doctrina. Instruirse de esta forma ayudaba a refrescar en la memoria los principios del verdadero conocimiento filosófico, siempre que fuera preciso aplicarlos a cualquier situación particular.

Los compendios filosóficos eran presentados a los discípulos en forma de textos breves y, más tarde, cuando los discípulos estuvieran listos, podían pasar a los escritos que desarrollaban algún tema con mayor profundidad, como ocurría, por ejemplo, en las cartas. En último lugar correspondía abordar la gran obra del maestro (recordemos que Epicuro

fue un prolífico autor, que produjo más de trescientos rollos de papiros). Si atendemos a sus textos, veremos que los escritos filosóficos tenían una estructura deductiva: partían de los principios generales para inferir las consecuencias de los mismos (como puede observarse en la *Carta a Heródoto*). De todas maneras, fuere cual fuere el nivel de formación de los discípulos y discípulas, siempre se recomendaba volver a los resúmenes para no dispersarse en los detalles de la doctrina, haciendo patentes la totalidad del sistema y los puntos importantes. Así pues, hay una relación constante entre el perfeccionamiento de los conocimientos y la concentración en los focos sustanciales.

Además, el método epicúreo se servía de un procedimiento de análisis, por el cual se examinaban minuciosamente cada uno de los principios filosóficos, para luego regresar a las nociones generales. De este modo, la disciplina realizaba un doble camino de extensión y comprensión: de la memoria al presente y de los principios individuales a los generales. Este ejercicio era individual y colectivo, porque siempre estaba respaldado por el concurso de la comunidad de amigos y amigas. Los discípulos debían estar atentos al camino correcto de la práctica filosófica, para no abandonarse en las falsas creencias que otrora condujeron al padecimiento, meditando constantemente las verdades filosóficas, porque cuando la filosofía se instala en la vida de la persona como una práctica frecuente, con ella viene la felicidad.

Por esta razón, para Epicuro, los discursos teóricos no tenían como primer objetivo responder a los criterios de coherencia lógica, aunque ello no implicaba que no se guardaran las formas o se buscara la claridad y la consistencia formal. Según sus pautas, cualquier sistema teórico debía construirse para ser trasladado a una elección de vida y no para ampliar un horizonte de conceptos abstractos. El adiestramiento téc-



UNA EDUCACIÓN PARA LA FELICIDAD

El mundo griego desarrolló altos niveles de competitividad en las esferas de la economía y la política, por lo cual la educación que recibían los ciudadanos fue especializándose en aquellas disciplinas y habilidades necesarias para triunfar en la vida pública, especialmente la retórica. Epicuro denunció en sus escritos la subordinación de los enseñantes a la causa del individualismo y el éxito sin escrúpulos, e impartió una sencilla doctrina sobre la naturaleza y el ser humano destinada a la consecución del sosiego espiritual, llave de la felicidad. En la imagen, el maestro Linos y su discípulo Nousatos, fondo de una taza de cerámica ática roja (siglo v a.C.).

nico de la dialéctica no desempeñaba ninguna función en sí mismo, al igual que los textos, que solo eran un vehículo para recordar lo importante de la vida en el camino hacia la felicidad. Conocer sirve para desembarazarse de los prejuicios que no por socialmente compartidos resultan menos turbadores.

La repetición de los principios básicos hacía que estos se convirtieran en un hábito saludable; una rutina básica que fundaba todo un estilo de vida, con propósitos equilibrados y balsámicos para la mente, ya que propiciaban un estado de serenidad anímica. En resumidas cuentas, para vivir sabiamente no bastaba con leer los argumentos filosóficos, también era preciso recordarlos con asiduidad, teniendo presente siempre cuáles son los verdaderos caminos de la vida para llegar al estado de felicidad y qué es lo que realmente necesitamos para alcanzarlo.

Esta forma de comprender los argumentos teóricos hizo que la filosofía de Epicuro tuviera un carácter popular. Ninguno de los ejes centrales de su filosofía (ética, canónica o física) estaban pensados para ser abordados por una élite de especialistas, ya que podían resumirse en un concentrado número de fórmulas bien trabadas y comprensibles. La filosofía de Epicuro mantuvo con firmeza su voluntad de dirigirse a todo el mundo. Cualquiera que adoptara el modo de vida epicúreo podía ser llamado filósofo, aun cuando no fuera capaz de escribir libros, proferir grandes discursos y argumentos o no tuviera una excelsa formación en el campo de la lógica.

UNA FILOSOFÍA DE LA AMISTAD, LA TERNURA Y LA ALEGRÍA

Para Epicuro la sabiduría no se resumía en el conocimiento de determinadas disciplinas, sino en la vida espiritual y el ejer-

cicio de la sabiduría, que eran una práctica de vida. La amistad formaba parte de la sabiduría, porque el intercambio de pensamiento, el sostén que brinda la comunidad y los afectos compartidos fortalecen al sabio y son un fin en sí mismos, no un medio para alcanzar los conocimientos abstractos. En el contacto con los otros reside la felicidad (*eudaimonia*).

La amistad proclamada por Epicuro estaba rodeada de muestras de ternura, de alegría y, algunas veces, de un sentido del humor sarcástico y cuidadoso a la vez. Colotes era uno de sus discípulos más antiguos, se conocían desde que el samio enseñó en la escuela de Lámpsaco y luego siguió con él en Atenas. Se cuenta que un día, mientras Epicuro disertaba sobre la naturaleza, Colotes cayó rendido a sus pies y lo besó con veneración, cautivado por la grandeza de su discurso. Más tarde, el maestro le dirigió una carta rememorando el episodio y recordándole que la devoción no era algo acorde a la naturaleza de la filosofía epicúrea ni a la amistad que se profesaban. Además, haciendo una gran demostración de su sentido del humor y dejando a un lado los reproches, Epicuro redactó la carta con mucha ironía, como si él mismo fuera un Titán que se manifestaba ante sus seguidores.

El cariño con que Epicuro se dirigía a sus discípulos jóvenes o incluso a los niños se puede constatar en algunos de los fragmentos de las cartas que han llegado hasta nuestros días. El maestro manifestaba su amistad, inclinándose más por tranquilizar que por amonestar a sus seguidores. Los testimonios doxográficos sobre la vida de Epicuro nos proporcionan numerosos ejemplos de esta ternura para con sus discípulos y seguidores: procuraba serenar a un joven abrumado por la tentación carnal, aconsejaba a un niño que obedeciera a sus padres o recomendaba a los miembros de la comunidad que atendieran las necesidades de sus compañeros y compañeras. Sus consejos se adaptaban a las distintas

situaciones. De esta forma, la ternura podía alternarse con cierta contundencia cuando se consideraba necesario, como por ejemplo al dirigirse a Idomeo para advertirle que no entregase dinero a sus amigos: «Si quieres hacer rico a Pitocles, no añadas a sus recursos, sino sustrae a sus deseos».

Estos ejemplos nos permiten vislumbrar mejor cuál era el significado de la amistad dentro de la escuela de Epicuro, y la forma en que el maestro trababa relación con los suyos, siendo siempre un paradigma de firmeza y solidaridad. La amistad era entonces una de las mayores ocupaciones de cualquier persona sabia, y el Jardín era algo más que una escuela de *paideia*, en tanto que espacio con la atmósfera apropiada para cultivar con cuidado y esmero tanto la tierra como la amistad. Si la filosofía debía dedicarse a buscar la felicidad, la confianza de los amigos y amigas era el marco justo para lograrla. En consecuencia, Epicuro supo fundar una nueva familia, en el seno de un mundo en el que se iban degradando las relaciones sociales y domésticas.

LA AMISTAD, EL MAYOR DE TODOS LOS BIENES

La personas sabias cultivan la amistad y además deben ser un ejemplo de ese cultivo para sus discípulos, esta es una de las bases de la filosofía epicúrea para la felicidad. Así, en el *Gnomologio Vaticano*, Epicuro aseveraba: «El hombre bien nacido se dedica principalmente a la sabiduría y a la amistad: de estas, una es un bien mortal; la otra, un bien inmortal». La amistad es un bien que no tiene límites y se esparce alrededor del mundo, por ello continuaba diciendo: «la amistad mueve jubilosamente su ronda en torno al mundo. Como un heraldo, nos lanza a todos el llamado: "Despertad para congratularos mutuamente"». La idea de un mundo sin

fronteras se abre ante el valor de la amistad, un bien que no conoce límites ni distancias. La amistad goza de un cierto cosmopolitismo, que también impregnaba la nueva conciencia helenística y que más tarde pasó a formar parte de sistemas filosóficos como el de Marx.

> Se debe reír y filosofar a la vez.
>
> *Exhortos*

Tal vez por ello los amigos y amigas de Epicuro estuvieron presentes durante toda la vida del filósofo, incluso en el momento de su muerte. Después de unos cuantos días de sufrimiento por un problema renal, Epicuro falleció en el Jardín rodeado de sus amigos y rindiéndoles gratitud por la ayuda, compañía y sostén que le habían brindado; muchos de ellos incluso habían envejecido junto a su maestro. En su testamento, el filósofo de Samos pidió a Hermarco que fuera su sucesor y que se encargara de velar por el bienestar de la comunidad. También como signo de amistad emancipó a sus servidores y esclavos. Epicuro legaba así a los seguidores de la escuela su buen ejemplo como amigo, amén de sus bienes (dejando saldados por anticipado los gastos que implicaba la manutención del Jardín). Entre las cosas que Epicuro solicitó a sus seguidores se incluían las celebraciones y fiestas señaladas, donde la comunidad de amigos se entregaba al disfrute y la alegría compartida, y sin reservas.

De todas formas, Epicuro dejó claro y por escrito que en las fiestas de los amigos del Jardín no debían participar personas de carácter y actitudes disipadas (los de alma turbada). Las fiestas, banquetes y rituales no tenían por objeto alcanzar popularidad, sino más bien crear una ocasión para la risa compartida con amigos; eran una forma de mantener la unión de la comunidad y los lazos de apego a la familia epicúrea. No obstante, aquellos que son moderados también tienen que saber festejar y reír.

La voluntad de Epicuro de que se continuara con las celebraciones después de su muerte no se debía a que quisiera ser venerado, sino, ante todo, evitar que se perdiera el ambiente de alegría que había en la escuela mientras él estaba allí. Para Epicuro, una de las mayores satisfacciones consistía en complacerse con la unidad de la comunidad, en reunirse con amigos y amigas, apreciando el soporte mutuo. Los tres hermanos de Epicuro, Néocles, Queredemo y Aristóbulo, también lo acompañaron en el Jardín y murieron en la escuela. Epicuro pidió a sus amigos que los recordaran con alegría, al igual que a sus padres.

Para Epicuro, de todos los bienes que pueda procurarse una persona sabia, el mayor de todos es la amistad, que se tiene que buscar por ella misma a pesar de que se pueda producir por la necesidad de una ayuda. Las carencias de la vida o la necesidad de favores pueden dar nacimiento a una amistad, pero lo que la mantiene viva es el conjunto de valores que se crean en los lazos de comunidad cultivados entre los amigos y amigas. Los amigos refuerzan el sentimiento de seguridad cuando se crea una comunidad sincera, porque el intercambio de pensamientos y afectos proporciona paz y serenidad mental.

La amistad aporta seguridad, pero «lo que nos ayuda en la amistad no es tanto la ayuda que nos dan los amigos como nuestra confianza en esa ayuda», decía Epicuro en el *Gnomologio*. Esta concepción de la amistad está ligada al ambiente político y social de finales del siglo IV a.C., cuando las antiguas ciudades-estado dejaron de verse como un marco cívico para las garantías individuales y colectivas, al mismo tiempo que los vínculos familiares se debilitaban. La sensación de falta de amparo y de soledad se experimentaba con más asiduidad, y era aquí donde el sabio desplegaba su papel principal como guía intelectual y ético de

las almas humanas, tendiendo su mano amiga. El Jardín era un sitio apropiado para el desarrollo de las personas en el contexto de una comunidad amable, que buscaba la tranquilidad y el equilibrio, sanando el alma, calmando las angustias y los miedos.

Epicuro también advertía que no puede llamarse amigo al que busca en la relación su propio interés (no se trata de traficar favores para el beneficio propio), pero tampoco se puede llamar amigo a quien no tiene interés en el ejercicio de la amistad. La amistad es la virtud de la excelencia para cualquier persona que la cultive; el placer del sabio aumenta con el goce de los amigos, a quienes aprecia como si fuesen parte de sí mismo. En este sentido, la amistad no es solo un instrumento para la felicidad individual, sino que proporciona una felicidad ampliada. El sabio goza y sufre por sus amigos, pero no se lamenta cuando un amigo muere, porque guarda su recuerdo para siempre.

Los amigos siempre dicen la verdad

La amistad es un vínculo que permite crecer al amparo de la compañía de los amigos, pero también implica riesgos. A pesar de ello, Epicuro decía que este es un peligro que bien vale la pena correr. Con todo, la amistad preconizada por Epicuro en el Jardín no se agotaba en un simple vínculo de afecto, también conllevaba responsabilidades y una forma de relacionarse entre maestro y discípulos, y asimismo entre los propios discípulos.

Los amigos y amigas debían ejercer la *parresia*, un término y una práctica ya empleada en la filosofía griega clásica, que implicaba la responsabilidad de decir siempre la verdad, explicarlo todo o hablar libremente. Este compromiso no

solo correspondía a la libertad de expresión por parte de maestros y discípulos, sino a la obligación de poner la verdad por delante para cuidar del bien común, aun cuando la sinceridad pudiera molestar. La *parresia* estaba incluida dentro de esos peligros de la amistad, porque, como señaló Epicuro, puede producir incomodidad o enfado.

Se debe aceptar ser corregido por compañeros y maestros, que tienen la obligación moral de decir la verdad con el fin de mejorar o de ayudar a otras personas (tanto como a sí mismos). La práctica de la *parresia* exigía la franqueza absoluta, excluyendo la falsedad o el silencio de la omisión, junto con una crítica sensata en lugar de los halagos aduladores. Escuchar la verdad —y pronunciarla— era un deber moral que se anteponía a cualquier autointerés o ambición personal.

La experiencia de la *parresia* era imprescindible para adentrarse en el camino de la filosofía, especialmente para aquellas personas que se resistían a reconocer y analizar su dolor, a pesar del mal que les causaba. Decíamos que el sabio epicureísta era como un médico que examinaba la enfermedad y administraba los remedios adecuados, por ello la *parresia* era una condición necesaria para el tratamiento que ofrecían estos facultativos filosóficos. Para ello se buscaba un momento apropiado, y se llevaba a cabo con la guía y el juicio del maestro. A través de esta comunicación, los discípulos se enfrentaban a sus defectos, miedos y angustias, para reconocerlos y trabajar en su recuperación. Teniendo en cuenta que, tradicionalmente, los griegos eran educados para participar en la vida pública, se comprende que para muchos no fuera fácil seguir la propuesta epicúrea de recogerse en la comunidad de amigos, en un camino que dependía únicamente del trabajo que sobre sí realizara el sujeto para desistir de sus creencias o aflorar sus padecimientos espirituales individuales y conseguir su felicidad.

Una fuente de confianza y seguridad

A primera vista, la actitud de los epicúreos podría juzgarse como un gesto egoísta, que manifestaba el deseo de ocultarse ante los problemas que sufría la sociedad. Pero ellos no se propusieron evadirse en la naturaleza para hallar los orígenes o las raíces del ser humano, sino que intentaron crear un contexto adecuado para concentrarse en el trabajo que conllevaba la exploración personal de la existencia y el logro de la felicidad. La vida en la comunidad se alejaba de las oscilaciones políticas de la época, y también de la autoridad educativa que ejercían las grandes escuelas de filosofía. Distanciados así de todas las opiniones y creencias religiosas en boga en aquel tiempo y que se consideraban falsas, Epicuro y sus discípulos parecían estar en el lugar más apropiado para alcanzar la felicidad.

No existe nada en la naturaleza humana que implique y arrastre a las personas a vivir en una organización social, sostuvo Epicuro. Tampoco hay indicios naturales, añadía, que hagan pensar que las personas tengan un comportamiento solidario con sus pares. Ante esta situación, la comunidad de amigos y amigas buscaba el intercambio de favores para cubrir las necesidades de la existencia, aunque la amistad no se limitaba a eso. Ciertamente se alcanzaba una cierta alegría en la relación con los otros, en el progreso de los amigos y en compartir los bienes, pero la amistad va más allá del regocijo por el beneficio propio. En esto difiere radicalmente la comunidad del Jardín de otras escuelas o corrientes que propiciaron la amistad filosófica.

«De los bienes que la sabiduría procura para la felicidad de una vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad», decía Epicuro, porque promete confianza y seguridad. La amistad es una relación donde no se siente la

amenaza ni el temor a la agresión, al igual que la justicia (que es un pacto de no agresión). Sin embargo, la amistad epicúrea no es solamente un medio para complacer a los individuos ante la intranquilidad o la sensación de angustia. La idea de Epicuro se sitúa en una posición intermedia entre el puro utilitarismo que supondría cubrir una necesidad personal y el ideal de amistad de doctrinas como la platónica, aristotélica o incluso la escuela estoica. El filósofo del Jardín observaba que «La tierra entera vive en fatigas», por ello estaba convencido de que la filosofía tenía que convertirse en un lugar de resguardo ante los males de su tiempo y, en este sentido, materializó sus ideas ofreciendo un espacio efectivo donde los vínculos fueran sólidos y verdaderos.

En esa comunidad, las personas tomaban consciencia del objetivo cardinal de la vida y se sentían libres de cualquier prejuicio o presión social, por lo cual se desplegaba un ambiente benévolo para el desarrollo de una amistad desinteresada y afectuosa, y no como un lazo político para crear el sostén de la sociedad. De esta manera, la amistad es una de las columnas que distribuyen el peso de la cura del espíritu, siendo los lazos de amistad los únicos que trascienden los límites del interés personal, de lo temporal y de las distancias geográficas.

Capítulo 4

CONOCER PARA COMPRENDER EL MUNDO

En el marco de la filosofía de Epicuro, todo conocimiento teórico debía ser consecuente con el propósito de lograr una vida feliz y garantizar la salud del alma. Por ello desplegó una teoría del conocimiento que permitía identificar los criterios de verdad que fundamentan nuestro saber acerca del mundo.

Según Epicuro, cualquier filosofía que no se consagrara a la salud del alma era inútil, así como lo será cualquier conocimiento científico que no sirva para acercarnos a la felicidad. Para alcanzar este fin solo son necesarias dos cosas: conocer cómo está compuesta la realidad y regular la propia vida y conducta en conformidad con estos conocimientos. De la última cuestión se ocupaba la ética (a la que ya nos hemos referido) y de la primera, la canónica y la física.

A pesar de la primacía que Epicuro concedió a la ética, no resulta contradictorio que el filósofo dedicara buena parte de sus escritos a investigar y desarrollar toda una teoría del conocimiento, puesto que la obtención de un saber veraz acerca de nuestra estructura cognitiva, del mundo físico y del comportamiento del universo celeste representa una de las bases imprescindibles para desestimar las narraciones que confunden a nuestra mente y, con ello, conseguir la tranquilidad y disfrutar de una existencia feliz. Si no se conoce cómo se organiza o funciona el mundo, entonces las personas terminan hundiéndose en ideas erróneas, te-

miendo a la naturaleza, creyendo que todo cuanto acontece depende de la buena fortuna o de la disposición de las deidades hacia el ser humano y, por ende, sintiéndose preocupadas por su destino.

Con la introducción en su doctrina de la canónica, que iba más de acuerdo con la forma que Epicuro tenía de concebir la práctica de la filosofía, el pensador de Samos se alejaba de lo que habitualmente se entendía por lógica. Efectivamente, las escuelas clásicas y helenísticas circunscribían tres ámbitos dentro de la lógica: la lógica formal, la lógica matemática y el desarrollo de las estructuras básicas de la dialéctica. Epicuro excluyó de la canónica la observación y el análisis de las estructuras formales del pensamiento, y las sustituyó por una doble reflexión: sobre los instrumentos que disponemos para obtener información del mundo y sobre el grado de validez que debemos conceder a la información que nos proporcionan estos instrumentos. Los instrumentos, claro está, son los sentidos, y la información que nos proporcionan, las sensaciones.

De este modo, Epicuro se apartó de la lógica estricta para acercarse al estudio de los criterios (canon) y fundamentos del conocimiento. La exclusión de las distinciones entre lógica, retórica y dialéctica supuso la reprobación pública para Epicuro y su escuela, atacados por los lógicos tradicionales, que les acusaban de desarrollar conocimientos «poco profundos».

Epicuro exigía a sus estudiantes que se deshicieran de todos los artificios de la retórica para expresarse con claridad y simplicidad. Para ello era esencial emplear palabras que fueran usualmente utilizadas y facilitaran la comprensión de los conceptos al mayor número posible de personas, al mismo tiempo que se hacía hincapié en la sencillez argumental. Por esta razón, los epicúreos repudiaban los

gestos jactanciosos que implicaban los juegos dialécticos, así como la locuacidad innecesaria y vacía de contenidos. La sustitución de la lógica y la dialéctica por la canónica fue consecuente con los principios de austeridad y diferenciación entre lo necesario y lo superfluo, que preconizaba Epicuro. Sin embargo, hay que destacar que no se trataba únicamente de un cambio de nombre (de la lógica a la canónica), sino de un tratamiento diferente de las cuestiones relativas a esa disciplina.

De otro lado, el desinterés de Epicuro para con la lógica era consecuencia de uno de los principios más importantes de su teoría del conocimiento: el criterio de verdad de una proposición —oración semánticamente no vacía que expone una idea— está determinado por el hecho de que haya o no una sensación que la avale. Como veremos a continuación, la sensación es el eje fundamental de la teoría epicúrea del conocimiento. Las sensaciones rigen la verdad de las proposiciones (y no al revés), por ello la lógica queda automáticamente arrinconada a un lado de la teoría del conocimiento y esta última le roba todo el protagonismo.

CRITERIOS PARA RECONOCER LA VERDAD

La canónica de Epicuro se ocupaba de las diversas formas de aprehensión de la realidad, así como de establecer criterios verdaderos para poder entenderla, aunque el desarrollo de estas cuestiones dejó muchos interrogantes abiertos o sin clarificar en profundidad. Sin embargo, fueron sus seguidores quienes hicieron un completo tratamiento del tema (como, por ejemplo, Filodemo), partiendo de las bases que sentó el maestro. Hay que remarcar que esto no ocurrió en otros campos de su filosofía, que fueron con-

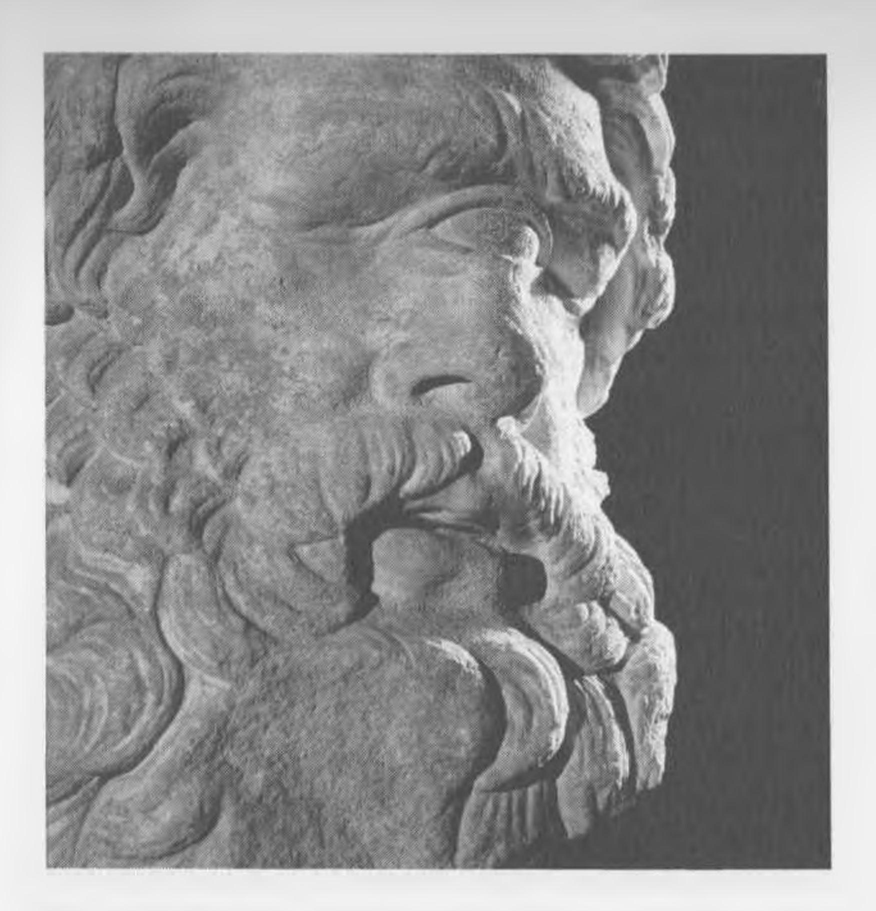
tinuados con gran fidelidad a la letra y prácticamente sin adiciones por los discípulos del Jardín.

Tal como se ha señalado, la canónica no es el estudio de la lógica o de las estructuras de los discursos, sino que se acerca mucho más a la presentación de una teoría del conocimiento que nos ayuda a distinguir lo que es verdadero en nuestra percepción del mundo, así como aquello que no lo es. La teoría del canon examina la forma en la que conocemos, al tiempo que ofrece criterios de verdad, pero no para demostrar polémicamente ante los demás que se tiene la verdad, sino para orientar a las personas hacia la felicidad. Estos criterios (cánones) están constituidos por sensaciones, que se dividen en aprehensiones primarias inmediatas o sensaciones, que constituyen prenociones; anticipaciones, que derivan de las sensaciones; y las afecciones, que se construyen a partir de principios primarios e imperceptibles.

El conocimiento y las sensaciones

Según Epicuro, la sensación (*aisthésis*) es el asiento de todo el conocimiento, y se origina cuando los átomos que desprenden los cuerpos llegan hasta nuestros sentidos por medio de los órganos perceptivos (vista, olfato, tacto, etc.). Para comprender esta explicación acerca de la dinámica de las sensaciones, hay que recordar que Epicuro era un atomista, es decir, que consideraba que todo estaba compuesto por átomos y vacío, y que, por lo tanto, cualquier fenómeno —perceptivo, celeste, etc.— así como todos los cuerpos mantenían esta estructura fundamental de átomos en movimiento a través del vacío.

La sensación se produce cuando un flujo de átomos se separa de la superficie de las cosas percibidas y se dirige



LA VERDAD ESTÁ EN LOS SENTIDOS

Epicuro reconoció que la sensibilidad era la base del conocimiento y desarrolló teóricamente este principio epistémico. La canónica de Epicuro parte de la premisa de que los sentidos son la fuente de todo conocimiento, así como su criterio de certeza (solo es admisible el saber de origen empírico). Por tanto, la explicación epicúrea prescinde de principios metafísicos y se centra en la función de los órganos corporales como vías de acceso a la información del mundo exterior. Si nuestros sentidos no fueran veraces, como en el caso del cíclope Polifemo, gigante mítico que aparece representado en esta escultura de mármol de autor anónimo del siglo II a.C., no podríamos decir que conocemos el mundo de forma correcta.

hacia el sujeto perceptor. Este flujo engendra imágenes que reproducen en el sujeto, con total exactitud, las características de los objetos de los que proceden. En este proceso, únicamente los objetos son capaces de generar emanaciones de átomos; el sujeto que percibe es pasivo, mientras que las imágenes alcanzan los átomos sensibles de los ojos.

Hay también una segunda posibilidad: que las imágenes no procedan de un objeto idéntico al que representan, porque están formadas por choques aleatorios de las emanaciones de otros objetos. Un ejemplo de estas imágenes está representada por las Erinias, personajes de la mitología griega con forma de mujeres y provistas de alas de águila o serpientes que nacían de sus cabezas, y que buscaban la venganza y perseguían a los culpables de ciertos crímenes. En este caso tenemos las emanaciones de las imágenes de las alas de águila, y las cabezas de serpiente, pero la imagen final no proviene de esos objetos. A partir de las imágenes emergen las sensaciones, y de las sensaciones se crean las representaciones o fantasías, que resultan de la composición de diferentes imágenes (como el centauro, que es la combinación de la imagen de un hombre y la de un caballo).

Cuando las sensaciones se repiten varias veces y se conservan en la memoria, se forman representaciones generales (o conceptos). Esos conceptos sirven para que podamos anticipar sensaciones futuras, por eso Epicuro las llamó anticipaciones. Contrariamente a lo que el sentido común indica (y a la teoría atomista presocrática), para Epicuro las sensaciones eran siempre verdaderas y no se las podía refutar mediante ninguna sensación distinta. Si no se cree en la veracidad de una sensación, no hay por qué creer en la veracidad de cualquier otra, pues en esta posición no habría entonces un criterio sólido para determinar cuándo una sensación es verdadera y cuándo no lo es. Si fuera

el caso de que se usara una sensación proveniente de un sentido para refutar a la de otro sentido (por ejemplo, refutar lo percibido por la vista a través del tacto), habría que tener en cuenta que cada sentido tiene una función y competencia propias, por lo que no se podría usar uno para contradecir a otro.

La razón sí puede sopesar datos provenientes de diferentes sentidos, y además puede interpretarlos, efectuar sus operaciones lógicas y extraer consecuencias, pero jamás podrá sustituir los datos sensibles. La actividad racional ha de basarse únicamente en los sentidos, que debe reconocer como testimonios verdaderos e incuestionables. Puesto que, en la doctrina de Epicuro, los sentidos nunca engañan, las sensaciones conforman un criterio fundamental de verdad. En adición, como los conceptos provienen de las sensaciones, también son verdaderos. De este modo, sensaciones y conceptos conforman sendos criterios de verdad.

Además de lo que percibimos por medio de los sentidos, también podemos pensar sobre cuestiones que no son perceptibles ni asibles. Para razonar sobre aquello que no es visible, decía Epicuro, hay que emplear analogías con lo que sí puede ser percibido. En este sentido, se reconoce una prevalencia de las sensaciones sobre las abstracciones.

La cuestión del criterio de la verdad, esto es, de la validez objetiva de nuestro conocimiento, no es un tema ocioso o meramente formal, porque dentro de la filosofía de Epicuro se relaciona directamente con la vida práctica y la consecución de la felicidad. Cuando decimos que conocemos algo, conocemos la verdad (algo cierto) que se corresponde con la realidad. Esto implica que no vivimos en un mundo de apariencias o de engaños, en el que estamos obligados a contentarnos con la incertidumbre de que lo que conocemos podría ser real o no serlo.

La primera fuente de todos nuestros conocimientos son los sentidos, ellos nos ponen en contacto con la realidad y, de esta manera, son también el fundamento de la ciencia. Así, el primer canon que podemos establecer a través de las sensaciones y de las percepciones sensibles es verdadero y no nos engaña, puesto que corresponde a la realidad inmediata y cierta. Por esta razón no hay necesidad de buscar ninguna garantía externa —por ejemplo, la de los dioses— que certifique la veracidad de lo que percibimos. Si no se admite la certeza de la información servida por los sentidos, no se puede decir que se conoce ni se percibe nada. De acuerdo a la teoría de Epicuro, todo constructo teórico y científico, así como la vida cotidiana, precisa anclarse en esta base: la veracidad del conocimiento sensible.

Por sí mismos, los sentidos ni nos confunden ni tampoco pueden engañarnos, porque no poseen esas propiedades. Como tales, las sensaciones no razonan, no enjuician, no agregan ni quitan nada, son simplemente un dato que revela la consciencia de una realidad dada mediante una determinada combinación de átomos (esos átomos que golpean en nuestros sentidos y desde allí se ponen en contacto con el alma). Este proceso nunca es arbitrario, se nos impone y constituye una certeza inmediata, a la que Epicuro llamó evidencia sensible (expresión que también usaban los estoicos), y no es comparable con ningún otro tipo de certeza.

Esto no significa que Epicuro negara la posibilidad de que los sentidos nos engañaran. Los argumentos escépticos podrían señalarnos, por ejemplo, que la imagen de un remo parcialmente sumergido en el agua nos muestra su mitad inferior partida, cuando en realidad no es más que un efecto óptico. Ocurriría lo mismo cuando miramos una torre cuadrada que, a lo lejos, puede parecernos redonda. Estos ejemplos, y tantos otros, podrían ser suficientes para aseverar que los sentidos

nos traicionan con frecuencia. Sin embargo, Epicuro explicaba que es preciso distinguir dos elementos del conocimiento: las sensaciones y percepciones sensibles como tales y, por otra parte, el juicio que realizamos en torno a las cosas. Este juicio es una operación mental, un proceso que nuestra razón añade a las impresiones sensibles. Es en el juicio donde se puede producir el error, pero no en la percepción sensible (los sentidos no yerran). Así, cuando se afirma que es el remo mismo el que está quebrado, y no solo su imagen, se produce una confusión que nos lleva a la incorrección de los juicios.

Para no hacernos una falsa noción de los errores, decía Epicuro que es indispensable comprender bien la diferencia entre la certeza proveniente de los datos sensibles como tal (evidencia sensible) y los juicios que realiza la mente, con los que interpretamos las sensaciones. Por ejemplo, lo propio de los ojos es ver las luces y las sombras, siendo capaces de distinguir unas de las otras. A partir de esa percepción, podríamos creer que la sombra de nuestro cuerpo es un duplicado de nosotros mismos que tiene autonomía. Pero eso no lo dicen los ojos, es algo que se añade a la percepción pero no pertenece a ella. Nuestro aparato perceptivo no puede establecer las causas de un fenómeno, simplemente se limita a apreciar y recibir el impacto de la realidad (los ojos no conocen las razones de las cosas, ni de la naturaleza), siendo testimonio de una evidencia sensible.

Las anticipaciones

La explicación de la naturaleza del error que ofrecía Epicuro hacía patente que su empirismo no era una posición ingenua. El error no forma parte de las sensaciones ni de los conceptos, es parte de una opinión originada en un proceso de la razón;

de todos modos, la opinión no siempre es errónea (puede ser verdadera si la confirman los sentidos). Epicuro no se cansó de señalar que hay que atender a los fenómenos tal como se manifiestan, aunque los razonamientos puedan extender el conocimiento más allá de lo que las sensaciones puedan percibir.

Nuestro conocimiento se funda en las percepciones, pero no se agota allí. Epicuro advirtió que muchas veces los sentidos no tienen acceso directo a los fenómenos, como ocurre con los fenómenos celestes o el vacío. Para estos casos, la doctrina señala que hay que atenerse a otras evidencias provenientes de la experiencia directa. Por ejemplo, en el caso del vacío: si aceptamos que el movimiento de los objetos es una evidencia, esta exige la postulación de un vacío que permita este desplazamiento. Por ello el vacío se infiere como subsistente.

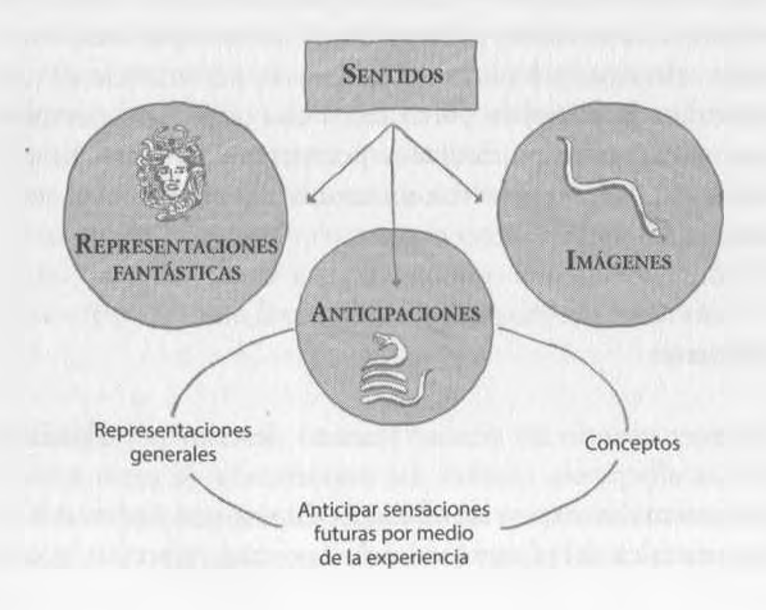
Así, en la teoría del conocimiento de Epicuro, la sensación no se limita exclusivamente a una aplicación directa (expresada en la relación objeto-flujos de átomos-sujeto que percibe). La repetición de sensaciones da lugar a las anticipaciones (*prolepsei*), que podríamos equiparar a las ideas generales, puesto que ofrecen criterios conceptuales que trascienden la percepción inmediata.

Las anticipaciones se identifican con las imágenes que se recuerdan de los objetos que han sido percibidos repetidamente. Como se apoyan en percepciones, establecen asimismo un criterio de verdad; son un canon para el conocimiento, un instrumento para sopesar la corrección de los juicios perceptuales y las opiniones. De todas formas, hay que distinguir entre las percepciones (primarias) y las ideas generales, a pesar de que una es condición de la otra.

Lamentablemente, entre los textos de Epicuro que han llegado hasta nuestros días no se encuentra ninguno que amplíe

MEMORIZAR PARA PREVER

Según la canónica de Epicuro, el proceso cognitivo se desdobla en dos fases: una inicial de carácter pasivo y, a continuación, otra plenamente activa, en la que opera nuestro entendimiento. Nuestra sensibilidad recibe de modo pasivo el choque de los flujos de átomos desprendidos de otros cuerpos, de modo que la sensación (imagen) así formada ofrece un testimonio fidedigno del objeto del cual procede. Sin embargo, cabe la posibilidad de que los choques aleatorios entre átomos desprendidos de distintas cosas lleguen mezclados a nuestros sentidos, dando lugar a imágenes inexistentes (representaciones fantásticas —Medusa en el ejemplo inferior—). El problema de estas percepciones, sostuvo Epicuro, es que confunden a los humanos con sus añagazas y desvían nuestra atención de los asuntos de la vida cotidiana. La fase activa comienza cuando las imágenes quedan guardadas en la memoria, porque nuestra mente las recupera para convertirlas en anticipaciones (ideas generales), que nos sirven para clasificar la información recibida (función de conceptualización) y para prever la recepción de sensaciones futuras (aplicación del principio de causalidad).



y profundice las funciones de estas *prolepsei*. De todas maneras, Cicerón y Diógenes Laercio dieron testimonio evidente de que Epicuro incluyó esta noción en su canónica. Igualmente, lo que sí queda claro es que la prolepsis constituye un medio de contraste de la percepción, puesto que las imágenes almacenadas permiten impugnar o admitir impresiones dudosas (por ejemplo, como en el caso de la torre cuadrada, a causa de la distancia o por otros factores que alteran las percepciones, como la locura o la embriaguez). Las anticipaciones no son ideas innatas (connaturales a la mente) ni están preformadas; se trata de conceptos constituidos al repetirse las percepciones sensibles conservadas en la memoria. En este sentido puede decirse que son la condición y la materia del pensamiento y de los discursos. Sin las anticipaciones no podríamos entender, ni cuestionar ni discutir nada.

Además, las *prolepsei* cumplen otra valiosa función: operan dando un significado a los términos generales, como «hombre», «cuerpo», etc. Por esa sedimentación de percepciones previamente dada, las anticipaciones dotan de sentido a las nociones universales, al tiempo que funcionan como criterios que permiten indicar la pertenencia de un determinado miembro particular a una clase (por ejemplo: Juan —miembro particular— pertenece a la clase «hombre»). Así, las *prolepsei* son un canon importante en el proceso del conocimiento.

Afecciones

El tercer criterio de verdad (canon) descrito por Epicuro son las afecciones (*páthe*). La importancia de estas radica fundamentalmente en la influencia directa que tienen sobre la teoría ética del placer (*hedoné*). Ante cada afección, el ser

humano reacciona con un sentimiento de placer o de dolor, es una sensación que permite ajustar y optar por una acción u otra. El placer y el dolor, como reacciones afectivas, son cánones que nos ayudan a elegir lo que es bueno y a rechazar lo que es malo. En este sentido, afirmaba Epicuro: «... las afecciones son dos: placer y dolor. Las cuales se encuentran en todos los seres vivos. La una es familiar, mientras que la otra es extraña. A través de ellas se juzgan las elecciones y el rechazo».

Las afecciones o sensaciones de placer y de dolor están incluidas dentro del conjunto de los criterios de verdad porque son un indicio de lo real. Como respuestas inmediatas de nuestro cuerpo a la sensación, placer y dolor son impresiones fiables y conforman la norma para las conductas prácticas de la vida. Ambas resultan muy útiles para mantener la salud del cuerpo y moderar la conducta, constituyendo razones para la acción. Por tanto, cabe estar alerta para atender a los límites que nos señalan.

Sensaciones, anticipaciones y afecciones son los tres cánones fundamentales del conocimiento. Como contrapartida, la razón por sí misma no es una facultad que pueda revelar un mundo diferente de aquel en donde vivimos; su función consiste en ayudarnos a conocer mejor el mundo y en apegarnos lo más posible a nuestros sentidos. Todo conocimiento adquiere así sentido como guía de la vida y para alcanzar el fin supremo al que aspiran nuestras almas: la felicidad en esta existencia con los medios que concede la naturaleza.

EL LENGUAJE

Vinculado a la canónica, Epicuro se ocupó de analizar una cuestión que merece la pena mencionar, porque forma parte

de su modelo empirista general: insistió en que las palabras debían ser empleadas en su sentido más primario y claro, lo que supone que no requieran de explicaciones ulteriores y, fundamentalmente, que dicho uso concuerde con las percepciones sensibles. Para Epicuro, el lenguaje surgió como un reflejo fisiológico inmediato propio de las personas, resultado de los estímulos del medio sobre ellas.

> [...] hay que percibir el significado básico de cada palabra sin necesidad de otra demostración [...]
>
> CARTA A HERÓDOTO

De acuerdo a este planteamiento, se afirmaba que los sonidos que componen el lenguaje tienen cierta correspondencia con la realidad percibida que designan. Por ello, su empleo debe ser siempre lo más cercano posible al objeto original, para favorecer así el conocimiento. Epicuro no negaba el papel convencional del lenguaje, pero creía que originariamente no tenía esta condición, y que por ello los filósofos debían mantenerse fieles a su raíz, buscando salvaguardar la sencillez y la univocidad de los signos que lo conforman.

Como puede apreciarse, esta idea de que el lenguaje tiene que ser lo más natural posible y ajustado a su sentido originario sigue la misma línea argumentativa ofrecida para las percepciones sensibles: cuanto más nos apeguemos a la percepción directa, mucho mejor, ya que si mezclamos percepciones con opiniones damos lugar a que surjan las confusiones o errores.

Por otro lado, el lenguaje no es únicamente el reflejo de la incidencia del mundo externo en los sujetos. En este punto, Epicuro también fue el primero en formular una teoría sobre el lenguaje entendido como la expresión sonora de las emociones que experimentan las personas ante determinadas condiciones. Si bien su teoría del lenguaje ha quedado simplemente esbozada, hay que indicar que sus ideas sobre este

tema fueron recuperadas y profundizadas siglos más tarde. Así hizo, por ejemplo, Rousseau en el siglo XVIII, en el marco de los desarrollos modernos del pensamiento filosófico.

EL CONOCIMIENTO DE LOS DIOSES

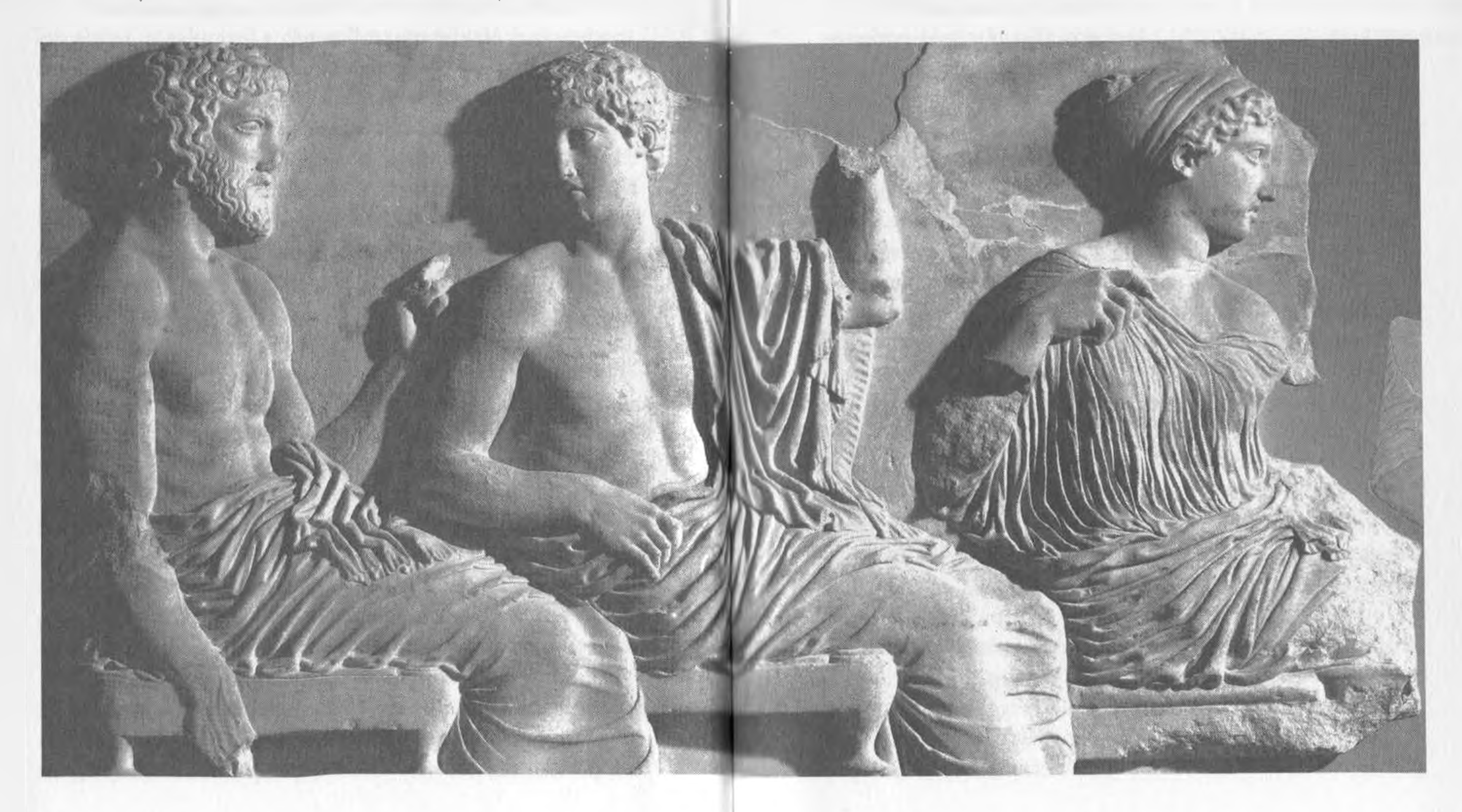
Es importante no perder de vista en ningún momento los motivos que condujeron a Epicuro a formular su teoría del conocimiento. Él quería instruir a las personas en una doctrina de la felicidad, combatiendo el escepticismo, buscando la certeza y creando un marco de seguridad para la vida. Para ser felices, las personas necesitan saber que no se mueven en un mundo incierto y que deben habituarse a conocer objetivamente la naturaleza de la cual forman parte. El aparato perceptivo humano está correctamente dotado para percibir la realidad de las cosas, por ello perder la confianza en los sentidos equivaldría a no fiarse de la vida misma.

A partir de esta confianza en los sentidos, Epicuro se ocupó del conocimiento de la naturaleza de los dioses; un saber difícil de asumir si no se explicaba correctamente, mucho más si se partía de la convicción de que las percepciones empíricas son el primer criterio de verdad. Nuestro filósofo decía que los dioses eran proyecciones imaginativas (*phantastikás*) del pensamiento, que no podían ser comprobadas por las sensaciones (como los átomos). Son una proyección porque el intelecto puede inferir (concebir, llevar una idea de algo a conocimiento) la existencia de los dioses o los átomos y afirmar su conocimiento, aunque no se tenga testimonio empírico de ellos.

Decía Epicuro que la razón nos conduce a pensar que existe una naturaleza que es superior a la humana y perfecta; por ende, los dioses existen, aunque no tienen ninguna

UNOS DIOSES MUY HUMANOS

El panteón griego se caracterizaba por la humanidad de sus integrantes: los dioses eran antropomórficos y, aunque inmortales, vivían sometidos a las mismas alegrías, tristezas y pasiones de los seres humanos. El mejor ejemplo de ello lo brinda la *Ilíada* de Homero, donde las deidades toman partido por los bandos en liza (aqueos o troyanos), pelean junto a sus preferidos y los socorren en los momentos críticos, de modo que las hostilidades se trasladan del campo de batalla al Olimpo, la residencia de los dioses. El relato homérico hizo pensar a cientos de generaciones de griegos que los inmortales interferían en la existencia de los humanos, creencia que Epicuro denunció como falsa y peligrosa para una recta comprensión del sentido de la vida, que atribuyó al ejercicio de la libre voluntad individual. En la imagen, friso del Partenón realizado por Fidias, del siglo v a.C., que se conserva en el Museo Británico de Londres.



injerencia o capacidad de acción sobre el mundo. De hecho, la condición misma de su perfección reside en que no actúan sobre el mundo humano, pues no está a la altura de su dignidad. Los dioses no tienen inquietudes sobre el mundo humano, por lo cual no pueden encolerizarse con este, ni tampoco necesitan ser benevolentes con las personas.

> [...] los dioses existen: en efecto, el conocimiento acerca de ellos es evidente. Pero no son como los estima el vulgo.
>
> *Carta a Meneceo*

Epicuro afirmaba que podemos conocer a las divinidades, pero estas no gozan del poder de accionar en otro universo que no esté a su nivel de refinamiento, ni de someter a su voluntad a los inferiores. Los dioses son la perfección misma, porque representan el placer supremo de la tranquilidad. Para Epicuro, negar la influencia de los dioses en la vida terrenal no era una ofensa o desprecio, el vituperio estaba en aceptar los caracteres que la gente común les atribuía. Por ello, los filósofos y filósofas debían ver en la representación de los dioses un modelo aprehensible de sabiduría: una proyección que tenía que ser extensible hacia sus propias vidas. Los dioses disfrutan de su existencia y perfección sin necesidad de perturbarse, y lo hacen en una realidad eterna e independiente de la de los hombres y mujeres. Sin embargo, los dioses son amigos de los sabios y estos de los dioses, y aunque los sabios no tienen nada que solicitar a las deidades no deben dejar de rezarles, hacerles ofrendas y alabarlos por su perfección.

Todos los aspectos de la teoría de Epicuro tenían un propósito ético. Su meta principal consistía en eliminar las supersticiones para vivir feliz y sin miedos. Esto lo llevó a contradecir la religión popular, e indirectamente polemizó con la teología astral de Platón expresada en las *Leyes*, según la cual los hombres son marionetas de los dioses que

gobiernan los cielos (quienes no se dejan conmover por las ofrendas humanas).

Por otra parte, Epicuro negaba tajantemente que la naturaleza tuviera algún carácter divino o que hubiera sido creada por los dioses para provecho del ser humano. Por esta razón se esforzaba en dilucidar las estructuras de los hechos naturales: los fenómenos de la naturaleza debían ser explicados también por causas naturales (y no por la voluntad divina), con argumentos más fidedignos y admisibles que los mitos. Desde este punto de vista se puede apreciar que las reglas de la ciencia epicúrea son modestas, lo más claras posible, y se establecen por medio de las experiencias directas. Con todo, estos aspectos son los principios que tutelan nuestra forma de conocer la realidad. El resultado de su aplicación nos conduce hacia un nuevo punto: la concepción de la naturaleza que Epicuro pormenorizó en el desarrollo de la teoría física y a la que nos referiremos a continuación. En ella apreciaremos el mismo esquema científico de simplicidad empírica y aplicabilidad práctica empleado para la canónica.

CAPÍTULO 5

FÍSICA E INDETERMINACIÓN ATÓMICA

Siguiendo su interés por esclarecer las fuentes de la inquietud humana, Epicuro desarrolló una teoría de la física natural y celeste para explicar el origen y la estructura de la realidad. Su doctrina física supuso una importante aportación a la historia del pensamiento, sobre todo por el protagonismo que dentro de ella asignó a la libertad.

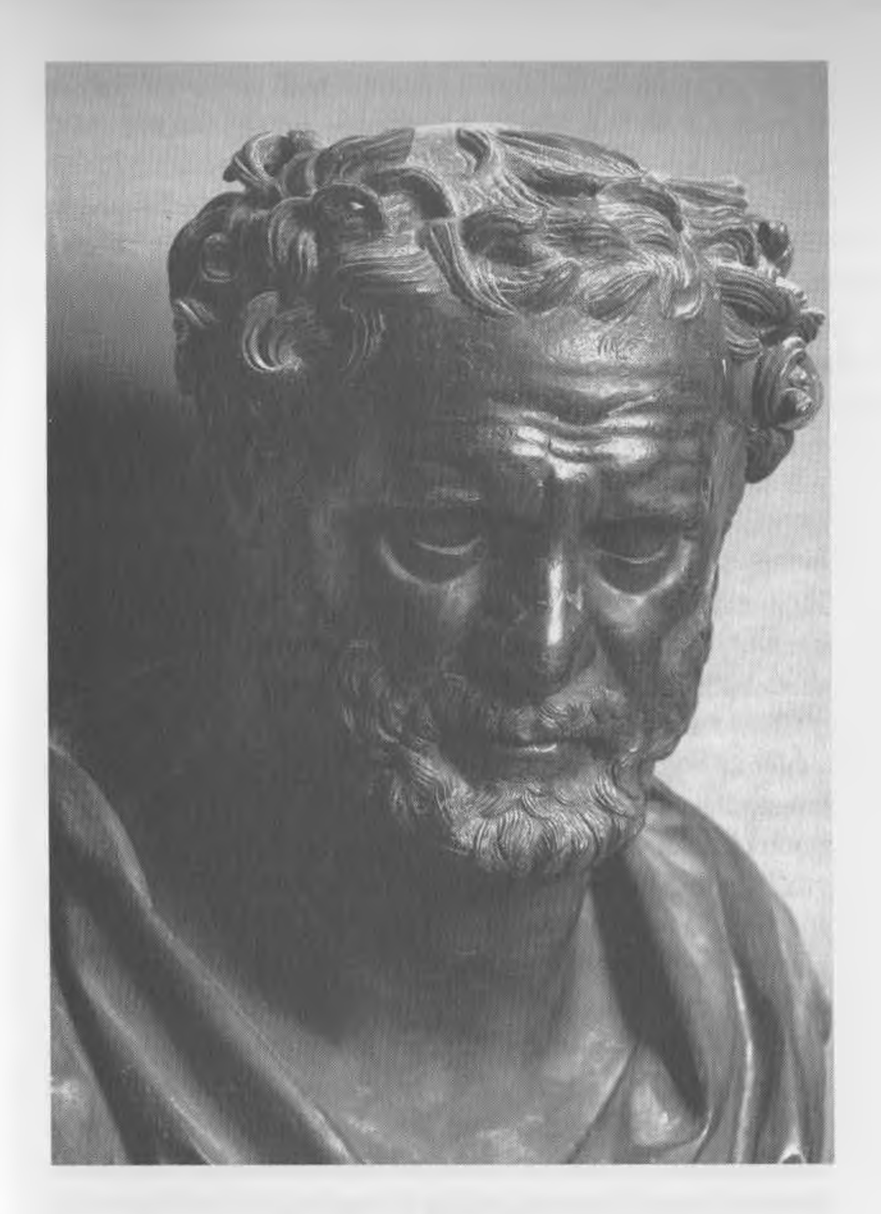
Epicuro insistió en la necesidad de alejar las fuentes de perturbación en todos los núcleos de su doctrina filosófica (la ética, la canónica y la física), interesándose manifiestamente por eliminar las creencias en el mundo divino, y de la injerencia de los dioses en el destino del mundo y de las personas. Como contrapunto a los dogmas y leyendas fabulosas generalizadas en su tiempo, Epicuro afianzó su voluntad de destacar la función esclarecedora que adquiría el conocimiento objetivo de los campos de la física y la cosmología. Asimismo, su ahínco se explica en parte por el desapego a determinadas costumbres y prácticas habituales del mundo en el que estaba inmerso. Hay que tener presente que los pequeños estados de Grecia habían acrecentado su territorio gracias a sus habilidades para la navegación; en busca de nuevas tierras y de la expansión de las rutas del comercio, los marinos griegos se lanzaban a alta mar para realizar largos viajes, sin ningún instrumento de navegación y con pocos conocimientos de meteorología. Inseguridades de este tipo favorecían que se buscara una cierta sensación de tran-

quilidad de espíritu, a través de la palabra de los oráculos o del dictado de los dioses, prácticas adivinatorias que eran una costumbre habitual para el pueblo griego. De esta manera se entiende el fervor constante hacia las diversas artes de predecir, la astrología y las exhortaciones a los favores de los dioses, caso de las ofrendas, con las que se pretendía solicitar protección ante lo desconocido o contra los infortunios.

> La felicidad consiste [...] en el conocimiento del origen de los fenómenos que contemplamos en el cielo.
>
> CARTA A HERÓDOTO

Como contrapartida a esa perplejidad humana ante la incertidumbre del destino y el poder devastador de las fuerzas de la naturaleza, Epicuro presentó una serie de conocimientos fundamentados en el estudio de los fenómenos naturales. Su principal referente conceptual fue la doctrina atomista de Demócrito, quien negaba el poder de los dioses sobre la vida terrenal. Epicuro sustentó su filosofía natural en la idea de que toda materia está autogenerada —es decir, que no necesita de agentes externos para existir— y, además, está formada por átomos, que son eternos.

Demócrito fue el primer atomista materialista. Aristóteles consideró su obra como una respuesta a los mitos antiguos y a las propuestas de los físicos de las escuelas eleáticas (Jenófanes, Parménides, Zenón). Estos presentaban el universo como una unidad inmutable e imperecedera, y por demás alejada del alcance de la cognición proporcionada por los sentidos humanos, puesto que consideraban como engañosa la actividad de los sentidos. La propuesta atomista de Demócrito rehusaba cualquier posición metafísica, y por ello Epicuro encontró en ella buenos argumentos para comenzar a construir sus ideas centrales sobre la aprehensión objetiva del mundo.



Busto de Demócrito, escultura en bronce de la época romana procedente de la Villa de los Papiros de Herculano. A este filósofo griego del siglo v a.C. se debe la primera concepción de una naturaleza dividida en diminutas partículas (átomos) que se mueven en el vacío según principios puramente mecánicos. La teoría física democritea fue adoptada y revisada por Epicuro, quien la convirtió en el puntal de su filosofía natural.

Epicuro partió de la postulación básica de la realidad de cuanto percibimos. Según su criterio, todo lo existente está formado por átomos y vacío, y a partir de ese andamiaje teórico justificó los cambios visibles de los cuerpos físicos. El filósofo de Samos no se interesó por ofrecer una explicación exhaustiva de los fenómenos observables, sino que se concentró en la descripción de los movimientos de los átomos —la manera en que se producen uniones y separaciones aleatorias entre ellos— y en sus repercusiones sobre la dinámica de la realidad. A partir de esos planteamientos teóricos era posible dar una explicación a los cambios observados en los seres, como el crecimiento y la muerte, sin recurrir a principios míticos ni interpretaciones metafísicas. Según la doctrina epicúrea, no hubo ningún momento original del cosmos, la materia es eterna y se transforma por el efecto de diferentes composiciones atómicas.

Dicho esto, también cabe mencionar una cuestión que llama la atención. Si bien Epicuro rehuía cualquier metafísica, ofreciendo conocimientos objetivos y empíricamente contrastables a través de los sentidos, sostuvo todo el desarrollo de su teoría física sobre la composición primaria de los cuerpos, estructurada en entidades últimas (átomos, y vacío) que no podían ser observadas, percibidas o sentidas. Sin embargo, esos postulados elementales de la física tampoco se sustentaban en afirmaciones metafísicas, ajenas a principios estrictamente materiales, porque la preocupación del filósofo estaba puesta en afirmar la existencia de estos componentes básicos a través de la racionalidad. Tal como hemos visto en la exposición de la canónica, el intelecto puede inferir, concebir, elevar la idea de algo a la categoría de conocimiento, y sobre este mecanismo mental se sustenta la elucidación epicúrea de las entidades no observables. Así pues, sirviéndose de su modelo atomista, Epicuro trató de

demostrar que eran infundadas todas las explicaciones acerca de la causalidad divina o lógica (como el demiurgo o alma del mundo de Platón, o el primer motor inmóvil y las inteligencias celestes de Aristóteles).

No hay que perder de vista el interés general de Epicuro en todo conocimiento como área funcional de una filosofía que buscaba la salud del alma humana. Por ello es sustancial remarcar que los criterios de conocimiento verdadero que postulaban la composición de todo lo existente por átomos y vacío (que se bastan a sí mismos en virtud de sus propias leyes físicas), eran una forma de ahuyentar la ansiedad generada por la ignorancia, el escepticismo y la superstición, que eran producto de relatos discordantes con sus observaciones empíricas. No fue el celo científico lo que estimuló a Epicuro a emprender su teoría física, sino la posibilidad de encontrar un saber práctico a efectos éticos, que contribuyera a la felicidad, y allí reside especialmente su valor filosófico.

El engaño y el error se originan siempre a causa de lo que nuestra opinión añade a aquello que necesita ser confirmado.

Carta a Heródoto

LOS PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA FÍSICA

La mayor parte de los principios de la física fundamental postulados por Epicuro fueron expuestos en la *Carta a Heródoto* (recuperada por Diógenes Laercio) y en la *Carta a Pitocles*, donde se ocupó de la física celeste. En ambos casos, sus argumentos para lograr una comprensión de la realidad estaban arraigados en demostraciones objetivas y experimentables, sin que ninguna de ellas recurriera a entidades no corpóreas o no empíricas. Para Epicuro, la física era la

forma de mostrar cómo está constituido el mundo sensible y sus postulados básicos.

La *Carta a Heródoto* es un resumen de carácter mnemotécnico y pedagógico. La misiva estaba dirigida por Epicuro a uno de sus discípulos, pero con la intención de que pudiera ser de utilidad para todos sus seguidores. El texto expone las bases para la comprensión atomista del universo y discurre, primordialmente, sobre los principios básicos de la naturaleza corpórea. Al mismo tiempo encontramos algunas consideraciones sobre cosmología y la vida humana (por ejemplo, reflexiones acerca de la muerte).

Las bases teóricas sobre las que se sostiene la física epicúrea quedaron esclarecidas en la *Carta a Heródoto* mediante un conjunto regulado de elementos proposicionales (*stoicheia*); de ellos se derivan los principios doctrinales que el maestro quería sostener. De esta manera, la física esquemática de Epicuro comportaba diez proposiciones que organizaban el armazón de la disciplina:

1. Nada nace de lo que no es (nada nace de la nada).
2. Nada se disuelve en lo que no es.
3. El todo ha sido siempre como es ahora y así se mantendrá siempre.
4. El todo se compone de cuerpo y de vacío.
5. Los cuerpos son de dos clases: átomos y compuestos de átomos (los agregados).
6. El todo es infinito.
7. Los átomos son infinitos en número y el vacío es infinito en extensión.
8. Los átomos de forma idéntica son infinitos en número, pero sus formas son indefinidas en número, no infinitas.
9. El movimiento de los átomos es incesante.

10. Los átomos no tienen más que tres propiedades en común con las cosas sensibles: la forma, el volumen y el peso.

Entre todos los principios básicos que regían el mundo físico según Epicuro, se hacía especial hincapié en dos: «nada nace de la nada»; y «el todo consiste en átomos y vacío, y es infinito». Los cuerpos son «sistemas de átomos» y el número de estos últimos es infinito, como lo es el espacio vacío. Para Epicuro, los átomos son cuerpos no perceptibles e indivisibles y, por lo tanto, inalterables, y no retienen ninguna cualidad de los objetos sensibles, excepto la forma, el peso, el tamaño y todo lo que naturalmente va unido a la forma. La variedad de formas, tamaños y pesos de los átomos, así como el modo en el que se disponen y ensamblan para formar objetos visibles, explican la multiplicidad de objetos que componen el mundo. Los cuerpos, como resultado de la agregación de átomos, poseen cualidades reales (color, textura, etc.), derivadas de su estructura atómica básica.

La tranquilidad del espíritu nace de liberarse de todos estos temores y del rememorar de forma continuada los principios y preceptos fundamentales.

Carta a Heródoto

Los átomos se mueven en el vacío por efecto de su propio peso; sin embargo, entre ellos pueden producirse choques que los desvían de su trayectoria, por lo que resulta muy difícil predecir su posición en el espacio.

Lo indicado hasta aquí nos permite afirmar que en la doctrina física de Epicuro había un cierto sesgo mecanicista: todo es causa del movimiento azaroso de los átomos. Este mecanicismo nos devuelve, insistentemente, al fin último de todo conocimiento: demostrar que no hay intervención divina en el origen o en el funcionamiento del mundo.

La estructura de los átomos

Partiendo de la idea de que los átomos no poseen una estructura compacta, Epicuro señaló que puede haber variaciones en sus movimientos, aunque esos movimientos no producen una infinidad de formas. Las diversas percepciones de las formas y tamaños de los cuerpos compuestos se justifican a través de la combinación de un número limitado de formas percibidas. De este modo, las combinaciones atómicas son ilimitadas, pero no así las formas de los cuerpos, que se adaptan a un número finito de modelos y tamaños percibidos por los sentidos.

Estas distinciones introducidas por Epicuro se ajustan parcialmente a las críticas que Aristóteles había realizado a los primeros atomistas, Demócrito y Leucipo. Para Demócrito, lo único que existía era la substancia, formada por los átomos y el vacío. Sin embargo, Epicuro reconoció la subsistencia de las propiedades secundarias de la materia: el color, la forma, el sabor, el sonido, etc., nacidas de la disposición de los átomos que forman esas substancias. Además, consideró que esas propiedades son objetivas, por ser evidentes a la sensación. De esta manera Epicuro modificó la doctrina de Demócrito, tomando como referencia dos criterios epistemológicos que también incluyó en su canónica: el primero, ajustarse siempre a lo percibido; el segundo, perseguir la sencillez, entendida como la economía de la explicación.

La indivisibilidad de los átomos era otro de los principios enunciados por Demócrito, que también recibió las críticas de Aristóteles. Nuevamente Epicuro se mantuvo en la referencia del primero, pero profundizó un poco más en la cuestión de la unidad de los componentes mínimos de todos los cuerpos. Decía el filósofo de Samos que la indivisibilidad



Entre los seguidores de la doctrina epicúrea destacó el poeta y filósofo latino Lucrecio (99 a.C.-55 a.C.), autor de la monumental *De rerum natura*, obra que explicaba en verso los principios de la filosofía natural de Epicuro. La finalidad del poema seguía fielmente los dictados del maestro de Samos: era intención de Lucrecio aproximar a los humanos a la felicidad, mostrándoles lo absurdo de temer a los dioses y a la muerte. En la imagen, una página de una edición renacentista de *De rerum natura*.

de los átomos es una cualidad que se aplica por analogía: «de acuerdo con la inferencia racional que atribuimos a las cosas invisibles», tal como explicaba en la *Carta a Heródoto*. Según este presupuesto, los átomos estaban integrados por unas partes muy pequeñas que solo podían considerarse racionalmente como unidades discretas de medida, pero que fácticamente no podían separarse.

A pesar de reconocer el papel de la razón, la concepción atomista de la naturaleza de Epicuro era puramente física —es decir, materialista— y eludía, por ejemplo, hipótesis lógicas como la vertebración matemática de la naturaleza que postulaban los pitagóricos. Los átomos son físicamente indivisibles pero por su extensión en el espacio eran racionalmente divisibles. Esta es otra de las leyes fundamentales de la física de Epicuro, que corrigió el atomismo de Demócrito agregando a la doctrina de la naturaleza de los átomos la confirmación de la experiencia sensible.

Los movimientos atómicos

La física de Epicuro postulaba que el universo entero está formado por cuerpos y espacio, en conformidad con la estructura básica de todo lo existente, integrada por los átomos —partículas indivisibles— y el vacío. La combinación de átomos permite crear cuerpos heterogéneos, que se distinguen entre sí por sus formas y tamaños: algunos son finos y sutiles y otros más toscos y pesados, según la disposición que adopten sus átomos constituyentes.

En ese proceso de composición de los átomos, hay que recordar que ellos mismos son inalterables e indestructibles, pero lo que varía es la manera en la que se agrupan. Epicuro distinguió tres tipos de movimiento atómico: el vertical,

que era producto del peso de los átomos; los choques, que originaban cambios en las direcciones de los átomos; y la desviación espontánea, a la que denominó *clinamen*. Al menos hasta donde se conoce hoy en día, Epicuro esbozó esta cuestión en sus obras, pero no la desarrolló en profundidad, por lo cual es imposible saber mucho más al respecto. Sin embargo, quienes estudiaron con mayor detalle este asunto fueron dos de sus seguidores: el poeta y filósofo romano Lucrecio (99-55 a.C.) y, en menor medida, Filodemo de Gadara (h. 110- h. 40 a.C.), director de una de las escuelas epicureístas establecidas fuera de Atenas.

De todas maneras es importante concentrarse en una de las cuestiones que deja abierto el tema del movimiento de los átomos: la desviación. En un momento indeterminado de esa dinámica sobreviene un ligero cambio de trayectoria, y es justamente esa modificación la que posibilita los choques y el encuentro entre los átomos, para que del contacto espontáneo puedan aparecer los diferentes cuerpos. Epicuro evita así el determinismo radical que imponía la teoría materialista del antiguo atomismo, que postulaba una caída regular de los átomos (eternos e inmutables).

Además de lo indicado, Epicuro estableció tres causas distintas para explicar la manera en la que acontecen los diferentes sucesos físicos. Por un lado, algunas cosas ocurren por necesidad; otras por las acciones humanas, y las últimas por azar. El comportamiento de los átomos no tiene relación alguna con la intervención humana, pero sí con la necesidad —los átomos, necesariamente, son inalterables e indestructibles— y con el azar. La desviación es fruto del azar, y por ello la trayectoria de los átomos resulta impredecible. Sin embargo, aunque los átomos puedan desviarse, la realidad no siempre se modifica, más bien se rehace continuamente. El universo en su conjunto permanece indepen-

diente de todos los cambios que puedan ocurrir en su seno, por lo cual podemos guardar la calma, sin temer a su desorganización y destrucción.

La desviación de los átomos, el *clinamen*, introdujo en la estructura física de lo real un cierto grado de indeterminismo, que fue suficiente para salvaguardar la libertad, tanto física como ética (porque el ser humano, en tanto que compuesto de átomos y vacío como todas las cosas, también escapaba a cualquier determinación original). De este modo, Epicuro volvía así a centrarse en lo que debería ser el interés principal de todo conocimiento: la aplicación práctica (y ética) para alcanzar una vida feliz.

LA TEORÍA DEL *CLINAMEN*

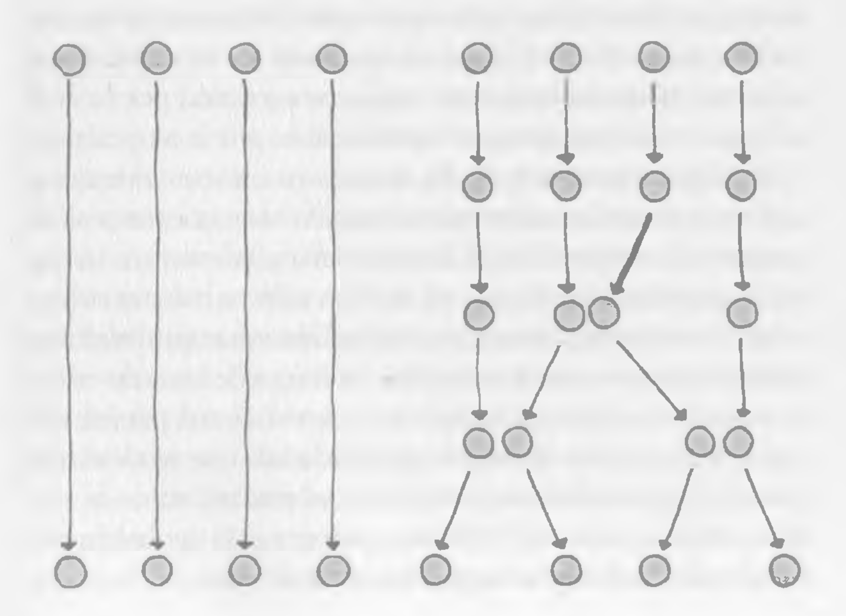
Aristóteles había objetado la teoría de Demócrito indicando que, si los átomos se mueven verticalmente a la misma velocidad, no podrían encontrarse nunca. Epicuro recogió esta crítica e hizo una nueva interpretación. Partió de aceptar que el peso (*pondas*) de los átomos los empujaba hacia abajo, pero era la desviación (*clinamen*) el factor que les permitía moverse en otras direcciones. Introdujo así la indeterminación en los componentes mínimos de todo lo real, que les permitía moverse más allá de su propio peso, y del mecanismo cerrado de funcionamiento.

Esta reformulación es una de las innovaciones más significativas de la filosofía de Epicuro, y se la conoce como la teoría física del *clinamen* (o de la desviación atómica). Además, la teoría es una consecuencia del lugar que se había otorgado a los sentidos y al testimonio veraz de la realidad que estos ofrecen en la aprehensión del mundo. En la *Carta a Heródoto*, Epicuro lo recordaba así: «...hay que

dar cuenta de todo basándonos en nuestras sensaciones y, en general, de los actos aprehensivos inmediatos, ya sea de la mente o de cualquier otro criterio, así como de los sentimientos que experimentamos...».

La teoría del *clinamen* muestra que hay una declinación o movimiento espontáneo interno, inherente a todos los átomos. De este modo, estas partículas indivisibles no solo caen y se trasladan, sino que además oscilan de forma impredecible, ocasionando colisiones y transformaciones dependientes de la manera en la que se juntan. Así pues, este movimiento es la causa que explica todos los cambios de los cuerpos (variaciones que podemos constatar por los sentidos), y, debido a su carácter imprevisible, se explica también la primera conformación de objetos en el mundo.

En este proceso tampoco interviene ninguna divinidad creadora o demiurgo providencial que determine el curso de las transformaciones. Los cuerpos que permanecieron tras el proceso de choques y combinaciones de átomos de-



La teoría física de Demócrito indica que el mundo está compuesto por átomos que se desplazan con movimientos regulares y simétricos (izquierda). Epicuro introduce el *clinamen*, una desviación atómica debida al azar, que altera la forma de los objetos (derecha).

ben su estado a una ordenación atómica exitosa, aunque íntegramente azarosa. La estructura de la naturaleza física planteada por Epicuro rompió con la idea de causalidad de la filosofía griega presocrática (de Tales, Leucipo de Mileto y Demócrito), que señalaba que en la naturaleza no hay nada que sea arbitrario, pues todo se produce debido a una cierta necesidad y por ello hay regularidad en los fenómenos. Por otra parte, la estructura de la naturaleza de los átomos que propuso Epicuro no estaba planteada en términos matemáticos (o estadísticos), sino que era el resultado de la mecánica natural, regida exclusivamente por los dos principios fundamentales: la materia y el movimiento.

Así Epicuro abandonó la idea clásica del predominio de la necesidad, para introducir una dosis de indeterminación que justificaba, a partir de esta noción, la libre voluntad de las personas. Dotar a los átomos de esa dosis de azar le permitió llegar a su objetivo ético, remarcando una voluntad emancipada de la determinación para que cada uno construya su propio futuro, sin estar sometido a unas leyes naturales inamovibles. El alma de las personas no está sujeta a la determinación interior en todas sus acciones, por lo cual su obrar o padecer tampoco está forzado por la naturaleza.

Esa ligera desviación de los átomos en un sitio indeterminado y en un tiempo imprevisto también hace que sea posible preservar la tranquilidad del alma humana, puesto que muestra la imposibilidad de que un destino ajeno a nuestra voluntad ordene el curso de nuestras vidas. Una vez más, el objetivo último de conocer estos movimientos físicos de los átomos era la *ataraxia*. La libertad subjetiva e incondicional presentada por Epicuro dejaba abierta la posibilidad de que se alcanzara la imperturbabilidad de las sabias y sabios, así como la responsabilidad personal. Por tanto, una vez más también aquí, Epicuro se situó en contraposición a Demócrito.

En definitiva, la postulación del *clinamen* expresa por medio de un enunciado físico toda una filosofía ética, dejando al descubierto que la libertad es a la vez el germen de la teoría física y de la ética de Epicuro. De la misma forma que los átomos se desvían de la caída en línea recta, la filosofía se libera de las restricciones de la existencia provocadas por la creencia en el destino, la sujeción a la vida pública, la superstición, etc.

La corporalidad del alma

Como se ha visto, la física de Epicuro se basaba en una estricta materialidad (todo está compuesto por átomos y vacío), pero, contrariamente a lo que se solía afirmar, el filósofo de Samos sostuvo que el alma también está formada por átomos. Esta aseveración equivale a señalar que el alma es corpórea, material y mortal. Para sostener tal argumento se basó en que el alma es un principio de movimiento y de sensación, que interviene en el acto de pensar y padecer. Así, el alma también es un cuerpo capaz de actuar y, por ello, Epicuro aseveraba en la *Carta a Heródoto* que «desvarían los que la califican de incorpórea». Sin embargo, a pesar de atreverse a enunciar una afirmación tan tajante, Epicuro advirtió que la corporalidad del alma tenía un carácter específico, con capacidades diferentes a las de otros cuerpos, porque en ella se engendran los sentimientos, el pensamiento, etc.

No obstante, lo que hace especial a la concepción epicúrea del alma no son estas capacidades peculiares, sino sus condiciones materiales: el tamaño de los átomos y los movimientos que realizan, que posibilitan el desarrollo de tales capacidades. Así se aplica también uno de los postulados generales de toda la física epicúrea: las propiedades de los

cuerpos incumben únicamente a su materia (contraviniendo a Aristóteles, carecen de cualquier rasgo propio de una esencia o finalidad ajena a la sustancia particular). Los átomos del alma son sutiles, pueden moverse por sí mismos y tienen la facultad de distribuirse por todo el organismo, acoplándose con los átomos del resto del cuerpo. Cuando el alma se mueve por el cuerpo y lo traspasa, se producen los pensamientos (una especie de sensación reflexiva generada por la superposición de sensaciones inmediatas).

De todas maneras hay que remarcar que esta unión alma-cuerpo que produce la sensación, no implica que el alma pueda moverse con independencia de la parte corporal. Alma y cuerpo están profundamente vinculados y únicamente pueden mantener sus características intrínsecas mientras mantengan esa relación. Con esta explicación, Epicuro se desvía de una parte de la tradición filosófica griega. Para empezar se alejó de sus contemporáneos, los estoicos, que equiparaban la identidad humana con su racionalidad. Por otro lado, también se distanció de la fuerte impronta que había dejado Platón, especialmente en sus diálogos *Fedón* y *Alcibíades*, donde el alma (de naturaleza tripartita) era la que determinaba la identidad de las personas. Sin embargo, este planteamiento le acerca —esta vez sí— a Aristóteles, que consideró el alma como forma del cuerpo, indisolublemente ligada al mismo.

Muerto el cuerpo, el alma también perece, sostenía el que fuera preceptor de Alejandro Magno. Y esta es otra de las cuestiones relacionadas con el materialismo de Epicuro, quien ofrece una explicación distinta a esa separación. Según el filósofo de Samos, alma y cuerpo están juntos desde el nacimiento mismo, pero, en el momento de morir, los átomos se separan. Estos no se desintegran, puesto que son eternos, pero sí se transforman y por ello la muerte no es una preocupación para los sabios epicúreos.

Las disquisiciones sobre la muerte de Epicuro nos devuelven al principio básico de la simplicidad y el apego material de las explicaciones, evitando cualquier remisión a supuestos de tipo metafísico. Mientras el alma permanece en el cuerpo tiene la capacidad de sentir, incluso lo sigue haciendo cuando faltan o se dañan completa o parcialmente algunas de las partes del cuerpo o de sí misma. Cuando adviene la muerte, no hay posibilidad alguna de sentir, debido a la dispersión de sus átomos. Así, la física sirve para que nos demos cuenta de que la materia es lo único que en verdad existe, y la muerte tampoco escapa a esta visión materialista.

El alma racional e irracional

El alma tiene una parte racional y otra irracional, lo que distingue a cada una de ellas es la situación de los átomos en el cuerpo. Los átomos de naturaleza irracional se desperdigan por toda la anatomía humana, aflorando en forma de sensibilidad. La parte racional del alma aglutina sus átomos en el pecho, donde se alojan las emociones. En este sentido, las emociones poseían en la filosofía de Epicuro un componente judicativo, que las acercaba a la razón.

Como se ha explicado en la exposición de la canónica, las sensaciones inciden sobre la parte racional del alma, suscitando los actos de volición que luego son transmitidos a las partes irracionales de esa misma alma, cuyos átomos están extendidos por todo el cuerpo. Esta disposición permite que la parte corporal se mueva y, además, explica la activación de sus miembros. El alma es el motor de la voluntad y no está ordenada por ninguna influencia o agente exterior que la condicione. Las diferentes funciones del alma obedecen rigurosamente a la composición atómica, es decir, a su materialidad.

La forma en que Epicuro entendió la interacción entre los átomos del cuerpo y el alma era íntegramente fisicalista. El alma funciona por su materialidad física; no obstante, el corolario de sus acciones no se debe a una interacción mecánica, resultante del agregado de las distintas partes, ni se limita a un reduccionismo materialista. Podemos afirmar esto porque Epicuro también contempló la acción de los deseos y propósitos, aunque no sean la consecuencia de una voluntad libre que sopese opciones exteriores a sí misma.

Por último, si prestamos atención a los textos físicos de Epicuro, veremos que tanto en la corporalidad del alma como en la descomposición del cuerpo y la recomposición atómica, empleó una combinación de vocabulario científico junto a otro de carácter más filosófico (como ocurre con la distinción entre las almas racional e irracional). Del mismo modo se hace notoria la total ausencia de disquisiciones de tipo mitológico o religioso. El curso de la vida y todos los cambios de los cuerpos están sujetos a las leyes físicas de su composición atómica, sin más, pero al mismo tiempo explican la libre voluntad, separada de cualquier condicionamiento superior a lo corpóreo.

LA FÍSICA CELESTE

Dentro de la física natural, y como era habitual en la filosofía de la época, Epicuro se ocupó también de cuestiones relativas a la física celeste (los fenómenos meteorológicos y astronómicos), que contrastó con algunas de las proposiciones de la física elemental.

En la *Carta a Pitocles*, el filósofo de Samos se desvió un poco de la uniformidad atómica que había expuesto en la *Carta a Heródoto*. Los mecanismos cósmicos son presentados en esta misiva como una extensa multiplicidad de fenómenos

independientes, que dieron lugar a la que se conoce como la doctrina de las causas múltiples. Aquí no rige el principio de simplicidad tan grato a la canónica epicúrea, sino que se abre un variado abanico de posibilidades explicativas para indagar en una gran cantidad de fenómenos meteorológicos y astronómicos.

Sin embargo, con el estudio de la física celeste, Epicuro perseguía lo mismo que con las otras áreas de conocimiento desarrolladas: la exploración de la verdad quedaba supeditada a la obtención de una vida feliz.

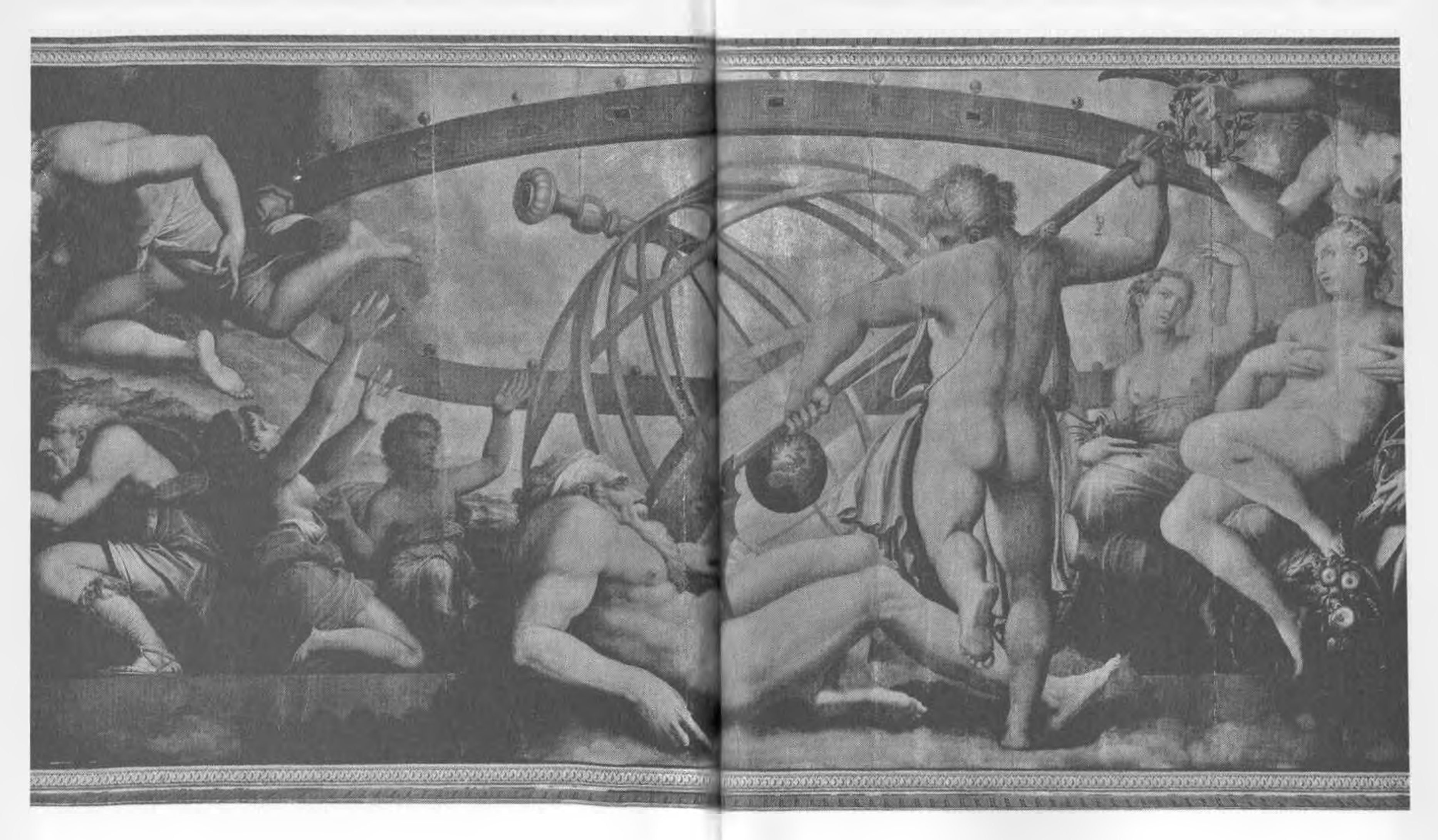
Puesto que las ciencias interesaban a Epicuro en la medida en que servían como un medio para disipar las turbaciones del alma, la astronomía y la astrología —la versión menos fundada de la anterior— no podían quedar sin estudio. Ambas, pero sobre todo la astrología, eran fuentes de intensas creencias populares y de expectación ante la intervención de los dioses en los asuntos humanos y esto creaba numerosas explicaciones fantásticas, sobre todo porque no había forma de conocer con precisión cuáles eran las causas de los fenómenos astronómicos y climatológicos.

Epicuro se dedicó a analizar detalladamente por qué ocurrían fenómenos tales como los vientos, los rayos, los temporales, los terremotos, la salida y el ocaso del sol, incluso la formación de las nubes y el arco iris, entre otros. Todo ello evidenciaba el interés que tenía en denunciar la falsedad de la conexión entre el mundo celeste y el de los humanos. Por ello, en la carta enviada a Pitocles le recordaba que debía ceñirse a la observación y no traspasar nunca los límites de la cuestión natural, para evitar precipitarse en los mitos.

Basándose en estas palabras, el ya citado Lucrecio escribió en *De rerum natura* que Epicuro era el liberador de la superstición. Pero aunque el filósofo del Jardín negaba la intervención de los dioses, nunca objetó su existencia.

CIENCIA CONTRA SUPERSTICIÓN

Los antiguos griegos concibieron fabulosas historias para explicar el origen del cosmos, que relacionaron con las intrigas y luchas de los dioses primigenios, Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra), y su hijo rebelde, Cronos (el Tiempo). La imagen ilustra uno de esos episodios míticos, recogido por Hesíodo en su *Teogonía*: la mutilación de Urano por Cronos (fresco del Palazzo Vecchio de Venecia, pintado en 1564 por Giorgio Vasari). Sin embargo, Epicuro atribuyó el origen de todo lo existente —incluidos los dioses— a una causa material, concretamente el movimiento de los átomos en el vacío, y dedicó una parte de su obra a la explicación de la física celeste y los fenómenos meteorológicos, siempre desde una perspectiva naturalista y con la intención de liberar a los humanos de creencias supersticiosas.



Las explicaciones de Epicuro fueron capaces de crear una doctrina, a su manera, científica, porque no necesitaba asirse de la metafísica o de la ontología para hablar sobre el nacimiento y la disposición del mundo o los fenómenos naturales.

Puede decirse que el primero y principal de los beneficiarios de esa gratificación espiritual —la serenidad—, deparada por las enseñanzas epicúreas y el conocimiento de la norma que rige la naturaleza, fue el propio maestro, quien vivió feliz en su Jardín durante más de treinta años, rodeado por sus amigos y amigas e inmune ante las críticas y descalificaciones que la comunidad recibió desde el exterior. Con su ejemplo, Epicuro condujo a sus discípulos y discípulas a una vida signada por la alegría y el optimismo, alzada por encima de la postración anímica generalizada en su tiempo.

Sabemos que Epicuro padecía una dolencia renal que lo llevó a la muerte. En sus últimos días, resistió pacientemente los dolores generados por la enfermedad, y al intuir que su fin estaba próximo reunió a sus discípulos y discípulas para despedirse, recordando el goce que le habían deparado conversaciones y jornadas compartidas con todos ellos. Luego murió serenamente, en un tránsito hacia la eternidad de la memoria, porque sus enseñanzas siguen constituyendo una de las doctrinas filosóficas más atractivas de la historia del pensamiento occidental.

MÁS ALLÁ DE LOS ÁTOMOS

En la teoría del *clinamen*, el interés último de investigar los fundamentos reales de la física no se complacía con el conocimiento, sino que quería sosegar al sujeto que explica. Esta fue una de las mayores aportaciones de Epicuro para la filosofía y para la ciencia (la física y la mecánica), que rompió

con las antítesis aceptadas acerca del reposo y el movimiento de los cuerpos. No obstante, con frecuencia se insistió en que la subordinación del conocimiento a la búsqueda de la felicidad era poco favorable al desarrollo de las ciencias pero, partiendo de la física atomista, el filósofo supo señalar los criterios para distinguir los conocimientos válidos y las estructuras físicas de la naturaleza. Epicuro hizo contribuciones decisivas al vocabulario técnico, como ocurrió con la noción de «criterio» (canon), fundamento que permite prevenirnos de juicios falsos.

En el campo de la medicina, el médico griego Asclepíades de Prusa (124 o 129 a.C.-40 a.C) adoptó la física de Epicuro para impulsar la renovación de la teoría médica. Las innovaciones se circunscribieron al campo de la teoría, el diagnóstico y el tratamiento, así como cuestiones éticas relacionadas con el trato a los enfermos, más centradas en conseguir el bienestar del paciente (ayudarlo a vivir sin dolor), que en la afirmación del conocimiento médico. Por otro lado, la primera proposición (*stoicheia*) de la física de Epicuro, «nada nace de la nada», fue criticada durante muchos siglos por la escolástica y el cristianismo, a favor de la existencia de un eterno creador. No obstante, el científico Louis Pasteur, en el siglo XIX, la demostró empíricamente, refutando la teoría de la generación espontánea. Aunque la física epicúrea resulte extraña a nuestros ojos por no haber sido matematizada, sus ideas contribuyeron al desarrollo de la física atómica y de la química. El premio Nobel de Química, Ilya Progogine, reconoció a Epicuro indicando que podría decirse que hay un hilo desde el *clinamen* hasta el principio de indeterminación de los átomos desarrollado por Heisenberg a principios del siglo XX.

La teoría del *clinamen* despertó la atención de filósofos como Marx, quien observó que era el primer paso hacia una filosofía de la libertad y la autosuficiencia de la razón, frente

a la subordinación del conocimiento humano a los prejuicios. Para él, Epicuro ayudó a comprender que la vida no está señalada por la necesidad del destino y que la libertad es posible. Otros autores fundamentales de la historia del pensamiento del siglo XX, como la escritora Simone de Beauvoir y pensadores como Gilles Deleuze, Jacques Lacan, Jacques Derrida o Michel Serres han hecho un uso extenso de la idea del *clinamen*, aunque cada uno supo aprovechar las ideas de Epicuro en distintas lecturas.

Glosario

Amistad (*filia*): vínculo imprescindible para alcanzar la felicidad. Relación fundamental en la filosofía de Epicuro.

Angustia (*phóbos*): malestar espiritual que las personas sabias tienen que aprender a superar, manteniéndose serenas ante el desasosiego.

Anticipaciones (*prolepsei*): ideas generales, que ofrecen criterios que trascienden la percepción inmediata.

Átomo: parte más pequeña e indivisible del mundo material. Para Epicuro, el mundo estaba compuesto por átomos en movimiento y vacío.

Autarquía (*autárkeia*): autosuficiencia humana; la capacidad de gobernarse y abastecerse a uno mismo.

Canónica: teoría del conocimiento que busca los criterios básicos (canon) y los fundamentos del conocimiento, que permiten distinguir los conocimientos verdaderos.

Clinamen: teoría atómica según la cual la estructura física de lo real estaba marcada por un cierto grado de indeterminismo atómico (desviación de los átomos).

Dolor (*páthe*): las afecciones que se experimentan tanto en el plano físico como anímico. Placer y dolor son cánones que ayudan a elegir lo que es bueno y rechazar lo que es malo.

Felicidad (*eudaimonia*): tema central de la filosofía de Epicuro, cuya doctrina buscaba una serie de conocimientos que garantizaran el camino hacia la felicidad humana, eliminando las fuentes de intranquilidad.

Hedonismo: doctrina filosófica caracterizada por la búsqueda del placer. Epicuro diferenció los placeres necesarios (que hay que atender) de los innecesarios (que hay que evitar). El placer comprende tanto la serenidad como la ausencia de dolor y perturbación. Véase *placer*

Paideia: formación o educación clásica de la Antigüedad griega, entendida como la transferencia de valores y saberes indispensables para la vida en la sociedad, y para que los hombres pudieran desempeñar sus deberes cívicos.

Parresia: hablar siempre con franqueza. Práctica frecuente dentro de la formación filosófica, que consistía en hablar con sinceridad o conversar libremente, excluyendo la falsedad o el silencio de la omisión.

Placer (*hedoné*): la materia básica de la ética de Epicuro, como umbral y término de una vida feliz, que lleva a que intentemos evitar todo aquello que nos causa dolor. Epicuro distinguió los placeres en movimiento (cinéticos) y en reposo (catas tesmáticos).

Sensación (*aisthésis*): base de todo el conocimiento, que se origina cuando las imágenes que desprenden los cuerpos llegan hasta nuestros sentidos por medio de los órganos perceptivos (vista, olfato, tacto, etc.).

Serenidad (*ataraxia*): estado mental y físico que buscaban alcanzar los filósofos epicureístas. Se relaciona con conseguir el bienestar y la felicidad, pero para lograrla no es necesario renunciar a los placeres.

Tetrafármaco (*tetraphármakos*): cuádruple remedio para combatir los padecimientos más comunes que aquejan a las personas (el miedo a la muerte, a los dioses, al dolor y al destino). La administración de estos «*fármacos*» era una tarea filosófica elemental para alcanzar la felicidad.

Lecturas recomendadas

Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, tomo II, libro 10.°, Madrid, Alianza, 2007. Gracias a este texto, una parte de la obra de Epicuro ha llegado hasta nuestros días, al igual que los pocos datos biográficos que se conocen.

Epicuro, *Obras*, con estudio preliminar de Montserrat Jufresa, Madrid, Tecnos, 2008. El texto recoge la mayor parte de las obras de Epicuro que han llegado hasta nuestros días. Destaca especialmente su estudio preliminar, que analiza globalmente toda la doctrina epicúrea.

Farrington, B., *La rebelión de Epicuro*, Barcelona, Laia, 1983. El libro se ocupa de los aspectos físicos y éticos del epicureísmo, haciendo una lectura materialista que destaca del filósofo que se rebeló contra la opresión humana y la superstición.

Festugière, A-J., *Epicuro y sus dioses*, Buenos Aires, Eudeba, 1960. Libro clásico e imprescindible en cualquier bibliografía sobre Epicuro, porque centra al autor en su contexto sociocultural, así como en el marco general de la cosmovisión griega de la Antigüedad.

García Gual, C., *Epicuro*, Madrid, Alianza, 2006. Revisa críticamente la noción de hedonismo presentada por Epicuro, remarcando el paso del filósofo de la metafísica idealista hacia el materialismo, creando una ética individual.

García Gual, C. y Acosta, E., *Ética de Epicuro. La génesis de una moral utilitaria*, Barcelona, Barral, 1974. Texto bilingüe que excede el

mero ejercicio filológico, y pone de relieve que el pensamiento de Epicuro aún puede resultar eficaz y atractivo en la actualidad. Analiza la cuestión de su ética, que prescinde de prescripciones morales.

GARCÍA GUAL, C.; LLEDÓ, E. Y HADOT, P., *Filosofía para la felicidad*, Madrid, Errata Naturae, 2013. Tres ensayos que giran en torno a la cuestión de la felicidad, entendida como eje vertebrador de la doctrina del filósofo griego. Además, el libro compila las *Cartas*, *Máximas capitales*, *Fragmentos* y *Exhortaciones*.

LLEDÓ, E., *El epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad*, Madrid, Taurus, 2003. Este libro subraya el papel innovador de la filosofía de Epicuro, especialmente vinculada al disfrute de los placeres y el reconocimiento de la corporalidad.

MARX, K., *Escritos sobre Epicuro*, traducción, presentación y notas de Miguel Candel, Barcelona, Grijalbo, 1988. En 1841, Marx leyó su tesis doctoral, presentada bajo el título de Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro. Este libro no solo recupera ese escrito marxiano, sino que también incluye los materiales previos que se utilizaron para su redacción.

NUSSBAUM, M., *La terapia del deseo. Teoría y práctica en la ética helenística*, Barcelona, Paidós, 2003. Trabajo sobre la concepción terapéutica de la filosofía en Aristóteles y las principales escuelas helenísticas, sobre todo en la de Epicuro. La filosofía es presentada como una dimensión ético-práctica del pensamiento, y no como una terapia de consultorio.

OTTO, W., *Epicuro*, Madrid, Sexto Piso, 2006. El libro expone, principalmente, el tema del materialismo epicúreo y la creencia en los dioses, posicionamiento filosófico epicúreo que, en primera instancia, parecería absolutamente incompatible. Al mismo tiempo, el autor desmonta las falsas interpretaciones que a lo largo de los siglos se fueron tejiendo para desacreditar el hedonismo de Epicuro.

QUEVEDO, F. DE, *Defensa de Epicuro contra la común opinión*, Madrid, Tecnos, 2008. Este libro, publicado originalmente en 1635, demuestra su interés por la cultura clásica. La obra es una apología de Epicuro, cuya figura se intenta rescatar del interdicto en que se hallaba, pero sin confrontarla con el pensamiento cristiano.

ÍNDICE

Epicuro fue el máximo exponente de una doctrina filosófica que busca la felicidad mediante el disfrute moderado de los placeres y la serenidad del alma. Desafió las convenciones sociales de su época al desdeñar el poder y las riquezas, y criticar la esclavitud y las desigualdades sociales. Su Jardín, más que una escuela filosófica, se convirtió en una comunidad de iguales donde todos los individuos sin excepción eran bienvenidos.

APRENDER A PENSAR